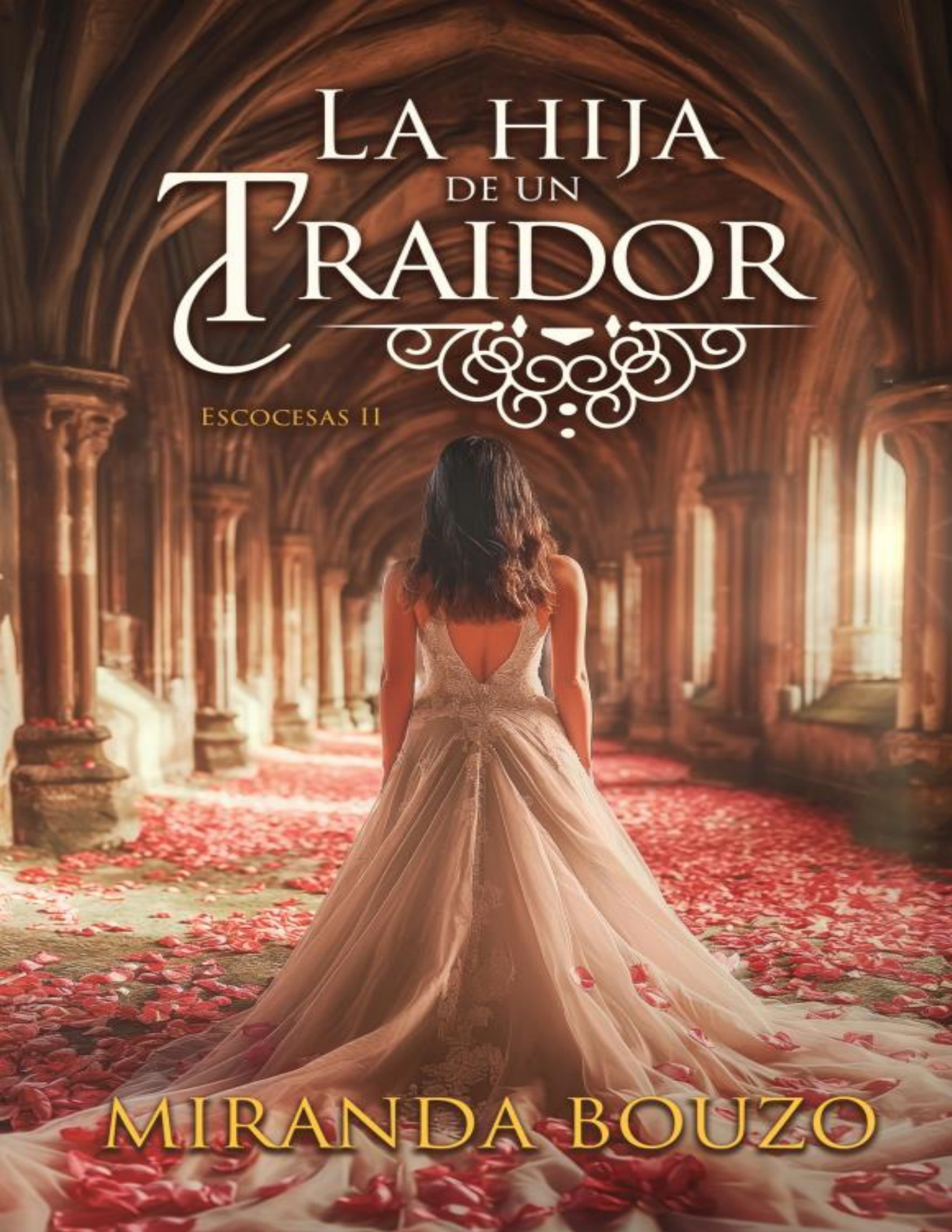


A woman with long dark hair, seen from behind, is walking away from the viewer down a long, arched hallway of a cathedral. She is wearing a long, flowing white gown with a deep V-back. The floor is covered in a thick layer of red rose petals. The architecture features high, vaulted ceilings and stone pillars. Light streams in from windows on the right side of the hallway.

LA HIJA DE UN TRAIDOR

ESCOCESAS II

MIRANDA BOUZO

La hija de un traidor

Escocesas II

MIRANDA BOUZO

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2024 Miranda Bouzo

Título: La hija de un traidor. Escocesas II

Edición publicada en diciembre de 2024

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Maquetación: Alexia Jorques

Corrección: Sonia Martínez Gimeno

LA HIJA
DE UN
TRAIDOR

A decorative flourish consisting of a horizontal line with ornate, symmetrical scrollwork and floral motifs hanging from its center.

MIRANDA BOUZO

Índice



[Siglo XIV](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Otras obras de la autora](#)

*Para vosotros, que siempre disfrutáis
de una nueva aventura...*

Siglo XIV



Robert Bruce ha vencido a los ingleses y recuperado parte de Escocia desde que se coronó en Scone en 1306. Los ingleses, a pesar de las victorias escocesas y los castillos reconquistados, siguen su acoso constante a los territorios del rey. Los clanes son partidarios de ambos bandos y se produce una guerra constante entre ellos según sus intereses.

El clan Douglas, el clan Campbell y los MacDonald, hasta ahora, han permanecido siempre leales a Robert Bruce y a Escocia.

En los límites de Escocia, en la frontera con Inglaterra, en el territorio llamado Lowlands, los traidores y sus familias son tratados con mayor dureza...

Prólogo



El viento aullaba por todo el páramo, la luna llena permitía distinguir las formas de los árboles y la extensión de prados oscurecidos. La niebla no tardaría en descender con la madrugada y Cameron no podría ver su propio cuerpo. Corrió tanto como sus piernas le permitían. Los calambres empezaron a subir hasta sus muslos. Cuando vio el mismo árbol de ramas retorcidas supo que estaba dando vueltas sobre un laberinto de barro encharcado, ya no sentía los pies, húmedos y doloridos. Aguzó los oídos, los perros, los habían soltado; sonrió como si se tratara de un nuevo desafío. Sacó fuerzas y echó otra vez a correr esquivando los árboles y la maleza, el pantalón se le caía empapado sobre la piel. Levantó la mirada a las estrellas y buscó el este hasta orientarse. No podía parar, unos metros más y llegaría al bosque antes de que la niebla avanzara sin remisión desde los lagos.

Keith esperaba con un caballo, escondido entre los árboles, y lo conseguiría. De ello dependía la vida de los hombres que lo aguardaban y no los defraudaría. Cuando este le advirtió de que entrar en tierras MacKinnon era un gran error, no lo pensó, ellos habían robado su ganado una vez más y lo pagarían caro. Cameron sabía que él solo no podría hacer gran cosa y hallar las reses robadas, pero nunca arriesgaría a sus hombres para vengar una ofensa, y menos para humillar al clan vecino, bastaría con que lo sorprendieran seduciendo a la esposa de su *laird*. Provocar la vergüenza de su enemigo y que sufriera el mismo deshonor que su padre padeció. Uno tras otro, aquellos agravios a los MacKinnon no le complacían como debiera.

Tropezó y cayó con fuerza, su rostro se llenó de la suciedad pegajosa del pantano, notó la cara dolorida y tirante por las heridas de las ramas con las que se había golpeado en el camino. Entonces los escuchó más cerca, estaban detrás de él, los ladridos resonaban en una jauría azuzada sin piedad por los hombres del clan MacKinnon. Tenían su rastro y ya no lo perderían hasta darle caza. Oía el jadeo de su propia respiración resonar en sus tímpanos, el dolor de piernas lo estaba debilitando, el corazón se le desbocaba en el pecho. Con un gruñido, apretó el paso y vio su montura, bajo un gran roble, junto a sus fieles amigos alineados en semicírculo. Sin detenerse, saltó a horcajadas en su caballo.

—Cameron, estábamos a punto de ir a por ti. Has tardado demasiado.

—No hay problema, he vengado todas las ofensas de esos perros MacKinnon.

Keith conocía demasiado bien a su amigo, desde niños se criaron juntos y había visto como el carácter de Cameron cambiaba con los años. De un niño risueño de gran corazón que adoraba a su madre, tanto que no veía como era en realidad, a un hombre que no conocía la compasión. El humor de Cameron seguía ahí, pero algo cruel se movía en su alma cuando sus ojos se oscurecían. Tuvo que crecer en unos meses cuando perdió a su madre y su hermano menor, apenas un año más tarde, su padre murió en una batalla contra los perros MacKinnon. Se había convertido en el jefe de los guerreros de su hermano mayor, el *laird*, con tan solo diecisiete años y enfrentado a la amenaza inglesa bajo el mando de Robert Bruce, el rey de Escocia. Los segundos hijos combatían por el honor de su clan y en nombre de su *laird*, su gente no podía permitirse que muriera John. Fue con orgullo a la lucha y no solo por su puesto como segundo hijo, sino con la convicción de que Escocia debía ganar esa guerra.

—¿Qué has hecho, Cameron? —susurró Keith. Sujetó el brazo de Cameron al ver esa oscuridad que ensombrecía el rostro de su amigo y tomaba forma en sus ojos claros.

—Le he quitado lo mismo que él le arrebató a mi padre, el honor de su nueva esposa. No me mires así, solo le he dado lo que ella deseaba, no era una doncella incauta, jamás obligaría a ninguna mujer y nunca le quitaría la inocencia. Al parecer, estaba ansiosa por ceder sus encantos y yo estaba allí en el momento indicado.

—Cameron, esto no quedará así, habrá guerra con los MacKinnon, si no acuden antes al rey y piden la cabeza de tu hermano. Es el *laird*, debe responder por ti.

Cameron miró hacia más allá de las colinas, quizá la venganza no había resultado tan gratificante como esperaba. No había experimentado el gozo que presentía ni la satisfacción que quería que aplacase su alma.

La confusión de los gritos y el relinchar de los caballos al iniciar el galope, espoleados por los hombres, resonaron en el silencio del bosque y tuvo que reprimir su sentimiento de culpa, tal vez se había excedido. Los perros de sus enemigos los alcanzaron demasiado tarde; junto a sus hombres, Cameron ya se alejaba al galope de tierras MacKinnon.

Una hora después, en la madrugada silenciosa, un grito helador resonó en el páramo que dejaban atrás, la vibración de aquel eco atravesó la niebla. El nombre de Cameron en boca del *laird* MacKinnon estalló en cada cañada y colina llevado su grito por el viento. Recordó la locura de su padre, cómo abandonó a su clan y a sus hijos por la traición de su madre con su mayor enemigo, MacKinnon. Nunca se podía confiar en una mujer, esa era la dura lección aprendida hacía años.

Sonrió con pesar, aquella guerra entre ambos clanes no acabaría nunca. Su ansia de venganza tendría consecuencias, que su clan muriera de hambre en el invierno no sería la única. Estaba seguro de que aquello llegaría a oídos del rey, Keith tenía razón, y esta vez tendría que aceptar el castigo.

Capítulo I



El salón de la fortaleza de Edimburgo se iluminaba con los rayos de la tormenta, la luz brillante penetraba a través de las ventanas más altas e iluminaba los tapices de pasadas batallas y gloriosos reyes escoceses. La lluvia resonaba fuera, con un martilleo constante y demoledor.

Cerca de la gran chimenea estaban los bancos de madera dispuestos a lo largo de la gran mesa. Fuentes de carne de caza humeante se servían en ese momento, en el otro extremo comenzaban a traer delicadas tartas de grosellas y frutos silvestres. Pajes vestidos con colores oscuros servían el vino y la cerveza en altas copas de dorada fabricación. Platos con grabados y cuchillos deslumbraban con su brillo, todo fruto del botín tomado de los castillos ingleses de la frontera.

El rumor atronador de la sala se mezclaba con carcajadas y vagas discusiones, bravuconerías acompañadas de brindis y regueros de cerveza que los suelos de madera absorbían. La guerra había terminado y todos querían disfrutar de la vida. Algún hueso volaba a espaldas de uno de aquellos *lairds* y señores de la guerra, hasta acabar en las fauces de los perros del rey.

Las puertas de madera del gran salón del castillo de Edimburgo se abrieron a la vez y el rey levantó la mirada. Esperaba aquella visita, llegada con retraso, a horas intempestivas de la noche, cuando el banquete estaba a punto de acabar. Casi como una ofensa. Quizá un desafío a su autoridad.

Rhona MacLellan provocó el silencio entre sus invitados, los señores de Escocia y sus nobles familias, al entrar en la sala. La muchacha mantenía su mirada en el rey, la barbilla alta y los hombros erguidos, como si hubiera ensayado aquella entrada una y mil veces. El rey resopló y la reina puso la mano sobre la suya. El monarca escocés miró a su esposa.

—Detesto esta parte de ser rey, preferiría sacrificar a un ternero cuando su sangre aún está caliente que vérmelas con una jovencita rebelde que no quiere tomar esposo.

—Ten paciencia —susurró ella—. Ha perdido a su padre, a su prometido y sus tierras en apenas unos días. Toda Escocia llora a causa de esta guerra, permite que, al menos, ella pueda encontrar algún consuelo.

—¿Crees que lo lamenta en ese orden? MacLellan no se portó bien con su hija, me consta, y su prometido no era muy querido por el clan MacLellan.

—Entonces, esposo, piensa como un hombre y no como un rey. La muchacha no tiene la culpa de que su padre fuera un traidor.

El rey asintió. Siguió con la mirada el caminar apresurado de Rhona MacLellan por el salón. Era indudable que todo hombre en su sano juicio contemplaba la belleza de aquella muchacha por mucho que su padre hubiera traicionado a la corona y muerto por ello.

Los ojos azules, casi grises, de la joven parecían fríos y sin vida. Su cabello castaño claro le llegaba a la cintura, sujeto en una diadema de pequeñas flores silvestres. No solo era que fuera bella en todo su esplendor, es que su figura se movía con gracia, sus rasgos eran elegantes y su boca de sensuales labios provocaba respiraciones anhelantes. Ni siquiera ser mayor para no estar casada era un impedimento para ser una de las mujeres más hermosas de Escocia. Todo en la joven, y nada en particular, era lo que hacía de Rhona MacLellan una bella flor escocesa.

Rhona caminaba sin dudar, la mirada fija en el rey y la reina, su mente vacía y sus oídos sordos a los comentarios que oía mientras atravesaba el gran salón. «Demasiado fría», «estúpida», «la hija de un traidor», «es de las Tierras bajas», «soberbia», «engreída», «corta de mente», «solterona» y otros insultos acerca de su físico, de sus caderas, sus pechos, y demás obscenidades que ellos creían que no escuchaba. Se detuvo ante el rey y la reina, hizo una cortés reverencia y esperó con la cabeza gacha.

—Me has desobedecido, Rhona MacLellan, te ordené que tomaras esposo enseguida si no querías ver a tu clan y tus tierras en manos de otros. Te ordené acudir de inmediato y te presentas meses más tarde, en mitad de mi cena.

Rhona tuvo que reconocer el inoportuno momento en que había llegado al castillo del rey, pero en realidad había sido culpa de los soldados que envió él, ni siquiera cambiaron los caballos cuando la obligaron a montarse en una yegua y guiarla hasta el castillo. Solo tenía consigo lo que le permitieron recoger en pocos minutos, su capa y uno o dos sencillos vestidos. Ahora, en la corte, se sentía sucia del camino, vestida como lo que murmuraban, una campesina de las Lowlands como oía a sus espaldas, y, sobre todo, humillada.

—Perdonadme, majestad.

El rey hizo un sonido parecido a un bufido.

—Lo sientes, tengo que creerlo. —El rey se inclinó en su silla, un poco más alta que las de los otros, para acabar apoyado en los codos sobre la mesa—. ¿Tienes un pretendiente, Rhona?

Rhona se puso del color de la grana, notó sus mejillas arder, así como sus orejas. Agradeció tener el pelo suelto a pesar de estar empapado por la tormenta que había empezado de camino a la corte. Intentar adecentarse solo serviría para ser de nuevo humillada por aquellos cortesanos que mantenían silencio. Las mujeres la miraban con una media sonrisa ante los comentarios de ellos. No encontraría piedad en aquel salón, ni un solo hombre que accediera a casarse con la hija del traidor MacLellan.

—No lo tengo, mi rey.

Rhona giró la mirada con sorpresa al ver como la reina se inclinaba en el oído de su esposo y susurraba algo.

—Tenéis una semana, solo ese tiempo en esta corte para elegir un marido, si no, lo haré yo por ti...

El rey recibió un codazo por debajo de la mesa, al parecer de la reina, que permanecía sonriente.

—Y la reina, claro.

Un murmullo apagó la protesta que Rhona elevó ante el rey. La mirada que recibió de su majestad hizo que callara. Sin un hermano, sin padre ni familiares varones, estaba bajo la tutela del rey y debía obedecer.

—Sí, mi rey.

—Ya que no fue dispuesta para ti una dote, yo mismo la ofrezco para tu boda. En el caso de que haya más de un pretendiente, y solo entonces, dejaré que tú elijas, Rhona.

Un murmullo recorrió la sala, la avaricia llenaba los ojos de aquellos hombres allí sentados, ya no veían a la hija del traidor, ni sus faltas, ni siquiera su tosco vestido; ahora veían riqueza, tierras, una dote sustanciosa, Bruce era conocido por su gentileza con el oro.

Rhona hizo una graciosa reverencia, de nada serviría rechazar lo que se suponía un gran presente para ella y esperó a que el rey la despidiera con un gesto. El rey lo hizo con reticencia, como si hubiera querido decir algo más.

Mientras Rhona caminaba de vuelta hacia las puertas que parecía haber atravesado hacía un siglo, miró hacia los comensales sentados a ambos lados del salón. Sus miradas de lascivia, de codicia por su dote, de avaricia por la extensión de las tierras MacLellan... era como si hubieran abierto una caza, y ella era la presa. Los miró a todos y cada uno de ellos para recordar sus rostros y escupir en su presencia a causa de los insultos y el desprecio. Los ojos de los nobles solteros de Escocia quemaban su piel y solo deseaba girarse y gritar de impotencia.

Llegaba a la puerta cuando una carcajada llamó su atención, no de burla, sino de verdadero júbilo en aquel lugar de falsedad. Caminó más despacio para observar al hombre, franqueado a cada lado por dos bellísimas mujeres que jugueteaban con la comida en su boca. Sintió ganas de reprender a ambas cuando él fijó su mirada en ella. Sus ojos color azul profundo se mantuvieron unos instantes fijos en Rhona, el guerrero de cabello color castaño claro se echó hacia adelante, como si ignorase a las dos mujeres y en realidad fueran un estorbo. La miró con sorpresa, como si fuera el único de aquella sala que no sabía quién era la hija del traidor.

Rhona alzó la barbilla desafiante y él sonrió con sorna, una hermosa sonrisa de rasgados hoyuelos a ambos lados de su cara. Su mandíbula marcada se tensó en torno a un hermoso rostro cuando no obtuvo respuesta en ella, quizá era el hombre más bello que Rhona hubiera visto nunca. Hasta el pelo desordenado que le rozaba los ojos parecía caer en perfecto orden. Se sometió a su escrutinio sin apartar la mirada, con insolencia. Ella parpadeó indignada y él volvió a echarse hacia atrás con posición indolente, como si hubiera ganado una especie de lucha. Tendió sus manos a ambos lados y las dos mujeres lo abrazaron, se disputaron besar su boca, y sus manos lo rodearon. Rhona apartó la mirada ante el descaro de ese hombre y de esas mujeres en el salón del rey. Se aseguraría de no volver a cruzar su camino con aquel guerrero impertinente de tan poca moral. Solo era otro hombre que se burlaba de ella, la hija del traidor.

Capítulo II



En el instante en que los guardias cerraron las puertas del salón, Rhona suspiró. Sintió como sus hombros se echaban hacia adelante y todo su valor se evaporaba. Todo en ella era una farsa, estaba aterrorizada, sus manos temblaban por el destino que le esperaba. Intentó recomponerse al ver que su fiel aya esperaba frente a ella.

—¿Cómo ha sido, niña? —preguntó Leslie con tono preocupado.

—Tengo que encontrar un prometido en unos días o el rey elegirá por mí.

—¡Oh, niña! ¡Has sido tan cabezota! Debiste elegir a ese muchacho del clan vecino, o al hijo de los Finley.

—Leslie, uno era un hombre cruel y el otro un anciano, los únicos dispuestos a llevar el estigma de la traición que acompaña a los MacLellan.

La anciana negó con la cabeza y Rhona se tapó el rostro con las manos desesperada.

—La culpa la tiene tu padre, te ligó a tu primo desde niños, y Gawen no era un buen hombre. Nadie lo lloró cuando murió a manos de los Douglas.

—Mi padre tampoco era un hombre bueno, Leslie, no nos engañemos. Conspiró a espaldas del rey con los ingleses, trató a su clan, incluidas sus hijas, con tiranía, y ahora debemos aceptar que estamos malditos. Cada vez que alguien nombra al clan MacLellan, escupe después al suelo.

—Entonces, niña, ¿tenemos que quedarnos aquí?

—Y encontrar un esposo —declaró desesperada.

Tal vez Leslie tenía razón, debió concentrarse en encontrar un buen hombre, esforzarse en mirar a su alrededor y pasar por alto que ahora, libre de Gawen, podía encontrar el amor. Los suspiros que durante años ocultó al ver a las parejas enamoradas de su clan fueron desapareciendo a medida que se acercaba el momento de casarse con Gawen, pero la esperanza seguía ahí. Amor, amar, sentirse amada. Palabras que había anhelado cada día tras los muros de la fortaleza MacLellan. Había sido una buena hija, aceptado que su padre quisiera dejar el clan en manos de Gawen, familia directa. Y ahora ella, tras la muerte de ambos a manos de los Campbell y los Douglas, era la única esperanza de su clan. El rey tenía razón, lo comprendía, ¿cuánto tardarían sus clanes vecinos en lanzarse a la guerra contra ellos? Rhona era muy capaz de llevar el clan y cuidar de sus gentes, pero era una mujer para todos, el rey jamás permitiría que se quedara con los MacLellan.

Siete días, el amor no llamaría a su corazón en tan poco tiempo.

Leslie caminaba ante ella, guiaba sus pasos por aquel laberinto de corredores hasta el lugar donde les habían asignado unos aposentos. Rhona llevaba la cabeza baja, seguía los pies de su aya, con un desánimo profundo. De entre dos pilares del corredor, una mano atrapó su brazo a la altura del codo. Gritó asustada cuando un hombre salió de entre las sombras.

—No os asustéis, Rhona.

Rhona intentó recordar su rostro, de facciones agradables, ojos oscuros y pómulos profundos. Su sonrisa enseguida alertó todos sus sentidos. El leve recuerdo de haberlo visto antes intentó hacerse paso en su memoria.

—Lo intento, milord, pero habéis salido de entre las sombras.

Leslie enseguida fue hacia ella y Rhona retuvo su avance con un gesto.

—Os pido perdón, no pude evitar oír que el rey os pidió que tomarais esposo. Mi nombre es Elliot Lennox, mis tierras están a poca distancia de las vuestras.

Rhona comprendió enseguida. Su primer candidato, quizá aquello era lo que le esperaba en los siguientes días.

—Encantada. Ahora, si me permitís, me iba a retirar, hemos tenido un largo viaje.

Miró aquella mano de afilados dedos que no soltaron su codo, nunca fue una cobarde, mas en ese momento, en aquel corredor vacío y silencioso, un escalofrío recorrió su espalda. Miró a Elliot Lennox con la ceja arqueada. Él no se dio por aludido y movió su mano, Rhona se alejó cuando rozó uno de sus senos al subir su agarre. Elliot no parecía haberse dado cuenta y ella no deseaba enemistarse tan pronto con los miembros de la corte, estaba entre lobos.

—Claro, perdonadme, señora. Espero que me tuteéis, llamadme Elliot —pareció recordarle a Rhona—. Quizá mañana estéis dispuesta a un paseo por los jardines.

—Yo... no puedo...

—Paseará conmigo —otro hombre que apareció en el corredor alzó la voz.

Se giró para ver un hombre más mayor que Elliot, una cicatriz antigua le cruzaba la mejilla. Venía a la carrera, casi sin respiración. Rhona quiso apartarse al ver cómo se acercaba a ambos con un jadeo en los labios.

—Señora, soy Grant Gordon. Me gustaría invitaros a pasear mañana.

Miraba a ambos hombres, parecían a punto de golpearse. Había pasado de ser la fría hija del traidor a la mujer que portaba una dote del rey y una extensión de tierras considerable. A nadie le importaba ya su actitud distante, esas miradas de desprecio... ahora Rhona era oro, y tierras, ganado y poder.

Se disponía a soltarse del brazo de uno y de otro, se encontraba cogida entre ambos, uno, el *laird* al sur de sus tierras; el otro, del clan del norte. Ambos llevaron la mano a sus pequeñas dagas cuando por el corredor vio aparecer otra figura. No se quedaría allí, escuchando a esos hombres discutir y pelear como si ella fuera la carnaza en esa caza.

—Eres un segundo hijo. Lady Rhona, él no es...

Rhona los miró horrorizada, ¿y tenía que sobrevivir allí siete días? Se soltó del brazo de ambos, recogió sus faldas e hizo una señal a Leslie para que continuaran.

—Si buscáis encandilar a la dama, quizá hasta lograr su favor, no creo que el frío corredor sea el mejor lugar, señores. A mi juicio, parece más un asalto a unas mujeres solas en la oscuridad. Retiraos o tendré que batirme con vosotros uno a uno y el rey se enterará de esto.

Rhona oyó esa voz desde la oscuridad del corredor, del último hombre que se había acercado al grupo, grave y tajante, un poco mordaz. No perdió tiempo en volverse, Leslie y ella casi corrían hasta que alcanzaron la puerta de sus aposentos y se metieron dentro. Agradeció a aquella voz que detuviera a sus pretendientes, tal vez nunca sabría quién era, pero le tendría en sus pensamientos.

Apenas durmieron, Leslie se había tumbado en su lecho junto a ella, ninguna se atrevió a que saliera para llegar a sus habitaciones al lado de las suyas. La puerta de madera había sonado en varias ocasiones y tras la primera vez que Leslie fue a preguntar quién era y no contestaron, las dos intentaron no escuchar cuando un rato más tarde alguien más llamó. Una y otra vez temblaron ante la insistencia de quien estuviera en el corredor hasta el amanecer.

—Niña, deberías hablar con el rey. Es como si fueras la perdiz en un bosque yermo. Todos

esos hombres ven tu oro, tus tierras, y creo que ya no les importa que seas la hija del traidor. Además, eres bonita, Rhona, creo que incluso pueden intentar comprometerte, ¿lo comprendes?

—¿Crees que intentarán ponerme en una situación incómoda?

—Si eso llega a suceder, tendrías que casarte. Si te pillan en una actitud sospechosa, te casarán con el hombre con quien estés.

Rhona se mordió el labio, pensó y pensó, mientras Leslie le ayudaba a ponerse un vestido azul cielo, demasiado sencillo para la corte, pero el único que no estaba demasiado arrugado. Peinó su pelo y lo recogió atrás. Lo llevaba siempre suelto, pero en la corte, las jóvenes no debían mostrarlo. Bueno, ella no era tan joven, no como el resto de las solteras que servían a la reina, con su edad era para todos una solterona. Suspiró hondo. Acudiría al rey para que le permitiera una escolta, así ninguno de esos hombres podría ponerla en apuros. Cogió del baúl donde Leslie había guardado sus vestidos una daga. Miró la empuñadura, recordó cuando Maely Douglas, ahora Campbell por su matrimonio, le enseñó a usar el arma. Debería haber acudido a ella, los Campbell y los Douglas hubieran podido protegerlas a Leslie y a ella, no lo dudaba. Su orgullo, su maldito orgullo, ese orgullo que poseía su alma le había impedido ir con ellos a pesar de sus ofrecimientos de ayuda. Ellos podían haber retrasado la decisión del rey.

Salió decidida de sus aposentos a que ningún hombre la mantuviera encerrada allí. En el bosque, a campo abierto, incluso en su castillo, sabía defenderse, pero no en aquellos laberintos de corredores en los que nadie parecía ser quien decía. Recorrió el mismo camino que la noche anterior con Leslie. Apenas había amanecido, así que no se encontraron con ninguno de sus pretendientes, por fortuna, porque al girar cada esquina ambas temblaban de miedo ante otro encuentro furtivo.

Capítulo III



Cameron se irguió en cuanto vio a la muchacha salir del gran salón y se apartó de las jóvenes de forma sutil. La sonrisa que se había impuesto desde que llegó a la corte murió en sus labios, ¿por qué aquella muchacha le había recordado quien fue una vez? Fue su mirada reprobatoria, de inocente doncella, alarmada por su comportamiento. Miró a su alrededor hasta que se detuvo en el rostro del rey; este, a su vez, lo miraba con expresión seria, y no le quedó más remedio que tomar de la cintura a una de las dos mujeres y disimular. Era mucho más fácil ser el jovial hermano del *laird* MacDonald, despreocupado y mujeriego, que no representaba ningún peligro para los demás pares del reino.

Quizá, y solo quizá, el rey olvidaría su castigo y le permitiría volver a su hogar. Lo retenía desde hacía ya dos meses en la corte. MacKinnon, en efecto, había acudido a Robert Bruce con sus quejas, su honor mancillado y su promesa de invadir territorio MacDonald. Keith siempre tuvo razón, jamás debió acudir a las tierras de su enemigo y seducir a su esposa, demasiado impulsivo, así se había metido en ese lío.

El rey se levantó al terminar su cena y el resto lo hicieron en señal de respeto, Cameron los imitó tras quitar a una de las mujeres de su regazo sin demasiados miramientos. Atento, esperó junto a la puerta para poder preguntar al rey sobre su situación, en su hogar lo necesitaban, el invierno llegaría pronto y no había bastante grano en las despensas de su castillo para su clan. Hacía tiempo que no le importaba lo que aquellos nobles pensaran de él, solo quería salvar a su gente. No podía creer los rumores maliciosos sobre su hermano, según las noticias que llegaban a la corte sobre su clan, John no era muy justo con su gente, pasaban penurias bajo su mando. Siempre había sido muy autoritario, pero estaba seguro de que su hermano mayor no podía haber cambiado tanto.

Al acercarse, la voz del rey lo detuvo.

—Mañana, Cameron, a primera hora. —El rey miró a sus acompañantes y frunció el ceño—. Al amanecer, si es que te puedes tener en pie.

Cameron intentó obviar el insulto, con franqueza, levantó la cabeza ilusionado, para dar las gracias al rey, pero este ya había desaparecido. Se juró que se apostaría desde el amanecer a las puertas del gran salón y que dormiría muy poco aquella noche, no por esas mujeres que poco le importaban, sino pendiente de cómo defender su causa ante el rey. Se retiró a través de los corredores, pensativo. Caminaba sin rumbo, sabedor de que algo tenía que cambiar en él, debía empezar a pensar en sus actos y no volver a cometer un error.

Escuchó unas voces altas al final de uno de los pasillos y prestó atención. Era esa mujer tan hermosa que había salido del salón antes que él. El color de su pelo suelto era inconfundible. Recordó la mirada de ella, fría y llena de censura. No le gustó nada que alguien desconocido lo juzgara; normalmente, los hombres lo miraban con admiración cuando daba tales espectáculos, y las mujeres..., bueno, a veces se sentía molesto por su forma de utilizarlo en el lecho.

Dos hombres increpaban a la hija del traidor, Rhona MacLellan, parecía alterada. Eran del clan Gordon y Lennox, los reconoció por el color de sus tartanes. Discutían por ella, cada uno cercaba a la muchacha y se vio obligado a elevar la voz.

No esperaba que ella le diera las gracias, pero en el momento que los dos hombres se giraron hacia él, ella se escabulló en sus habitaciones.

Enojados por la interrupción y su amenaza de acudir al rey, los dos se marcharon con miradas hostiles entre ambos. Cameron llamó a la puerta de los aposentos de Rhona MacLellan, solo quería asegurarse de que estaba bien, o tal vez recriminar a la muchacha que ni siquiera hubiera dado las gracias. Nadie contestó, así que pasó de largo, con la determinación de estar antes de que saliera el sol ante el trono del rey.

Esperó ante la gran sala desde antes de que las estrellas desaparecieran en el firmamento. Su majestad no tardó en pasar, Bruce, antes de que el sol apareciera, ya entraba en el gran salón. Años atrás, el mismo Bruce había quemado parte del castillo de Edimburgo y el resto de los edificios se encontraban en obras o reconstruyendo los estragos de la política de quema del castillo del rey, el gran salón que albergaba los banquetes y la sala del trono eran el único resto de la anterior fortificación.

—MacDonald, has madrugado —afirmó el rey con sorpresa.

—Mi rey, es importante.

El monarca asintió y Cameron lo siguió hasta el interior tras sus hombres más cercanos, entre ellos, James Douglas. Este último esbozó una sonrisa socarrona al verlo y palmeó su espalda. James, el que fue amigo de su padre, lo apreciaba. Era buena cosa que estuviera presente, a Cameron no le avergonzaba suplicar por su clan. Los MacDonald habían puesto todo su ejército, toda su riqueza al servicio del rey, y ahora estaban arruinados por los continuos ataques MacKinnon.

El rey se sentó en el trono, apartadas ya todas las mesas y restos de la cena. Douglas se mantuvo de pie a su lado derecho.

—Dime, Cameron, ¿crees que ya has sido perdonado por tu irresponsabilidad?

—¿Qué has hecho, cachorro Donald? —preguntó con el ceño fruncido Douglas.

El rey se giró con un bufido.

—Quiso vengarse de MacKinnon, de una forma... No creas, Cameron —se dirigió a él—, lo entiendo, pero prefiero matar a un hombre a robarle el amor de su esposa.

Douglas se rio tan fuerte que los guardias del rey tuvieron que taparse la boca para no estallar en risas.

—Joder, muchacho, sí que estabas cabreado.

—No es la cuestión, James. El problema es que lleva aquí dos meses, que habían tenido que ser un suplicio, un arresto, una pena que cumplir, y Cameron se ha dedicado a servir con gentileza a todas las viudas, mujeres indecorosas y criadas que han suplicado sus favores. Mi corte esta revuelta, enfadada, vienen a mí con quejas, deseos de que este muchacho sea devuelto a sus tierras. Se ha convertido en el terror de cualquier noble, las mujeres ven su cara y...

Las risas no cesaron, pero Cameron, al contrario que los guardias y Douglas, no se reía. ¿Eso era cuanto había conseguido, de verdad? Nadie recordaba los acuerdos con los MacLeod y los MacKay, la ruta de comercio que pensaba mantener con ellos, nada, excepto sus aventuras. Tal vez su amigo Keith tenía razón y hacía tiempo que había perdido la razón. Su hermano mayor era *laird*, y era consciente de que John no le quería cerca de él. Cameron contaba con el apoyo de los hombres Donald, demasiado, y aunque él jamás se enfrentaría a su hermano, sí había muchos miembros del clan que hubieran preferido que él estuviera al mando. Se preguntó si el rey estaba enterado de ello y lo mantenía en la corte para evitarle tal lucha con su hermano. Se sentía

dolido, debía volver con los Donald para dejarles claro que siempre apoyaría a John y lo serviría. Nunca se prestaría a los deseos de algunos y enfrentarse a la sangre de su sangre. John no podía haberse convertido en todo cuanto decían, Cameron solo necesitaba que su hermano mayor supiera que siempre estaría a su lado.

Rhona hacía un rato que escuchaba, con Leslie a su espalda. Las puertas del gran salón estaban abiertas y no hubiera querido espiar al rey ni a sus hombres. Solo se había quedado tras la hoja de madera que permanecía cerrada y, entonces, había oído desde dentro la misma voz del corredor, aquella que la había librado de sus ansiosos pretendientes la noche anterior.

Primero había intentado entrar en el salón y dar las gracias a ese hombre, Cameron Donald lo llamaban, pero en ese momento escuchó el motivo por el cual estaba en la corte. Había enamorado a la mujer de otro *laird*, de un clan enemigo al parecer, una horrible mezquindad a su juicio. Leslie, a su lado, abrió los ojos como platos.

¿Es que ese hombre no tenía decoro u honor?

—Mi rey, me marcharé en cuanto me lo permitáis, mi clan lo está pasando mal de verdad, nos falta ganado, grano, perdimos mucho...

—Con la guerra, no hace falta que me digas lo mucho que dio vuestro padre por mi causa. Nunca olvido.

—Nunca olvidamos —añadió James Douglas—. Eras un crío cuando luchaste con nosotros y serás compensado por ello.

—Pero tengo que castigarte, Cameron —interrumpió el rey, no podía consentir que los recuerdos perdonaran la infamia del muchacho; un acto sin pensar, estaba seguro, aún así, estaba mal—. Si te permitiera irte sin más, los MacKinnon convocarían a los MacLeod y a otros clanes a la guerra. No quiero una alianza de clanes para derrotaros a los MacDonald, el clan más fuerte al norte. Cameron, me has puesto en una situación difícil.

Rhona se mordió el labio, entendía a ese Cameron Donald, ella misma daría lo que fuera porque dejaran que volviera a sus tierras, pero utilizar a una mujer para humillar a otro...

El guardia que debía estar en aquella puerta llegó casi a la carrera ahogando un bostezo y miró a Leslie y a ella de forma reprobatoria por estar espiando. Como castigo, frunció el ceño y les hizo una señal para que entraran en el salón.

Rhona, avergonzada, dejó en la entrada a su aya, sentada en una alta silla para que esperase, y con pasos dudosos, entró. Tras ella, la puerta sonó al cerrarse.

Desde el trono, el rey esbozó una sonrisa, a Rhona la habían pillado espiando. El otro hombre, que debía ser James Douglas, se tapó el rostro, parecía divertirse todo aquel desastre de corte del rey. Rhona admiró al que llamaban el Oscuro, James Douglas era el padre de su amiga de la niñez, Maely. Su clan no se había portado bien con ella, ni su padre ni Gawen, suponía que todo aquello que dijera a su favor delante de Douglas le sería negado.

—Supongo que sois Rhona MacLellan —soltó James Douglas sin rodeos.

El rey se envaró y Rhona abrió la boca alarmada, sabía quién era ella. No recordaba haberlo visto a su llegada la noche anterior.

—No te sorprendas, muchacha, si conoces a Maely, sabrás que te ha descrito a la perfección para que velara por ti.

Rhona se tambaleó, todo su cuerpo se contrajo de vergüenza. Los MacLellan habían hecho tanto daño en el pasado a Maely y, al parecer, habían sido perdonados por su amiga. Cuando Maely era una niña, los MacLellan, al mando del padre de Rhona, habían asaltado el hogar de su amiga. Rhona, tras su captura, acogió a Maely como a una hermana y, a pesar de sus desacuerdos

y riñas, siempre serían amigas.

—Maely es quizá la mejor persona que he conocido en toda mi vida..., la echo mucho de menos, me honra que después de todo lo que mi padre...

James Douglas levantó la mano para que Rhona detuviera su explicación, o bien no quería recordar, o no quería que se supiese en aquella sala ante MacDonald.

—En efecto, mi hija es excepcional, todos mis hijos lo son —afirmó distraído, como si hubiera recordado algo acerca de ellos.

Rhona se dio cuenta de que debía inclinarse ante el rey en ese momento y se acercó hasta quedar a la misma altura que el hombre que salvó su decoro la noche anterior. Se giró para darle las gracias cuando vio el mechón castaño alborotado sobre sus ojos, la línea angulosa de su mandíbula, su rostro de antiguo dios griego. Así que Cameron Donald era el mismo hombre que la noche anterior se deleitaba no con una, sino dos mujeres sobre sus rodillas, como si el salón del rey fuera un burdel. A Rhona no le extrañó que lo hubieran acusado de mancillar el honor de la esposa de otro *laird*, en realidad, de muchos. En verdad que el rey debería encerrarlo en el calabozo más oscuro de la fortaleza.

Cameron Donald pareció reconocer en ella a la mujer de la noche anterior y una ligera sonrisa se deslizó por la comisura de sus labios. La forma de sus pícaros ojos pareció rasgarse y sumirse en un azul más profundo al mirar a Rhona. Altiya, se giró de forma brusca, podía haberlas salvado a Leslie y a ella la noche anterior, pero Rhona conocía a ese tipo de hombre mujeriego sin honor ninguno.

—¿Os conocéis? —preguntó el rey.

Douglas y el monarca se dirigieron una mirada velada de confidencias que ni Rhona ni Cameron pudieron entender.

—¡No! —casi gritaron los dos a la vez sin recordar que estaban ante el rey.

Rhona se giró hacia Cameron, otra vez tenía esa sonrisa llena de hoyuelos verticales, como si con su mirada y solo ese gesto hubiera encandilado a esas damas de la corte. De los labios de Rhona salió un sonido de burla, con ella no le valdrían esos tontos gestos de encanto masculino.

—¿Qué quieres, muchacha? He de suponer que has venido aquí tan temprano por algo, supongo que ha pedirme lo mismo que nuestro amigo Donald.

—No vengo a suplicar que me liberéis. —Le tocó el turno a Cameron de bufar, esa mujer lo exasperaba de una forma casi natural. Esas palabras habían sido para él—. Es privado..., mi rey.

—Estás entre amigos, Rhona, habla. Creo que ya llevabas un rato ahí fuera, es el momento de hacer tu petición. Cameron, a pesar de sus faltas, es un muy querido amigo de los dos. —Señaló el rey a Douglas y a sí mismo.

Rhona se cogió las manos, una en la otra, en el regazo de su vestido. La vergüenza asoló su antes férrea determinación.

—Quiero pedirlos una escolta.

El rey se levantó con el ceño fruncido, no le habían pasado inadvertidos los insultos, «hija del traidor», «fría como un pescado», «altiva y arrogante» y otras necedades que quiso no haber escuchado.

—¿Se ha atrevido alguien a hacerte daño, Rhona? Estás bajo mi protección.

—No, majestad, es un tanto humillante para mí admitirlo, pero ha resultado al contrario. Cuando hizo saber que habría una dote, que tenía que conseguir un esposo en tan poco tiempo, que mis tierras acompañan el enlace, digamos que me surgieron pretendientes ansiosos en los corredores oscuros de palacio.

James Douglas se echó a reír a carcajadas.

—Dios santo, Bruce, nunca aprenderás que la carnaza no se enseña a estos buitres.

Rhona arqueó las cejas, no quería que el rey se enemistara con ella, y ahora fruncía el ceño, no hasta que hubieran solucionado el pequeño problema de encontrar esposo.

—Mi rey, os agradezco la dote, que se me permita permanecer en tierras MacLellan y os hayáis preocupado por mi bienestar, pero no creo que pueda encontrar un marido sin que sea comprometida antes, me gustaría, al menos, tener alguna opción de elegir.

Bruce esbozó una sonrisa, recordó a su querida esposa y sus sabios consejos. Miró a Cameron y luego a Rhona. James Douglas pareció pensar lo mismo y sus ojos del color de la turba se abrieron con un brillo delatador. Ambos acercaron sus cabezas, el rey sentado y Douglas agachado, uno hablaba y el otro añadía algo más, tan bajo que Rhona no podía escuchar. Empezó a inquietarse, pasó el peso de su cuerpo de un pie a otro. ¿Y si el rey había cambiado de idea e iba a nombrar a su esposo en aquel instante?

—Entonces estamos aquí los dos castigados, en la corte del rey.

Rhona frunció el ceño y se giró hacia Cameron. Le sorprendió que estuviera tan cerca, esos ojos azules parecían llenar todo su campo de visión. Comprendió que aquellas palabras se dirigían a ella. El rey y Douglas estaban demasiado ocupados con sus murmullos para prestar atención a ellos dos.

—Ni por asomo. No he hecho nada para ser castigada, no como vos, Donald.

—¡Ja! ¿Espías, Rhona? Si no, ¿cómo sabes qué me ha traído a la corte?

—¿Sabéis quién soy yo? —preguntó Rhona con ironía.

—Lo sabe todo el mundo, eres la hija del traidor.

Rhona sintió la rabia que recorría su cuerpo, cerró los puños, a punto de golpear aquel hermoso rostro de MacDonald.

—¡Que así sea!

Rhona y Cameron se miraron con sorpresa, ¿el rey había dicho algo en voz alta? ¿A quién se refería, a él o a ella?

—Mi rey —lo llamó Rhona—, no he entendido... ¿Aceptáis mi petición?

Douglas sonreía al lado del rey cuando este se puso en pie de nuevo. De esa forma dio su audiencia por finalizada.

—Cameron MacDonald, serás el protector de mi pupila. Aconsejarás a la muchacha sobre los posibles pretendientes, y cuidarás de que su honra y su honor estarán bien guardados hasta la boda. Siete días, Rhona. No habrá más demoras. Y tú, Cameron, si consigues que se case con alguien de confianza, quedarás libre. Esta es tu misión.

El rey pasó junto a ellos con una sonrisa satisfecha. Cameron frunció el ceño, ser el niñoero de aquella arrogante criatura le tomaría todas las horas del día. Él, que había luchado a campo abierto, esperaba que le encargase ir a la frontera a acabar con los ingleses o tomar un castillo para la corona escocesa, pero eso no. Además de perseguir a esa mujer engreída, no podría tener un momento de solaz con sus amigos.

—El oro que quepa entre tus manos, Douglas, a que esto sale mal.

—Tengo las manos muy grandes, majestad —rio a carcajadas Douglas.

Rhona, ofendida, apretó los dientes; el rey y James Douglas habían murmurado lo suficiente alto para que ambos lo oyeran. Apostaban porque ni Rhona ni Cameron lo conseguirían.

—Es una misión imposible —murmuró Cameron, quien, pensativo, miraba hacia las puertas que habían atravesado el rey y su amigo—. Imposible.

—¿Qué es imposible, Donald, que permanezcas a mi lado sin vuestra corte de mujeres o que yo encuentre un prometido? —El rostro desolado de Cameron habló por él—. ¿Qué hay de malo en mí?

Cameron desvió la mirada hacia ella como si hubiera olvidado que seguía allí. La luz del sol comenzaba a penetrar la sala y, con fastidio, Rhona admiró la silueta dorada de MacDonald. Era insufrible y atractivo. Se acercó a ella con la mandíbula tensa.

—¡Acepta a Lennox! Él puede obviar esa barbilla en alto, tuve una niñera que levantaba igual el rostro, de hecho, fruncía el ceño igual que tú. Es medio lelo, dejará que dirijas su vida mientras le des herederos para sus extensas tierras.

Rhona sintió el calor que subía por sus mejillas, maldito recogido que mostraría sus orejas arder de vergüenza.

—No te necesito para encontrar un esposo, no necesito tu suficiencia, ni tus gestos de trovador. No necesito que me trates como una yegua cuyo destino es cruzarme con un hombre.

—¿Gestos de trovador? Soy lo menos parecido a un contador de historias. Incluso, si preguntas, muchos te dirán que soy temible en batalla. Con ocho años, estuve en mi primer combate...

Rhona sonrió a medias, tuvo que bajar la cabeza para no reírse de forma abierta. Cameron MacDonald parecía realmente enojado, ni siquiera había escuchado sus palabras. ¿De verdad solo había oído que parecía un trovador? Él pareció darse cuenta de que estaba hablando solo y respiró hondo.

—Y bien. ¿Dónde tienes que ir, Rhona?, ¿a bordar?, ¿a sentarte frente a una ventana?

—Eres la persona más odiosa que he conocido nunca. De momento, vamos a desayunar y después, te informo de que he decidido aceptar la oferta de pasear de Elliot Lennox, ya que te cae tan bien.

Cameron resopló, dispuesto a enojarse y si hacía falta patalear como un crío hasta que ella entrara en razón, ¡por todos los cielos que no iba a pasear por los jardines y oler las rosas! Entonces, ella se dio la vuelta y echó a andar hacia las puertas del gran salón.

Una anciana esperaba junto a la puerta, en su sonrisa faltaba algún diente que compensaba con un rostro avejentado de maravillosa dulzura.

—Leslie es mi aya. Vendrá con nosotros todo el tiempo. No voy a permitir que me vean a solas contigo, MacDonald, pensarán que eres tú quien me ha comprometido.

En lugar de oír una nueva sarta de desdenes por parte de Cameron, lo oyó besar la mano de Leslie.

—Señora, si tuviera unos años más podría invitaros a pasear conmigo a la luz de la luna.

Rhona elevó las cejas, asombrada. Leslie sonrió como si tuviera quince años, ¡como si alguna vez los hubiera tenido! ¿De verdad aquel insufrible hombre ya había conquistado a su aya?

—Por favor, llámame Leslie, jovencito.

—A mí, por favor, Cameron o Donald, como prefieras, irresistible Leslie.

Leslie rio, se tapó la boca y cuando Donald le ofreció su brazo, se colgó de él.

Rhona caminó sola delante de ellos, esos días desde luego iban a ser los más largos de su vida.

Capítulo IV



—Os noto distraída, Rhona, puedo tutearos, ¿verdad?

—Sí claro.

Rhona suspiró una vez más, Lennox era aburrido, lo había descubierto media hora antes, justo cuando tomó su brazo y se aferró a él como si fuera el asa de un cubo. En el momento que su pretendiente había hecho ese gesto, creía haber oído una risa tras ellos. A unos metros, Leslie y Cameron los seguían. Al principio solos; ahora, una serie de muchachas los rodeaban, todas con los ojos en blanco tras Donald. Leslie miraba a todas y sonreía satisfecha, porque a pesar de ser unas beldades, ella era quien iba del brazo de Cameron Donald. Odioso. Rhona, por una extraña razón, lo odiaba. No quería escuchar, pero la conversación de Cameron parecía mucho más divertida que la de Lennox, al menos las mujeres a su alrededor parecían estar felices por sus risas, si hasta Leslie reía a carcajadas.

—Rhona, espera.

Cuando Lennox se inclinó sobre un rosal de forma peligrosa, Rhona rogó porque no lo hiciera. En efecto, él se pinchó al cortar una de las hermosas rosas por el tallo, una flor que no había dañado a nadie para ser arrancada con tan poca gracia. Mientras la sangre caía en un reguero, hasta alcanzar el anillo enorme del índice de Lennox, le ofreció a Rhona la rosa roja que moriría sin remisión al cabo de un tiempo.

Esta vez Rhona oyó con claridad a Cameron reírse con ese tono irónico.

—Lennox, sois un conquistador nato —Cameron elevó la voz desde atrás, provocó unas cuantas sonrisas y parpadeos de las jóvenes que lo rodeaban.

—Muchas gracias, Lennox, es un detalle bonito, sin duda, me encanta. Precioso. Sin duda.

Rhona se expresó como pudo, agarró la rosa y aspiró la fragancia por compromiso. No le gustaban las flores cortadas, sí admirar su belleza en la naturaleza, no arrancadas como ella de su hogar.

Se dio cuenta de que aquella farsa era dedicada a Cameron, ni siquiera a Lennox, y aquello la enfadó aún más. ¿Cómo soportaría a aquel hombre una sola hora más? Delante de ella, Lennox, orgulloso como un pavo, se chupó el dedo cuya yema sangraba. Rhona apenas pudo retener el desayuno al ver como él lo hacía casi con lascivia al mirar sus ojos. De verdad que esa vez intentaría que algún hombre llamara su atención, tenía que dar una oportunidad a Lennox.

—¿No es aquel Gordon? ¡Gordon!

Rhona suspiró y dio gracias al cielo. Cameron rompió con sus descarados gritos las extrañas muecas de Lennox. Con gestos llamó a otro de los pretendientes de Rhona.

—Lennox —soltó Grant Gordon, con el mismo tono que si su nombre fuera un insulto.

—Grant, no sabía que te gustara pasear solo.

Rhona arqueó las cejas y sin darse cuenta miró a Cameron. Tenía en la comisura de sus labios una sonrisa de maldad. Él estaba disfrutando aquella situación. Y eso que se había resistido a que salieran a los jardines.

—Es mi turno, Lennox. He pedido permiso al rey para cortejar a Rhona.

¿En serio? Rhona quiso sonreír y preguntar a Lennox si había hecho lo mismo, pero no

deseaba crear discordia entre dos clanes que rodeaban sus tierras.

—Lennox, ¿no has pedido permiso al rey para cortejar a la joven?

Rhona se llevó una mano al rostro, Cameron parecía haber leído sus pensamientos y ahora pondría en ridículo a Lennox.

—Paseemos todos juntos —Rhona no pudo evitar apaciguar a Lennox y a Gordon, se cogió del brazo de ambos y continuaron el paseo. Eso sí, en cuanto pudo, le devolvió con gracia la rosa a Lennox.

Cameron observó el comportamiento de esa extraña mujer. Rhona MacLellan no era lo que aparentaba, se había dado cuenta mucho antes que aquellos dos tontos. Cuando ellos halagaban su belleza, su mandíbula se tensaba. Cuando Lennox había cortado la rosa, ella había cerrado sus puños con fuerza antes de aceptar el regalo. Su mirada no era vaga o lela como había escuchado que decían sobre ella, muy al contrario, vigilaba y se cuidaba de decir nada comprometedor, cualquier gesto a su alrededor era digno de ser observado, se mostraba cauta y procuraba no llamar la atención.

Pronto las muchachas junto a Cameron se cansaron de intentar llamar su atención, y aquel paseo interminable se hizo eso, eterno. El resto del día no fue mejor, Cameron se sentía un ama de cría tras Rhona. Hubo otros hombres que se acercaron a ella, algunos con un presente en forma de joya, otros que dejaron en manos de Leslie suaves telas, y Rhona permaneció imperturbable. Daba las gracias, esbozaba una sonrisa forzada, tan falsa que Cameron en alguna ocasión sintió ganas de desenmascararla. Obligar a esa muchacha a dejar de sonreír de esa manera y ver si había mucho más que un bonito rostro en ella. Uno a uno, presente tras presente entregado por sus pretendientes, fue en su camino deshaciéndose de ellos en manos de Leslie. Una vez volvieron al interior del castillo, los llevaron a las cocinas, donde los sirvientes los recibieron con verdadero alborozo. Cameron se sentía cada vez más intrigado mientras observaba a Rhona.

Capítulo V



Llegó la noche y el momento del que muchos disfrutaban, la cena en el gran salón, y que él detestaba. Esperó a Rhona diligente, a la puerta de sus aposentos. Se apoyó en la pared, con la mano sobre la empuñadura de su espada, que se negaba a dejar por mucho que sus amigos se lo sugirieron, incluso el rey se lo había pedido al estar en la corte, un sitio seguro. ¿Pero qué era él sin su arma? Puede que se convirtiera en el hombre que todos decían que era, preocupado solo por las mujeres y su propio disfrute. Alguien sin más interés que pasar un rato divertido a su lado.

Se había aseado de forma rápida y acudido ante aquella puerta cerrada en apenas unos instantes. La anciana aya le había asegurado que no saldrían si él no estaba fuera en el corredor, pero la misión de Cameron era demasiado importante, si algo le sucedía a Rhona, no sería jamás liberado. En ese momento empezó a pensar en un candidato para ella, sola sería incapaz de encontrar a alguien que aguantara su desidia, su forma altiva de caminar; no podía dudar que era toda elegancia, su mirada vacía no ayudaba a pensar que tuviera encanto o sentimientos, no iba a ser fácil encontrar a alguien para ella cuando se esforzaba en que nadie la conociera de verdad.

Dio un respingo, tan imbuido por sus sentimientos cada vez más oscuros, repasando a cuanto miembro de la corte conocía. La puerta se abrió y Leslie salió en primer lugar, al pasar junto a él, le hizo un guiño cómplice. ¡Cómo desearía que Rhona fuera tan encantadora como la anciana! No tardaría ni medio día en tener cientos de pretendientes, incluso se veía más capaz de casar a Leslie, a su avanzada edad, que a su señora.

Entonces ella salió. Rhona MacLellan llevaba un sencillito vestido de color verde, al pasar junto a él se alisó la falda algo arrugada. Estaba nerviosa. ¿Nerviosa, ella? Cameron se sorprendió al ver el leve rubor carmesí que se deslizó por el cuello de Rhona. Como si supiera que la miraba demasiado cerca, se giró hacia él.

Cameron vio la vida que había tras aquellos ojos grises azulados, un destello de furia mezclado con sorpresa, se conmovió por la debilidad que vio en su rostro. Estaba preciosa, era hermosa, los bucles castaños claros se habían soltado y caían sobre la clavícula. Sus hombros eran delicados y el escote de aquel vestido, a pesar de ser el más discreto que había visto, incitaba a pensar qué albergaba aquel talle. Negó con la cabeza e intentó no pensar en ella de esa manera, recordar que era su misión, la hija del traidor, la perfecta niñera de rostro altivo y mirada de reprobación. La mujer que lo despreciaba.

—Señora —salió al fin de su boca, su garganta cerrada consiguió decirlo y tender su brazo a la dama—. ¿Vamos?

Cameron sintió el temblor de aquel brazo sobre el suyo. Recorrieron el corredor en silencio, los pasos de Leslie tras ellos. Estuvo tentado de hacer o decir algo que tranquilizase a Rhona, ella también parecía odiar estar en aquel lugar enjaulada. Si se tratara de otra mujer, le hubiera dicho lo hermosa que estaba, hubiera halagado su vestido e incluso hubiera sonreído y colocado esa guedeja de pelo que le caía sobre el cuello, tras su oreja. Pero Rhona MacLellan parecía inmune a cualquier halago o gesto de amabilidad suyo.

Caminaron en silencio, con el sonar de sus botas sobre las piedras de los corredores, hasta las

puertas del gran salón. Los elegidos que podían cenar en el salón del rey y la reina aún no estaban sentados y se reunían en corros más o menos en función de sus intereses o amistades. Cameron suspiró, al menos nadie se percataría de su entrada.

Rhona, en cuanto atravesaron las puertas, se deslizó de su lado con suavidad, solo él notó como se escapaba de su brazo. Cameron permaneció junto a ella y, muy a su pesar, se situaron en un extremo junto a las puertas. Él nunca llegaba pronto, él nunca se escondía en un rincón, su forma de ser se lo impedía, pero por alguna razón, decidió ceder ante Rhona, al menos aquella noche. El día había estado lleno para ella de pretendientes en mayor y menor grado, altivos, pesados, exigentes y en su mayoría exasperantes, al menos para él.

—Es la mujer más extraña que jamás he visto. Incluso cuando todos a su alrededor sonríen, ella parece una estatua. Es tan árida como la cúspide del Ben Nevis y tan fría como la piel de un pescado.

Rhona lo escuchó al instante, pegada al muro, junto a una columna se oyó la voz de Lennox a unos pocos pasos de ellos. Miró a Cameron, quizá esperando que él no lo hubiera escuchado, pero sí, Cameron deslizó una mirada inquisitiva a sus ojos.

—¿Qué más da si en la cama se abre de piernas como las demás? Mientras te tiras a esa zorra traidora, piensa en sus tierras y su riqueza.

Rhona contuvo el aliento, había oído muchas cosas sobre ella, farfulladas o susurradas en los pasillos, pero aquello dicho a pocos pasos hizo que se pusiera lívida. No es que Lennox hubiera sido más desagradable que otros susurradores de insultos, tan solo se había confiado con el regalo de la rosa, sus modales más o menos corteses... la otra voz no la reconoció, pero supuso que era uno de sus amigos.

Avergonzada, miró a Cameron, Rhona había oído mayores barbaridades sobre ella, pero era la primera vez que él lo oía también. Era la primera vez que veía a Cameron tan enojado, apretaba los puños, los brazos caídos a ambos lados de su cuerpo. Había tanta tensión en su rostro que se notaba como apretaba los dientes. Entonces, sus ojos color cian la miraron. Había algo oscuro, una niebla que cubría su mirada, una rabia que carcomía todo ese hermoso rostro. Él dio un paso y ella intentó sujetarlo. Algo absurdo, puesto que él le sacaba una cabeza y sus hombros eran tan anchos que Rhona no podía ver si Lennox y su amigo seguían allí.

—Suéltame, Rhona.

Rhona hizo caso. Solo había visto en Cameron el alegre seductor, el fastidiado guerrero que tenía que guardar su honra, el hombre atormentado por su clan; ahora era otro, muy distinto, se había transformado en alguien casi letal. En dos pasos, su enorme mano llena de cicatrices sacó de detrás de aquel pilar de madera a Lennox por el cuello, casi a rastras.

Lennox gimió asustado, su desagradable acompañante, un hombre enjuto que más parecía un administrador que uno de los guerreros del rey, intentó detener a Cameron. Donald empujó a Lennox contra el suelo y golpeó con su puño a aquel hombrecillo que gritó mientras caía. Fue entonces cuando la gente a su alrededor se dio cuenta de lo que sucedía y las conversaciones cesaron, el silencio se hizo con toda la sala.

A Cameron nada parecía importarle cuando el hombrecillo en el suelo se sujetaba la nariz. Rhona pensó que debía haberle roto el hueso por la cantidad de sangre que salió a borbotones de su rostro. Lennox, aún sujeto por la mano férrea de Cameron, lo miraba con verdadero pavor mientras luchaba por deshacerse de su agarre. Coleaba como uno de aquellos peces que se pescaban en el arroyo junto a su hogar, los mismos con que la había comparado aquel hombre. Rhona lo miró con desprecio, no solo por cómo había insultado su confianza, sino por lo

pequeño e indefenso que parecía ante la fuerza de Cameron Donald. Ahora entendía la fama de letal guerrero de la cual el rey y Douglas hablaban y de la que ella no había tenido muestras hasta ahora.

Lennox siguió retorciendo su cuerpo con impotencia, entonces, Cameron lo empujó contra la columna, el impacto arrancó algún grito de las mujeres que observaban la escena y algún gruñido de aprobación de los hombres. Cameron lo mantuvo con su férreo agarre, acercó su rostro al de él y susurró en su oído:

—No vuelvas a acercarte a ella, Lennox.

—¿Qué te importa a ti? —balbuceó—. Es una zorra engreída, cuanto antes te deshagas de ella, el rey te liberará.

—Eso, Lennox, solo me incumbe a mí. Apártate de ella y de mí. La próxima vez te mataré.

Lo soltó, lo dejó caer al suelo como si se tratara de un insecto molesto que se había atrevido a estar a su lado. Rhona lo miró y estuvo a punto de tocar su brazo aún en tensión. Cameron estaba contenido, se apartó con lentitud de él y miró a su alrededor. Toda la corte presente en el salón lo miraba de forma esquiva, apartaron los ojos temerosos de que emprendiera su enfado con otros. Lennox se levantó con la mano en el cuello, se escurrió por un extremo por las puertas del salón a la carrera.

—Rhona, es hora de sentarnos.

Rhona parpadeó indecisa, Cameron tendía su mano hacia ella, sus ojos puestos en los suyos. Parecía pedirle que, por una vez, lo obedeciera.

Tomó su mano sin dudar, presa de una emoción que no comprendía. Cameron había derribado a aquellos hombres por ella, por su insulto. Si tanto la odiaba, ¿por qué?

Un criado del rey ayudó a levantarse al hombrecillo desagradable que aún sangraba de manera abundante entre quejidos y los ojos anegados en lágrimas de dolor.

Nadie en el salón acudió a ayudarlo, y cuando Cameron la guio hasta los lugares principales, junto al rey, Rhona se sorprendió al ver allí sentado a Bruce. El rey entornaba los ojos y los siguió con la mirada mientras se sentaban, no reprochó su acción a Cameron, ni siquiera su gesto parecía que había contemplado la escena. La reina, sin embargo, miró atenta hacia ellos. Cameron, ajeno a aquel escrutinio, esperó que Rhona se colocara en el banco para hacerlo él, con una reverencia al rey.

Rhona no quería mirar los rostros de los allí presentes, se encontró sentada entre la reina y Cameron. El rey se inclinó para hablar entre susurros con Cameron. Rhona pensó que quizá su guardián necesitaba de su ayuda para no ser castigado, quizá si le explicaba al rey, comprendería la furia de Cameron, aunque ni ella misma lo había entendido. Si solo era para él un castigo, ¿por qué había hecho eso? ¿Defender su honor? Fueran cuales fuesen las razones de Cameron, no deseaba que el rey le castigara, de una forma u otra sus destinos estaban entrelazados. La reina retuvo su brazo cuando ella fue a levantarse.

—Cameron Donald es impulsivo, desobediente y goza del eterno favor de mi esposo. El rey lo adora, no te preocupes, también sabe que Cameron nunca usa la violencia si no se le provoca.

Rhona suspiró y miró a la reina.

—Supongo que el rey solo ve las cosas buenas de Cameron, he notado que, aunque dice que quiere castigarlo, no lo hace realmente, no lo ha encerrado en un calabozo, ni lo humilla, podía haber castigado a su clan por lo que hizo a los MacKinnon y no creo que nunca lo haga.

—Tanto Cameron como tú, Rhona, habéis sufrido a causa de vuestros padres. No juzgues a tu guardián con demasiado fervor, no conoces su historia, igual que él no conoce la tuya. Es

probable que tengáis más en común de lo que pensáis.

—Por favor, no os enfadéis por mi descaro, creo que para Cameron solo soy un fastidio, no puedo ver qué nos une, mi reina.

La reina suspiró con una sonrisa melancólica y tomó su mano, Rhona se sonrojó ante la primera muestra de cariño que había recibido en el castillo del rey.

—Cuando me casé con Bruce, yo solo era la hija de un traidor a la causa escocesa. Mi padre, en realidad toda mi familia, eran amigos del rey inglés.

Rhona asintió, sabía la historia de la boda de Bruce con Elizabeth de Burgh y de como ella tuvo que elegir el bando de su padre, al lado de los ingleses, o el de su esposo, que luchaba por Escocia. Rhona hacía tiempo que había dejado de soñar con el amor y, aun así, suspiró, Elizabeth había sido afortunada, triunfó el amor. La reina se inclinó de nuevo hacia ella de modo conspirador.

—Muchos te dirán, Rhona, que Cameron está aquí como castigo por sus imprudencias, pero la realidad es que hace tiempo purgó su culpa. Debería callar... En realidad, no debería desvelaros esto, pero el hermano de Cameron, John, no lo quiere a su lado, entre los Donald. Muchos creen que Cameron debería liderar el clan, mi esposo solo quiere ahorrarle la vergüenza de ser desterrado de tierras Donald por la debilidad de su propio hermano como líder de su gente. Los Donald siempre han sido demasiado temerarios y arrogantes y Bruce teme que se rebelen, arrastrando con él a otros clanes.

Rhona pensó en las palabras de la reina y su vista se fue más de una vez hacia Cameron, intrigada. ¿Sabría él de la mezquindad de su hermano? No podía ser cuando pedía con tanta vehemencia ante el rey regresar con los suyos. El rey solo entretenía a Cameron en la corte, intentaba ganar tiempo para encontrar un lugar para él.

Durante toda la cena, Rhona intentó permanecer serena. La reina con frecuencia se dirigía a ella y a pesar de que no volvió a oír los comentarios hirientes de los miembros de la corte, sentía las pesadas miradas de todos. Una tras otra, vio pasar junto a Cameron a diferentes mujeres, susurros en su oído sin pudor, miradas de insinuación y roces en su brazo. Cada vez que sucedía, lo observaba de reojo, aquella noche su humor se hallaba velado tras la pelea y apenas les prestaba atención, a medida que se veían obligados a ser el centro de atención al lado de los reyes, la mirada de Cameron cambió y se tornó aburrida.

Se sobresaltó al escuchar un carraspeo frente a ellos, un muchacho de rostro agradable, mucho más joven que ella, fue empujado frente a su lugar en la mesa por el que debía ser su padre. Detuvo la copa de cerveza que acercaba a sus labios al ver como el muchacho hincaba una rodilla en el suelo con el rostro enrojecido.

—De todas las flores de Escocia, vos, Rhona MacLellan, sois la más hermosa de ellas....

Escuchó con claridad como Cameron se atragantaba a su lado por la risa. El muchacho dudó un instante y consiguió seguir con sus alabanzas dichas con escasa gracia, se notaba que era obligado por su padre por alguna razón, porque el muchacho podía tener cientos de cualidades, pero, desde luego, recitar versos no era una de ellas. Rhona miró por el rabillo del ojo a Cameron, que una y otra vez se llevaba la copa a los labios y esbozaba una sonrisa que ya empezaba a conocer. No tardaría demasiado en soltar una de sus frases de burla sobre el muchacho. La reina, junto a ella, comenzó a aplaudir y después el salón entero siguió su ejemplo, alabando al joven. Rhona ni siquiera había podido escuchar sus versos, estaba demasiado pendiente de Cameron y lo que podía decir. Avergonzada, aplaudió y felicitó al joven que, aún turbado, se retiró a su lugar tras invitarla a pasear al día siguiente.

La música comenzó a sonar, un muchacho comenzó a entonar en voz baja, acompañado por un laúd, una canción. Rhona reconoció enseguida los acordes, relataba la historia de amor entre una dama y un guerrero en las galerías de un remoto castillo. Como decía la letra, Rhona, cuando era más joven, a veces escapaba a la aldea a escondidas y se unía a los campesinos en sus bailes. Eran los únicos momentos en que desobedecía a su padre. Se deshizo de aquellos recuerdos cuando algunos jóvenes danzaron, llevados por el calor de la cerveza. Sus manos se entrelazaban con la cadencia de la música y los rostros atribulados de las muchachas provocaron en ella una sonrisa. Adoraba bailar, cosa que su padre siempre le prohibía, ella tampoco ponía demasiado interés, ya que era su prometido quien solía sacarla a bailar y odiaba sus manos sobre ella, prefería escaparse lejos del salón del castillo.

Cameron se revolvió en su asiento y por alguna razón se volvió a mirar a Rhona. Quedó al instante fascinado por aquella sonrisa sincera. Descubrió que Rhona no comía, sus dedos golpeaban la mesa al compás de la música. Con curiosidad, miró hacia abajo, por el movimiento de la falda de su vestido, los pies de Rhona seguían a los dedos. Así que a la fría Rhona le gustaba bailar. Cameron disfrutó unos instantes de aquella visión. Por alguna razón, sintió deseos de sacarla a bailar, se quedó quieto al ver que Grant Gordon se acercaba al estrado. Rhona se giró en ese instante y lo miró con las mejillas arrojadas.

—Baila conmigo, Cameron.

Cameron inspiró profundo, quiso contener la respiración ante la visión emocionada de Rhona. Grant se acercaba a ellos, con toda seguridad para invitarla a bailar.

—Creo que ya tienes una pareja para el baile —contestó con voz más brusca de lo que deseaba.

Rhona parpadeó confusa y miró a su alrededor. Gordon ofreció su mano, cortés, solícito, con esa sonrisa inocente. Lo miró de nuevo, si Cameron hubiera dicho que bailarían con ella, no dudaba que abandonaría a Gordon en ese instante.

En otro momento, Cameron hubiera jugado con ella, como con cualquier otra mujer. Un atisbo de decencia nubló su rostro. No, debía dejar que siguiera su camino, y este era lejos de él. La decepción en los ojos grises de Rhona le llegó al alma, había humillado a la muchacha, negándose a aceptar su invitación.

Rhona, aturdida, asintió cuando Gordon se ofreció. Cameron contempló como se levantaba sin la sonrisa que momentos antes lo había deslumbrado.

—Gordon, no se te ocurra regalarle rosas a Rhona. No le gustan —dijo al ver que él llevaba en la mano una sola rosa, cortada desde el tallo.

Avergonzado, Gordon dejó la flor en la mesa al instante.

—Nunca pierdes el tiempo cuando se trata de avergonzar a los demás, ¿verdad, Cameron? —dijo Rhona con desprecio.

Cameron se sintió observado por la reina, a su lado; al levantar el rostro, ella lo regañó con la cabeza y cogió la rosa de la mesa para oler su fragancia. Cameron tuvo que soportar ver como danzaba con aquel necio de Gordon, quien, confiado, susurraba al oído de Rhona, mientras ella lo miraba a él furiosa.

Cuando al fin el rey dio por terminado el banquete y se levantó, Rhona suspiró aliviada y casi saltó del banco. No había bailado más piezas, temerosa de que se diera por hecho que ya había elegido a Gordon. Por instinto, miró a Cameron y su ceño fruncido. Ese hombre siempre llevaba el pelo alborotado sobre los ojos, hasta eso le molestaba de él.

—Señora —susurró Cameron antes de prestarle su brazo. Se había levantado con pereza, su

cara de fastidio sustituyó en su rostro a la de furia.

Rhona tomó aire, no sobreviviría al resto de la semana así. Leslie acudió a su lado y los tres salieron del salón en cuanto pudieron.

Capítulo VI



En cuanto nadie pudo verlos bajo la tenue luz de las antorchas, Cameron se soltó de su brazo y caminó por el extremo del corredor, lo más lejos que podía de Rhona.

—¿Por qué lo has hecho, Cameron?

Donald se detuvo y Leslie lo hizo a la vez para no chocar con su espalda.

—¿Puedes adelantarte, Leslie? No debes preocuparte, yo cuidaré de ella.

Rhona estuvo a punto de negarse, no podían verlos solos en aquel corredor, y nadie tenía que cuidar de ella con su daga oculta entre los pliegues del vestido. Leslie no dudó en abandonar a Rhona, y tras una mirada evasiva, caminó deprisa entre ambos.

—Parece que también te has adueñado del corazón de mi aya. No me has contestado, Cameron. ¿Por qué has peleado por mí? Te divierte humillarme a mí y a mis pretendientes, ni siquiera soportas bailar conmigo, no lo entiendo.

Cameron rozó con la palma de su mano la empuñadura de la espada colgada de su cinturón, un gesto habitual en él. Rhona lo había visto hacerlo mientras caminaba con desenfado por los pasillos, como si siempre estuviera alerta. Sus ojos cobalto se detuvieron en los suyos.

—Jamás he permitido que se calumnie a una mujer en mi presencia, ni siquiera a una que juega a pasear por los jardines con estúpidos enamorados.

Rhona apretó los puños y sintió como su sangre hervía. Estaba enfadada consigo misma, había deseado con toda su alma que Cameron dijera que había pegado a aquellos hombres porque la tenía en alta estima. Por alguna razón, se había entusiasmado con aquel tonto baile y él la había humillado, negándose a bailar. ¿Se avergonzaría de bailar con ella? Miró a Cameron desafiante.

—No es algo que haya elegido. No sé si estabas delante, Cameron, cuando el rey nos ordenó, a mi casarme y a ti ser mi guardián. Tengo que pasear con esos hombres.

—Estaba a tu lado, no lo olvido —siseó. No pudo evitar acercarse, inclinó el cuerpo sobre ella sin darse cuenta de que Rhona retrocedía poco a poco. Estaba dispuesta a huir por uno de los dos lados.

Vio que ella iba a escapar y se adelantó para apoyarse en el muro y evitar que saliera a la carrera. Entonces, Rhona se tapó el rostro con el antebrazo y se encogió contra la piedra, sobre su cintura. Protegió su cuerpo al girar la cabeza contra el muro. Cameron se detuvo debido a la sorpresa. Ella pensaba que iba a golpearla, no huyó, solo se preparó para defenderse. Con rapidez, retrocedió para dejarle espacio y que sintiera que no era una amenaza para ella.

—Rhona, mírame —susurró con la voz encogida.

Rhona escuchó su tono, no era el mismo de antes, no mostraba furia, sino sorpresa. Levantó la mirada, sus mejillas enrojecidas por lo que él pudiera pensar, que era una mujer pusilánime e incluso una cobarde. Observó su rostro, no estaba rojo de ira, ni sus puños apretados, no adelantaba su pie para golpear, Cameron no era su padre.

—Lo siento, pensé...

—Pensaste que iba a pegarte, nunca lo haría, confía en mí, Rhona.

—No te conozco —afirmó ella, recuperó parte de su aplomo y se irguió ante él—. No sé

quién eres, si el joven guerrero que los mayores adoran, el conquistador de mujeres o el hombre que derriba a otro de un puñetazo para salvar el honor de la hija de un traidor.

Cameron respiró hondo y comprendió al instante.

—Nos han roto en pedazos, Rhona. A los dos. Creo que ninguno de nosotros sabe quién es ahora mismo. ¿Quién te pegaba?, ¿tu padre?

Rhona sintió como sus ojos se humedecían, no quería llorar, no cuando Cameron acudió junto a ella y la abrazó. Fue como si toda ella se quemase al sentir el contacto de ese poderoso cuerpo al envolver sus hombros y dejar que cobijara su rostro en ese duro torso.

—¿Por qué me defendiste, Cameron? Nadie se acercará a mí ahora, no lo conseguiremos, ¿no te das cuenta?

Cameron apretó su abrazo, sintió que ella lloraba.

—Te insultaron, *caileagh*, no podía permitirlo.

—Lo hacen siempre, ni siquiera me ofendieron.

—A mí sí me importa, Rhona.

Rhona no pudo evitar que un suspiro saliese de sus labios. Hacía demasiado tiempo que nadie intentaba protegerla, que abrazaban su cuerpo o se mostraban cariñosos con ella. Aspiró el olor de Cameron a hierba y madera entre sus ropas y tuvo la tentación de rodear con los brazos su cintura. Cameron se separó y con su índice levantó su barbilla. Rhona lo sintió pegado a ella, la respiración de uno contra el otro, sus labios tan cerca que se los mordió ante la tirantez que sintió.

—Buscaré para ti, Rhona, a un buen hombre.

Rhona se quedó helada, un escalofrío hizo que se quedara rígida cuando Cameron soltó su agarre y se separó de ella. Aun cuando él se despidió y dejó que entrara en sus aposentos, Rhona solo podía recordar esa frase: «Buscaré para ti a un buen hombre».

Leslie acudió a ella con una sonrisa que murió en sus labios al instante.

—¿Has llorado, niña?

—No es nada, Leslie. Cameron encontrará un pretendiente, no hay de que preocuparse.

Leslie no dijo mucho más antes de ayudar a Rhona a quitarse el vestido y conseguir que se acostara. Durmieron juntas, en la misma cama, como la noche anterior, con la puerta atrancada a pesar de que Cameron había asegurado que dejaría a un guardia del rey en la puerta.

«Buscaré para ti a un buen hombre», Rhona lo repitió una y otra vez con tristeza, hasta quedarse dormida.

Capítulo VII



John Donald esperaba a aquel mensajero desde hacía días, no había señales de él. El tiempo había cambiado en la isla de forma abrupta, sus tierras llevaban inmersas en la lluvia más de tres días y el mar rugía embravecido contra las rocas de la base de su castillo. Mientras él y sus hombres se entregaban en los salones a la bebida y los banquetes, fuera se desataba una tempestad. Miró su propio reflejo en la hoja de su espada. El enorme parecido con su hermano menor, Cameron, lo asqueaba y apremiaba a que los hombres que había contratado llegaran por mar desde Irlanda. Deseaba el poder desde que tenía uso de razón. Otros niños se vanagloriaban cuando aprendían latín o eran magníficos guerreros, cuando sus padres los alababan o conseguían dar en la diana con sus arcos, John no, él quería decidir sobre el destino de los que le rodeaban, ansiaba lo que los demás tenían, el oro que podía permitir tener en sus manos las vidas de otros. En el momento en que su madre intuía ese fondo perverso, lo apartaba de ella, al contrario que a su hijo favorito, Cameron, ese pequeño ser que siempre sonreía, encandilaba a las mujeres y se llevaba los raros abrazos de su padre. Lo odiaba con el mismo fervor religioso que un monje oraba o una mujer adoraba a sus pequeños.

Dejó la espada sobre la mesa, podía beber, comer, tener a una mujer en sus brazos, pero jamás abandonaba su arma. Tras esos muros, los Donald lloraban como niños porque su querido Cameron regresara a ellos. Pero ese idiota había cometido un error, provocar a los MacKinnon una vez más en nombre del honor que jamás tuvo la perra de su madre. La madre de ambos fue y era, en su recuerdo, la única debilidad de su hermano, y eso le había costado la libertad. Ahora, este estaba en la corte en Edimburgo junto al rey, y no podía impedir que él se hiciera con el norte de las Highlands. La fortuna para pagar a un ejército de mercenarios tendría que salir de las rentas de los Donald, aquellas que pagaban por sus tierras, el clan se estaba resistiendo a él, escamoteando el oro, escondiendo las ovejas y mandando lejos a sus hijas.

—*Laird*, el hombre que esperaba ha llegado.

John miró con rencor a Keith, había encargado la misión de avisarlo a uno de sus hombres de confianza, pero como siempre, Keith lo espiaba para luego contarle todo a su amado señor, Cameron. John sabía quien hostigaba a la gente a rebelarse e incitaba al consejo a nombrar a su hermano menor *laird*. Era Keith.

—Hazlo pasar a la sala privada, y, Keith..., ve con los hombres a patrullar los acantilados.

—Está lloviendo a mares —replicó Keith sin mucho ánimo, sabía que John lo quería fuera de allí cuando hablara con el mensajero.

—¿Eres una niña o un guerrero?

Aquellas palabras de John provocaron la hilaridad de sus fieles. Keith los miró con asco, eran Donald como él y se habían corrompido. John era un señor cruel y caprichoso, las gentes Donald temblaban en su presencia y añoraban los tiempos en que su padre gobernaba con mano dura y honradez las islas.

Keith se fue a reunir a algunos hombres de confianza para hacer la guardia en el exterior, no se fiaba de que en cualquier momento John ordenara su muerte.

John lo vio partir e hizo una seña para que llevaran al mensajero a su sala privada. En un

momento entró tras él y cerró la puerta.

—¿Está todo dispuesto? ¿Los *gallowglass* están preparados?

—Están de camino, si tenéis oro con que pagarlos.

El acento irlandés del mensajero era fuerte, por fortuna, eran discretos en sus andanzas. Eran mercenarios irlandeses sin mucho que perder.

—No os preocupéis, voy a vender a mi propio hermano al ejército del rey, lo tendré en pocos días.

Si el irlandés creyó escuchar que iba a vender a su hermano, no le importó y asintió convencido, nadie jugaba con esos guerreros mercenarios.

—¿Y los clanes de las islas se unirán a nosotros? ¿Y vuestro hermano, acaso no luchó con el rey escocés en la guerra? Dicen que es fiel a él.

John frunció el ceño, los MacKinnon se habían negado, y no había dudado de que irían corriendo a contárselo al rey Bruce, el resto empezaría a sufrir su ira, había realizado incursiones en sus aldeas para poner a unos en contra de los otros. Tenía todo planeado. Su plan era desestabilizar el norte, crear el caos y la guerra y después erigirse como líder natural, era un Somerled *Per mare, per terras*, el legítimo señor de las islas, y Bruce perdería aquellas tierras que pasarían a ser de los Donald, como era desde hacía siglos. Cameron siempre se había opuesto a aquello, cegado por su lealtad al rey. John enviaría a Keith con un mensaje para el monarca, debía desterrar a Cameron de sus tierras y devolver a los Donald todo aquello que perdieron en la guerra, si no, avanzarían hacia la ciudad de Edimburgo. John sabía que muchos clanes estaban descontentos con lo que habían perdido en la guerra contra los ingleses, se unirían a ellos. No, Cameron no podía volver, ni sospechar por un instante de su plan.

—De mi hermano me ocupo yo, y el resto de clanes no importan, pronto sabrán que los Donald somos sus señores naturales. Vosotros ocupaos de cruzar el mar y estar aquí en dos semanas.

Al irlandés pareció no gustarle el tono con que John le habló, escupió al suelo con arrogancia. A otro hombre, John Donald lo hubiera ensartado en su espada y cortado la garganta. Lo cierto es que una vez recibido el mensaje, nada se lo impedía, podía culpar a Lachlan MacKinnon.

John se acercó al irlandés, el sonido de la punta afilada de su espada chirrió contra el suelo de piedra mientras avanzaba.

—Tengo otro mensaje, irlandés.

El mercenario desconfiaba de él, pero aun así se acercó con cautela. John sonrió y le rodeó con el brazo los hombros como si fuera a hacerle una confidencia. Desplazó todo el peso de su cuerpo hacia atrás, para asestar aquel golpe. La hoja de la espada se clavó en el pecho del irlandés hasta la mitad, mientras en su cuerpo sonaba el crujido de sus costillas al hundirse. El mensajero cayó como un viejo saco sobre el suelo.

John gruñó con desagrado al levantar la mirada, la mesa donde estaba el mensaje que Keith debía llevar a la corte en Edimburgo se había manchado de sangre del maldito irlandés, ahora tendría que pedir al monje que lo escribiera de nuevo.

Capítulo VIII



Rhona escuchó la llamada en la puerta con unos toques cantarines y enseguida supo quién podía ser. Leslie le hacía una trenza y no pudo ver su sonrisa de ilusión, Cameron llegaba temprano, eso significaba que una vez ella cerró las puertas de los aposentos, él se fue directo a los suyos, o al menos albergaba esa ilusión. Se sonrojó al instante avergonzada. Cameron empezaba ser importante para ella de una manera que nunca hubiera creído posible. Tal vez se engañaba, si el día anterior en la cena no había prestado atención a otras mujeres fue por la pelea, el mal humor lo persiguió desde mucho antes de que le pidiera bailar con ella, y le duró hasta que se retiraron al finalizar la cena. Con el rostro sombrío y la tensión de sus hombros, muchas damas lo miraban, pero ninguna de ellas se atrevió a acercarse a él debido a su ceño fruncido.

—Estás preparada, niña —asintió Leslie con una sonrisa.

—Para buscar un pretendiente en este lugar no creo que nunca esté preparada.

—Lord Cameron lo encontrará para ti, niña.

—No es lord, Leslie, es su hermano quien ostenta ese título.

Leslie hizo resonar su boca con un chasquido de la lengua en el paladar, una costumbre que a veces Rhona imitaba sin darse cuenta.

—Sí lo es, el rey se lo concedió tras una batalla junto a James Douglas. Cameron salvó la vida del rey, interpuso su espada ante un enemigo dispuesto a matar a Bruce. Dicen que medía dos metros y Cameron era apenas un niño.

Rhona arqueó la ceja poco convencida, su aya adoraba a Cameron hasta el punto de creer todo cuanto le ensalzara más a sus ojos.

—¿Te lo dijo él? Es un presuntuoso, un segundo hijo no puede tener ese título sin tener tierras propias. A no ser que el rey planee ofrecerle algún condado.

Leslie le dio un tirón nada amigable de la trenza y Rhona se giró.

—Lo he oído de boca de las otras sirvientas, él no hace que nadie lo llame así. Es todo un hombre, no necesita de títulos para ensalzar ese rostro y ese cuerpo que el cielo le ha otorgado. Si fueras más amable con él, verías que puede ser un candidato.

—¿Un hombre que ocupa su tiempo con la bebida y las mujeres? ¿Que avergüenza a su clan seduciendo a la mujer de otro *laird*?

—No creo, niña, que te hayan contado toda la verdad de esa historia.

Estaba a punto de replicar a su aya cuando sonó la puerta de nuevo. Leslie le dio un empujoncito hacia la salida. Cogió su brazo antes de que abriera y Rhona suspiró ante su mirada de compasión.

—Todo saldrá bien, Rhona.

Asintió al contener la respiración. Al abrir lo encontró de espaldas, al girarse hacia ella aún mostraba su cara de aburrimiento. Rhona se sintió culpable, había tardado demasiado.

—Buenos días, señoras. Hace un magnífico día para encontrar esposo, así que, ¿vamos? El guardia me ha dicho que ya han desayunado en sus aposentos, así que estamos dispuestos. Espero que el joven de anoche no esté componiendo más versos y quiera torturarnos con ellos.

Rhona se sintió un poco desilusionada, se dio cuenta de que había prestado especial atención a

su vestido y su peinado como una tonta. ¿Qué pretendía? ¿Quería de verdad llamar la atención de Cameron? Tenía que concentrarse en encontrar un marido de verdad y dejar de comportarse como una de esas mujeres que perseguían a Donald. Él apenas se había percatado de su peinado y uno de sus vestidos más presentables.

Cameron se apartó y prestó su brazo a Rhona no sin antes hacer un guiño a Leslie. La frialdad y el gesto rígido de Rhona traspasó con su mano el antebrazo de Cameron. Miró el perfil de ella, sí, en efecto, había vuelto la niñera severa y desaparecido la encantadora Rhona de la noche anterior. Aún se torturaba por aquel momento de confesiones, había estado a punto de besarla. Estaba tan hermosa, su rostro tan bello y dulce que no parecía ella misma, algo extraño había sucedido en ese oscuro corredor. De hecho, Cameron había soltado aquella estupidez de buscar un marido adecuado para ella. Le daba vueltas a lo ocurrido la noche anterior. Al darse cuenta de que Rhona había sufrido a manos de su padre, deseó consolar su alma, cometió el error de abrazar su cuerpo y sintió ese tirón extraño, Rhona lo atraía sin duda, ¿a qué hombre no? Hermosa, elegante... Negó con la cabeza y se encontró como un idiota pendiente de la curva de su cuello que se interrumpía con aquella trenza sobre uno de sus hombros para acabar entre sus senos. Ese vestido que llevaba no era la mitad de provocativo que aquellos que lucían las mujeres de la corte, y, sin embargo, Cameron lo encontró tan seductor que su mirada se perdió en sus senos y su cintura. Si la doncella no hubiera estado tras ellos, hubiera ido aún más despacio. Extrañada, Rhona llamó su atención al soltar su brazo.

—¿El rey os ha castigado por lo sucedido ayer en la cena?

—Solo me recordó que, si tenía asuntos que resolver, lo hiciera en el patio del castillo con la espada en la mano y no en su salón del trono.

Rhona estuvo a punto de sonreír por su tono molesto y huraño, desde luego, a Cameron Donald no le gustaba que lo reprendieran como a un muchacho.

Cameron guió a ambas hasta el exterior. Los jardines del castillo estaban en su esplendor con la primavera, una extensa pradera verde se abría ante ellos, más allá de las puertas abiertas de la fortaleza. El cielo estaba nublado y unas pequeñas gotas le cayeron a Rhona en las mejillas. Las cosas habían cambiado desde que Cameron iba con ellas, nadie murmuraba maldades a su paso, al menos no tan alto como para que Rhona escuchase sus palabras con claridad. A su paso, los pocos caballeros que se cruzaron con ellos tan temprano casi salieron a la carrera.

—Al parecer, todos te tienen miedo —susurró Rhona a Cameron.

Como respuesta, él se rio, el suave viento que se llevaba las pequeñas gotas de lluvia alborotó su cabello castaño. Rhona levantó la mano de forma involuntaria y lo apartó de sus ojos. Ambos, mirada gris y azul, los colores del cielo de Escocia, se cruzaron entre ellos. Cameron dio un paso hacia ella, tan cerca que Rhona se quedó prendada de su rostro. Un leve temblor en los labios de Cameron hizo que Rhona se elevara de puntillas para estar tan cerca de su imponente altura; él, a su vez, se agachó hasta que sus alientos se rozaron. Rhona creyó que Cameron iba a besarla y sus labios se abrieron.

—¡No puedo creer que Cameron Donald esté paseando por los jardines de palacio como un cortesano aburrido!

Rhona dio un respingo y retrocedió, aquella voz era la de James Douglas, aquella carcajada no podía pasar desapercibida en ningún lugar.

—¡Douglas, eres peor que un...! —Cameron pareció darse cuenta de que tal vez no era el modo más apropiado de dirigirse a su amigo delante de las señoras.

Sonrió al girarse y ver al hombre que acompañaba a James. Era su amigo William, el hijo

mayor de Douglas.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, Cameron?

—Desde que tu hermana se casó con ese Campbell estirado —contestó.

Cruzaron sus antebrazos. Habían olvidado a Rhona hasta que William Douglas se separó un poco e hizo una reverencia ante ella.

—Rhona MacLellan —los presentó Cameron.

—Nos conocemos —sonrió Rhona—. El rey envió a William en varias ocasiones a tierras MacLellan para obligarme a acudir ante él a la corte.

William se rascó la nuca avergonzado al recordar su misión en tierras MacLellan.

—Y ni una sola conseguí que viniera hasta aquí. Solo la ira del rey fue capaz de traerte a la corte, ¿verdad?

—Es cierto, los soldados que me trajeron no fueron muy delicados, dejémoslo ahí.

William sonrió y Cameron frunció el ceño. Era evidente que Rhona se encontraba a gusto con William Douglas y tenían confianza, ya que se acercó a él y tomó su brazo. Miró aquella mano, a su amigo, y no entendió por que sentía ganas de dar un puñetazo a William.

—¿Cómo está Maely? ¿Y el niño?

James Douglas hinchó el pecho a la par que su hijo y asintió con el rostro.

—Están muy bien. Mi hermana te manda recuerdos, y un regalo, dijo que te gustaría.

Cameron sonrió con satisfacción, a Rhona no le gustaban los regalos, lo había comprobado con sus pretendientes. Las rosas no le atraían, las joyas las dejaba abandonadas en cualquier sitio sin prestar atención y los poemas no parecían impresionar su corazón. William hizo una señal a un criado, que avanzó con algo envuelto en una tela enorme, tuvo que recogerlo con sus dos brazos con sumo cuidado.

Hizo una señal a Rhona y se adelantó para levantar la tela. Aquello que fuera estaba envuelto con sumo cuidado y ella tiró de un extremo que dobló la tela sobre sí misma.

—Es su arco... —susurró con suma admiración—. No puedo creerlo, William.

Cameron tosió, si volvía a oír el nombre de Douglas en los labios de Rhona, iba a vomitar. ¿Por qué ella no había pronunciado el nombre de Gordon o Lennox con la misma suavidad? No podía creer la reacción de Rhona, con una sonrisa enorme giró el rostro ante todos, sus ojos brillaban cargados de emoción. Ni las joyas, ni las flores, ni las telas. Un arco. ¿De verdad en un arco y unas flechas residía el secreto de la sonrisa de Rhona?

—Maely y tú sois amigas desde hace mucho tiempo, pensó que te vendría bien recordar como entrenabais juntas a escondidas. Solo para que no olvides que no estás sola y tienes amigos.

Rhona sonrió al llenar su mente de aquellas imágenes de niñas, cuando se escapaban al bosque para aprender con su padrino a dominar la daga y tirar con el arco. Las cosas habían cambiado, Maely y ella se habían alejado, Angus ya no estaba, pero ahora su padre no podría separar su amistad nunca más. Ni torturarlas, ni pegar a ninguna de las dos. Ni someter a su clan por la fuerza.

—Es precioso, William, te agradezco que lo hayas traído contigo. Cuéntame cómo es ahora la vida de tu hermana entre los Campbell.

Cameron se encontró solo en cuanto Leslie siguió a William Douglas y su ama, ambos del brazo, con la sonrisa en sus rostros, sin importar que empezara a llover más fuerte.

—Tal vez, encontrar un pretendiente para Rhona no será tan difícil como esperabas. —James Douglas se rio a su lado con ganas—. Tienes la misma cara que cuando te pasabas todo el día en el caballo y te dolían tus partes.

Cameron negó con la cabeza. William era de confianza, de hecho, eran amigos desde niños, así que la chica estaría bien con él.

—La cara que tengo es la de hombre liberado. William cuidará un rato de esa mujer. Puede llegar a ser exasperante.

James Douglas lo dejó partir. «Tanto oro como os entre en ambas manos». El rey perdería su apuesta y con ese oro se compraría la construcción de una nueva torre en uno de sus castillos. Su carcajada se oyó hasta el último rincón de la colina de Edimburgo.

Capítulo IX



Rhona pasó un rato agradable con William Douglas, era un hombre encantador que se parecía mucho a su hermana Maely. Los Douglas, a pesar de las adversidades, siempre eran una compañía agradable, llenos de vida, expresivos y alegres. En ese rato a su lado olvidó su misión de encontrar esposo, su angustia por volver junto a su clan y tanto las burlas hacia ella como aquellas promesas falsas de amor eterno. Sin embargo, en varias ocasiones se giró para buscar con la mirada a Cameron. Era extraño que hubiera desaparecido con tanta rapidez.

—No es un mal hombre, Rhona.

Dio un respingo, y miró a William sin comprender. Habían llegado a un lugar junto a la muralla donde crecían lavanda y tomillo, el olor endulzaba el aire a su alrededor.

—¿Quién, William?

—Donald, no te hagas la tonta conmigo. Sé lo que dicen de él, de hecho, he pasado mucho tiempo con Cameron en batalla, de un lado a otro por toda esta tierra. Le gustan las mujeres, su carácter, se deja querer por ellas, y su rostro... A veces creo que es una fatalidad para él.

—¿Lo disculpas, William? No sé dónde quieres llegar defendiendo a Cameron Donald. El rey lo ha nombrado mi guardián, es lo único que sé de él.

William sonrió, a veces Rhona se mostraba demasiado seria y pensativa. No le era ajeno el modo en que toda su vida había tenido que proteger sus sentimientos y evitar las palizas de su padre. Su hermana había convivido con los MacLellan demasiado tiempo como para no contarles lo que habían sufrido a sus hermanos. Rhona salvó una vez a Maely y por ello todos los Douglas estarían en deuda con la hija del traidor MacLellan.

—Para que confíes en Cameron, él nunca te traicionaría, cumplirá su misión hasta que decidas desposarte.

Rhona suspiró y se sentó en un tronco caído. Sus manos se aferraron sobre el vestido con fuerza. Leslie hablaba en el camino con otra doncella y sonreía despreocupada.

—No es una misión fácil, aquí en la corte solo he encontrado mentiras, insultos... Solo tengo a Leslie.

William se sentó a su lado, sus hombros se rozaron y él esbozó una sonrisa.

—Yo lo haría, Rhona. Si la única manera de sacarte de la corte y devolverte tu clan y tus tierras es casarte, me casaré contigo.

Rhona se volvió hacia él con el ceño fruncido, comprendió al instante. William no buscaba tierras ni riqueza, tenía cuanto podía necesitar su familia y su gente. Su sonrisa franca y generosa, sus ojos oscuros iguales a los de su padre... William lo hacía por aprecio. Rhona siempre supo que el corazón de William llevaba un tiempo roto, la mujer de la que estaba enamorado se había casado con otro.

—William, ambos sabemos que nos sentimos más hermanos que otra cosa. Jamás te condenaría a un matrimonio sin amor. Eres mi amigo.

—Lo entiendo, Rhona, pero tenía que ofrecerte por ti, me duele ver lo mal que lo estás pasando en la corte. Todos pendientes de tu decisión y la del rey, para ellos es un juego. Si en algún momento, si las cosas se ponen feas o ese cabeza hueca de Cameron no te trata como

debiera, dímelo.

Rhona sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, no quería llorar. William cogió sus manos y las besó con cariño. Ambos volvieron a relajarse al comprobar que entre ellos solo existía una profunda amistad.

Cameron apretó los dientes al ver como William Douglas besaba las manos de Rhona. Llevaba un rato observando, como un idiota, tras los muros y los árboles, como si tuviera quince años y espiara a una doncella. Había intentado marcharse, dejar sola a Rhona y aprovechar para solazarse un rato. Nada de lo que solía hacer antes de ser obligado a acompañar a Rhona como un ama de cría llamaba su atención ahora, nada excepto volver en su busca; ni las bromas con sus amigos, ni las doncellas aduladoras, ni siquiera una buena pelea de espadas, nada. Esa mujer le provocaba... No sabía qué le provocaba, sí, le provocaba problemas. Cameron se encontró apretando los puños cuando William Douglas tomó la mano de Rhona. El viento movía su pelo dorado y envolvía a ambos en una crisálida oculta a sus ojos. ¿Cómo era posible que, en mitad de la lluvia, el cabello de Rhona contuviera todas las tonalidades del sol, desde el amanecer rojizo hasta el mediodía?, y Cameron inspiró el aire que comenzaba a faltarle. «Se acabó», se dijo. Comenzó a andar hacia ellos con decisión, cuando ambos ya se levantaban de aquel tronco.

—¡Ya lo tengo, Rhona! Nuestro hombre es Grant Gordon.

Rhona frunció el ceño ante la abrupta llegada de Cameron. ¿No se había marchado con su sonrisa irónica?

—¡Oh, vamos, Cameron! Grant es tan aburrido como un búho durante el día —replicó William.

Rhona sonrió al ver cómo Cameron se enfadaba cada vez más con su amigo. William parecía no darse cuenta del semblante serio que tenía en ese instante.

—Bueno, soy yo quien da consejo a Rhona.

—Tal vez ya tenga un candidato.

Rhona se giró hacia Will, que guiñó un ojo para ella, ¿a qué jugaba William?

—No eres adecuado, eres un mujeriego.

William se echó a reír a carcajadas.

—¿Y lo dices tú? Cameron, creo que te estás convirtiendo en una comadrona.

—En todo caso, soy yo quien decide. Los dos parecéis dos ancianas casamenteras —interrumpió Rhona.

Enfadada, se marchó sin despedirse, la única risa que escuchó a su espalda fue la de William. Cameron se estaba excediendo, parecía que espiaba con quién hablaba, dónde iba, William era un amigo y se lo había demostrado al ofrecerse para que se salvara. No, nunca aceptaría su proposición y que él, debido a su bondad, se viera obligado a casarse con ella. No dudaba que se llevarían bien y se respetarían, pero William necesitaba más, una mujer a la que amar y ser amado.

William fue tras Rhona, aún tenía que acabar su conversación con ella antes de partir hacia tierras Douglas de nuevo.

Cameron siguió con la mirada cómo William se inclinaba ante Rhona con una exagerada reverencia y besaba su mano. Como si no se sintiera conforme, se inclinó hacia su rostro hasta rozar su cuello.

—Si necesitas ayuda, Maely siempre estará ahí, igual que todos los Douglas, Rhona.

El susurro de su promesa contra el oído hizo asentir a Rhona. Reticente, dejó marchar a su amigo.

Cuando levantó la mirada, los ojos de Cameron estaban fijos en ella. Aquellos lagos azules que eran sus ojos desprendían una expresión un tanto extraña. Rhona se tomó ambas manos nerviosa, Cameron pareció reaccionar y levantó su brazo en señal de que debían volver al interior del castillo, y su mirada se suavizó. Si Rhona no supiera cómo era Cameron, hubiera pensado que él la miraba como si fuera la primera vez.

—William es un gran amigo.

Cameron permanecía en silencio, una ausencia de sonidos desconcertante para ella. ¿No tenía nada jocoso que decir? ¿No había ironías para con ella ni para William?

—Allí está Gordon, os dejaré un rato con él.

Fue lo único que dijo antes de soltar su brazo de manera brusca y volver al interior del castillo solo. Leslie enseguida fue junto a Rhona y ambas vieron como Cameron y el *laird* Gordon se cruzaban con una señal de cabeza como único saludo. Dejó allí a Rhona, desconcertada por su actitud y su falta de habituales bromas. ¿Qué le ocurría a Cameron?

Decepcionada, sonrió a Gordon y éste correspondió amable. Un día más pasaría y sus opciones de encontrar marido se terminaban.

La reina sonrió de forma imperceptible, había observado desde las almenas del castillo aquellos encuentros de Rhona MacLellan con sus pretendientes y, en especial, a Cameron MacDonald y su forma de conducirse. Un hombre leal a la corona, un guerrero que no merecía que lo hubieran expulsado de su clan, un señor de Escocia sin tierras ni futuro. Y Rhona, una mujer con anhelos, repudiada y vilipendiada por la traición de su padre, con muchas tierras que no permitirían que gobernara sola. Rhona le recordó a sí misma, a la inocencia de una época en que soñaba con el amor, tuvo suerte en su matrimonio y deseaba lo mismo para ella. Llamó a una de sus doncellas personales y enseguida acudió a su mandato, hecho con discreción y en secreto. Elizabeth de Burgh sabía que, en muchas ocasiones, al amor había que darle un súbito empujón.

Capítulo X



Rhona había pasado un día agradable en compañía de Grant Gordon. Era apuesto a pesar de su cicatriz en el rostro, y amable, conocía la región de ambos a la perfección y los problemas a los que sus clanes, Gordon y MacLellan, se enfrentaban tan cerca de la frontera. Le habló de los robos de ganado que había sufrido desde que murió su padre, de las incursiones de otros clanes... Lo recordaba siendo niña, en alguna visita al castillo MacLellan, siempre serio y paciente, había que ser un hombre templado para tratar con su padre y su despotismo. Gordon no le propuso matrimonio, solo estuvo a su lado, conversaron, e incluso disfrutó de su presencia. Comieron uno al lado del otro en el gran salón y cuando vio que Leslie, su aya, estaba agotada, pidió retirarse.

Desde que Cameron se había marchado de la pradera del castillo, dejándola con Gordon, no había vuelto a verlo. No estaba molesta por su abandono, no quería escuchar sus risas cuando Gordon hablaba con libertad, ni que los siguiera a ambos con todo su séquito de doncellas adoradoras de su persona. No deseaba estar más pendiente de él que de un posible prometido, como siempre le sucedía cuando él estaba cerca.

Leslie y ella salieron del salón, atravesaron las salas hasta llegar a los corredores y entonces Rhona se detuvo. Sujetó a Leslie para que guardara silencio. En un rincón, alejados de las antorchas, dos amantes se besaban con pasión. Rhona suspiró, eso era lo que deseaba para ella. Al oír su suspiro, el hombre se separó de los labios de aquella mujer, ese simple gesto hizo que Rhona lo reconociera aun con la tenue luz, Cameron.

La muchacha a la que besaba se mostró reacia a separarse, agarró sus brazos, pero era demasiado tarde, Cameron había visto a su pupila y una expresión de tristeza invadió su rostro.

Era un hombre llevado por la tentación. Las atenciones de la doncella de la reina no habían cesado, incansable durante horas, hasta que cayó en sus tersos brazos. Cameron observó la mirada de decepción que Rhona tenía; incluso en la oscuridad, el destello de una profunda ira iluminó sus ojos. Alzó la barbilla, ¡qué le importaba a él! Ella no era nada suyo, solo una obligación; debía buscarle un marido y ella no tenía derecho a sentirse defraudada. Fue a decir algo cuando Rhona se giró, altiva, fría, hielo en esos ojos azules.

—Vuelve aquí, Cameron —susurró su acompañante con voz melosa.

Cameron todavía miraba la figura de Rhona alejarse. Leslie, su doncella, apartó la vista con un gesto de reprobación. Podía volver a besar a esa dama complaciente que ansiosa caería en sus brazos de nuevo. ¿Pero quería Cameron? Se soltó de sus manos con una leve disculpa y fue tras Rhona. Y en el momento en que dio el primer paso, supo que estaba cometiendo el mayor de todos sus errores.

La alcanzó cerca de sus habitaciones y Leslie, como si supiera con su vejez aquello que Cameron quería hablar con su señora, se escabulló en sus propios aposentos.

Rhona miró a Leslie adelantar su paso rápido y cerrar su puerta con premura. Supo entonces que Cameron estaba tras ella.

—Traidora —masculló en un susurro a la puerta cerrada por la que había desaparecido Leslie.

Cameron estaba tan cerca que su olor a madera y brezo, su sola presencia arrebatadora

ocupaba el corredor a sus espaldas sin ninguna vergüenza. No huiría de él, de ninguna forma.

—Rhona. —Un escalofrío recorrió su cuerpo al girarse hacia él. La voz grave de Cameron llenaba sus oídos.

—¿Qué deseas, Cameron? Primero me espías, me sigues, me humillas con tus chanzas, a mí y a mis posibles pretendientes, y ahora vienes hasta mí... Sigue entreteniéndome a las damas de la corte. Puedo hacer esto sola, encontrar marido, estás demasiado ocupado con las mujeres, los dados, la bebida... De hecho, Gordon es un hombre atractivo y leal, un firme candidato, y fiel.

Cameron tendría que estar escuchando el discurso de Rhona, pero solo veía ante él su dedo amenazador y esa boca..., su boca de labios rojos, y esos ojos azules. Su pelo agitado en torno a su rostro sonrosado. Cuando escuchó el nombre de Gordon y recordó la mano de William Douglas sobre la de Rhona, estalló.

Cayó sobre ella con los labios abiertos, la respiración trémula, el corazón bombeaba sangre en todo su cuerpo. Estaba excitado, mucho más que con cualquier beso o contacto de piel con una de las mujeres del castillo. Era Rhona, su forma de hablar, de moverse, de sonreír para otros... Cubrió su boca, obligó a que ella abriera la suya con sorpresa. Tomó su rostro con las manos en ambas mejillas suaves. Movié su cuello para penetrar aquella boca y descubrió que nadie la había besado antes. Su inocencia, su inexperiencia, lo volvieron loco. Danzó con su lengua a cada lugar de su boca, se separó y mordió con suavidad su labio. Sería el primero, el primer beso de Rhona.

Se sintió embriagado por su olor a jabón de lavanda y brezo. Olía como los campos en flor y tenía en su piel la suavidad del viento. Sin darse cuenta, sintió que ella se rendía a su beso y movía su lengua, el rostro en busca de él. Las manos de Cameron descendieron por su cuello hasta la cintura y apretó el cuerpo de Rhona contra el suyo. Un gemido de ella, de sorpresa al sentir su miembro contra su vientre, lo alertó. Debía detenerse en ese instante. Ser desagradable, alejarse de ella. Rhona debía casarse, y él volver con su clan, pero por todos los cielos que estaba celoso de todos esos hombres que había conocido antes que él y que ahora pretendían desposarse con ella.

—¿Cómo es posible que estuvieras comprometida desde niña y ese idiota nunca te besara de este modo? —murmuró. Si él hubiera estado prometido con Rhona, el cielo sabía que no hubiera soportado ni siquiera una semana sin besar sus labios.

Rhona estaba a punto de perder el aliento, Cameron le había robado hasta el último resuello y la razón a su cabeza. Parpadeó confusa ante su pregunta, se sintió ofendida. ¿Tan mal había correspondido a su beso? Había sido torpe e inocente. Apartó su cuerpo, lo empujó con fuerza para que no viera su rostro encarnado.

—¿Quieres saber la historia de la hija del traidor? Mi prometido, Gawen, jamás se acercó a mí. Mi padre se lo impedía hasta que estuviéramos casados. Mi prometido era un ser despreciable al que odiaba y yo prefería que estuviera con sus amantes. ¿Eso es lo que querías oír? ¿Es el objeto de este beso? ¿Humillarme, hacerme parecer una tonta muchachilla?

—¿Por eso eres amiga de William Douglas? ¿Por qué él se ocupó de matarlo para ti? ¿Para quedarse contigo después?

—Eres horrible, Cameron, William es tu amigo y ni siquiera lo conoces —siseó—. Vuelve con tus mujeres anhelantes de tus caricias y tus besos. Conseguiré salvarnos a los dos si estás lejos de mí—. Los puños de Rhona se clavaron en su pecho, apretó para que entendiera—. Gawen nunca me tocó, y mi padre me pegaba, Maely fue mi única amiga y su hermano solo es amable conmigo. ¿Quién más sentiría aprecio por la hija del traidor MacLellan?

Cameron vio el dolor en los ojos de Rhona. No quedaba rastro de arrogancia en su mirada, ni la altivez que siempre exhibía, no era la mujer fría y distante que demostraba con sus medias sonrisas heladoras. Podía ser la hija del traidor, Cameron tenía casi la certeza de que el traidor había tratado a su hija peor que a un enemigo. Fue consciente de ese sentimiento que ennegrecía su alma, celos. Nunca lo había sentido, no había sabido reconocer su oscuro ánimo hasta que encendió su furia; y por ello había besado a Rhona. Como un tonto ante el primer amor. Para marcar a la muchacha de una forma posesiva con sus labios. El horror se abrió paso en su alma. No era mejor que aquellos ansiosos pretendientes que nunca le ofrecerían mayor aprecio que el de las tierras y riquezas que Rhona poseía. Se apartó de ella en la oscuridad. Huyó. Él, que jamás evitaba una batalla. Rhona tenía razón, debía dejar a la muchacha encontrar un marido. Sin darse cuenta, Cameron los había espantado a todos. Se había reído de ellos, los había humillado y alejado con sus miradas torvas. Había estado a punto de golpear a su amigo William. A Rhona le iría mucho mejor sin él.

Rhona vio como Cameron se alejaba. Aquel idiota, arrogante, conquistador había roto su dignidad en pedazos. Se había visto atrapada por Cameron como una tonta, cayó con los mismos gestos y tretas que utilizaba con sus admiradoras, sin darse cuenta de que él acababa de estar besando a otra.

Rhona no sabía qué le ocurría, despierta desde el alba porque sabía que él iría en su busca. No conciliaba el sueño porque recordaba cada segundo que pasaba a su lado. Buscaba sus miradas, sus halagos, sus sonrisas arrebatadoras. Solo era la hija del traidor, fría, distante, sin poder sonreír como las demás muchachas que lo rodeaban. Desconocía el arte de seducir, se sentía como una tonta al ver que su corazón se precipitaba hacia su propia destrucción por culpa de Cameron. Tenía que recuperar su entereza. Rhona MacLellan solo era tierras y riqueza, no tenía derecho a amar.

Agradeció que Leslie no durmiera con ella desde hacía días para que no viera sus amargas lágrimas, estas cayeron sin parar hasta que sus ojos se secaron y se recompuso. Una vez, y después otra, así había sido en los últimos años, esconder sus sentimientos, huir de su propio corazón, y Cameron Donald no era más que otra de esas veces.

Vio amanecer con la mirada fija en aquella ventana. La noche había pasado al fin, en interminables horas y minutos. El día era nublado, gris, el cielo de color plomizo parecía cernirse sobre la altura del castillo sobre su colina. Su ánimo no era mejor, apenas le quedaban días y ella había estado pendiente de Cameron en lugar de buscar un esposo. Leslie llamó a la puerta, dejó que entrara. Traía en el regazo de sus brazos unos cuantos vestidos que las doncellas de la reina le habían prestado como regalo de su majestad. Buscó entre aquellas telas y ropajes uno adecuado para la mañana, se decidió al fin por su color favorito, el azul claro. Una vez que Leslie dio su aprobación, salió de sus aposentos, controló su decepción al ver que él no estaba allí. En su lugar, un soldado de la guardia real aguardaba para escoltarla. La reina le había pedido que pasara con ella algún tiempo.

Siguió al guardia en un agradable silencio, porque, desde luego, no echaba de menos a Cameron ni su punzante conversación. La reina la recibió con una sonrisa calurosa que agradeció, y todavía más cuando hizo que se sentara junto a ella. Le caía bien Elizabeth de Burgh, era una mujer dulce y sencilla que luchó por aquello que quería. Había estado presa muchos años en Inglaterra y quizá ello había moldeado aún más su carácter.

—Veo, Rhona, que no has progresado en la búsqueda de un marido.

Rhona sonrió a medias, estar más alejada de las doncellas de la reina le permitió relajarse.

—Creo que existe la posibilidad de aceptar una proposición, mi reina.

—¿De veras? Cuéntame, Rhona, dime quién es.

—Grant Gordon, es un buen hombre —consiguió decir antes de que sus mejillas se encendieran—. Es amable, educado, más mayor que yo, solo algo más, pero eso es agradable, no parece tener la tonta charla de un jovencito... ni tiene ansias de lucha. Le gusta permanecer en el interior, al calor del fuego, y cuidar de sus mastines... Claro, tendría que trasladarme a su castillo, tampoco sería tan horrible, no es que tenga buenos recuerdos de mi hogar, y tendría cerca a mi clan.

La reina sonreía con amabilidad.

—Gordon es correcto, adecuado, ¿no es eso? Sus tierras lindan con las tuyas, no es demasiado atractivo, ni demasiado vital, pasarás una larga vida aburrida a su lado, pero llena de seguridad y fidelidad, eso seguro. ¿Es lo que quieres decir en realidad, Rhona? —Rhona se tapó la boca con la mano cuando comprendió qué quería insinuar realmente la reina, justo lo que ella había dicho. Grant era aburrido, pero un buen candidato por esa misma razón. Se dio cuenta de lo inapropiado que resultaba justificar su elección con aquellas palabras y procuró ponerse seria. Grant Gordon no merecía que dijera tales cosas con lo bien que se había comportado con ella—. No pretendo burlarme de tu elección, Rhona. Es solo que pensé que quizá necesitabas a alguien más joven, más apasionado, que consiga hacer latir tu corazón de forma apresurada y nuble tus ojos con una mirada—. La reina se inclinó hacia ella. Sus ojos azules se posaron en los suyos con dulzura—. Os ha robado el corazón Cameron Donald, ¿no es cierto?

Rhona se retiró hacia atrás con los ojos abiertos por la sorpresa, ¿tan claros eran sus sentimientos? Pensaba que nadie se había dado cuenta. Ni siquiera ella misma quería ver la verdad hasta que la oyó de los labios de la reina. La mirada sincera y el tacto de la mano de Elizabeth sobre la suya hicieron que suspirara.

—No creo que me haya robado el corazón, todavía. Sé que podría con el tiempo, pero no me engaño, Cameron ama a todas las mujeres. No soy tonta, mi reina, no pretendo cambiar su forma de proceder, ni aspiro a ser la mujer que lo logre, muchas lo habrán intentado y seguro que no soy ni tan hermosa ni tan graciosa como ellas.

La reina asintió con tristeza, como si al pronunciar Rhona aquellas palabras hubiera confirmado aquello que llevaba sospechando desde que los vio juntos. Se había enfadado con su esposo, el rey, y con James Douglas. Se habían atrevido a apostar porque antes de los siete días, Rhona se habría enamorado de Cameron Donald. Elizabeth no temía un reto, y había dicho que ese muchacho suyo, Cameron, sería quien se enamoraría de Rhona. Y ella nunca perdía una apuesta contra esos dos truhanes taimados. Rhona era una muchacha inteligente, hermosa, gentil, y las pocas veces que sonreía, alegraba el ánimo de los que la rodeaban; si Cameron fuera juicioso, atraparía a Rhona antes que cualquier otro. La reina suspiró, el corazón pocas veces latía llevado por la razón, pero creía en ella y su capacidad de ser única.

—Rhona, no tienes que avergonzarte. Cameron es atractivo, un buen guerrero, su cuerpo está forjado en la lucha, su sonrisa es deslumbrante, y su rostro, bueno, su rostro arrebató la virtud de cualquier alma. Puede hacer que sonrías con su carácter afable y que al momento suspires sin darte cuenta...

La reina contempló el rostro dubitativo de esa muchacha que tanto le recordaba a ella. El rey Bruce nunca fue un santo, ni siquiera le gustaba a él al principio de su matrimonio. Tuvo que abrirse paso en su corazón de rey con perseverancia y tiempo, algo que Rhona no tenía. Si en

algo estaba de acuerdo con su esposo y James Douglas era en que Rhona y Cameron estaban hechos el uno para el otro. Le fastidiaba, pero era cierto como que el sol hoy no saldría en toda Escocia.

—Rhona, a veces debemos ver todas nuestras opciones.

Rhona se preguntó por qué la reina había hecho que confesara que Cameron le atraía para luego decir que tenía más opciones. Su majestad lo sabía, igual que ella. Cameron Donald nunca fue una elección para la fría y distante hija del traidor.

—Déjame presentarte a alguien que llegó ayer a la corte, es primo de una de mis doncellas y un hombre honorable. Ven conmigo y comprenderás muchas cosas.

Rhona no podía negarse cuando la reina pidió que siguiera su caminar. Las doncellas se unieron a ellas y anduvieron más despacio tras la reina y Rhona. Se hallaban envueltas en una charla insustancial que no conseguía tranquilizar a Rhona. La reina condujo sus pasos hasta el patio de armas. Traspasaron un arco y un pequeño jardín privado que Rhona no había visto apareció ante ellas, flores amarillas y anaranjadas rodeaban la zona de los arcos; en el centro, un pequeño roble intentaba buscar con sus ramas la luz sobre los tejados. Rhona admiró el delicado patio, quizá tan especial por parecer el lugar más privado del castillo. Un hombre paseaba junto al rey y James Douglas, las manos de los tres apoyadas en la empuñadura de sus armas a pesar de la fina lluvia que mojaba sus capas. Parecían discutir con seriedad alguna cuestión grave a juzgar por el ceño fruncido de los tres. Rhona estuvo a punto de pedir a la reina que dejaran para otro momento esas presentaciones, no se atrevió, cuando ella llamó la atención de los hombres con su solo caminar.

—Mi rey, Douglas —el nombre de este último lo dijo como si se tratara de un desafío. Rhona miró a la reina con suspicacia—. ¡MacKinnon! ¡Qué agradable sorpresa! He sabido que estabais aquí hace unos instantes.

La reina recibió una reverencia de aquel hombre. Al levantar el rostro, Rhona pudo ver sus ojos oscuros y una mandíbula perfilada en un hermoso rostro. Tendría unos pocos años más que ella. Su altura era considerable, al igual que sus hombros; en realidad, era un hombre enorme del norte, con cierta armonía en la composición de su cuerpo, con toda seguridad cubierto de músculos y cicatrices.

—Lachlam MacKinnon, no le esperábamos. Déjeme presentarle a Rhona MacLellan, la protegida de mi esposo y de... Cameron MacDonald.

—¿Protegida?

La reina mantuvo la sonrisa en sus labios a pesar de la mirada sorprendida del rey y Douglas.

Rhona vio que los ojos de MacKinnon se abrían y cerraban, había reconocido en su apellido a la hija del traidor. Ahora era cuando él se excusaría, diría que algo importante necesitaba de su atención. Nada de eso ocurrió, MacKinnon, en lugar de escabullirse, hizo una reverencia a Rhona y miró de forma directa a sus ojos.

—Nunca hubiera pensado que era cierto, sois la mujer más bella de Escocia. ¡A excepción de mi reina, por supuesto!

Rhona no pudo evitar sonrojarse, Lachlam MacKinnon tomó su mano entre las suyas y besó el dorso sin apartar la mirada de sus ojos.

—Gracias, MacKinnon. Ahora, si pudierais acompañar a Rhona, tengo que tratar unos asuntos con mi esposo y James Douglas.

MacKinnon abrió los ojos con sorpresa, incluso agradecido, pareció comprobar Rhona. Ese hombre era muy amable cuando le prestó su brazo con una reverencia.

El rey se giró para mirar con determinación a su esposa.

—¿Qué has hecho, Elizabeth? ¿Sabes que ese hombre es el hijo del *laird* MacKinnon? ¿El odio que tiene ese clan a los Donald? Cameron está aquí porque los ofendió, no sin razón, ya que esto viene de lejos. Llevan años en guerra.

James Douglas deseó que se abriera una grieta en los muros del castillo y desaparecer ante el enfado del rey con su esposa.

—Lo sé, soy consciente de que, si Rhona cae en las fauces de ese hombre, habrá tormenta. Tal vez ella y Cameron solo necesiten un aliciente, un poco de sal en su bien avenida misión.

James Douglas se carcajeó.

—Mi reina, sois muy lista.

—¿Y si sale mal, Elizabeth? Tal vez Cameron se dé la vuelta e ignore a la muchacha mientras se vea liberado de su compromiso de casarla. Quizá le de igual quien sea el marido.

—Puede ser, mi rey —contestó con una sonrisa taimada a su esposo—. Pero apuesto a que no será así. Si Cameron siente algo por la joven, actuará.

—O puede que se maten Cameron y MacKinnon —apuntó James Douglas—. Si es así, y la muchacha no se casa con Cameron, también gano la apuesta, mis reyes. No dijimos que podíamos intervenir. Recordad, las manos llenas de oro.

James Douglas dejó a la pareja de monarcas con el ceño fruncido. ¿Y si los planes de ambos fracasaban y aquello acababa mal, muy mal? Apreciaba a Cameron, y lo defendería hasta la muerte, estuvieran sus reyes por medio o no.

—Lo conseguirán, Bruce. Están hechos el uno para el otro.

Su esposa miró al rey con determinación, solo él sabía cuán romántica era y lo deseosa que estaba de conseguir al mejor de los hombres para la hija del traidor, igual que ella consiguió enamorarle a él. Y el rey, con los años, había aprendido a jamás discutir ante la obstinación de su reina.

Capítulo XI



Cameron estuvo un buen rato en busca de Rhona, quería disculparse, o tal vez no, solo deseaba saber cómo iba a conducir a ambos hacia la libertad. Quisiera o no, estaba ligado a Rhona MacLellan hasta que encontrara esposo. Misión harto difícil. Grant Gordon y su indudable aburrimiento parecían llevarse bien con ella. Gordon era... Cameron se preguntó si en realidad deseaba que Rhona encontrase un pretendiente y se paró en seco. Sintió que se ponía pálido, que su estómago se daba la vuelta y un sudor frío recorrió su cuello. ¿Qué demonios le pasaba? Acababa de imaginar a Rhona casada con Gordon y no podía soportarlo. Empezó a recordar la curva de su cuello, la trenza del color del amanecer al golpear su espalda al caminar, la delicada forma de su clavícula y su andar elegante, esos ojos entre grises y azules llenos de inteligencia, y su sonrisa, la de verdad, no aquella impuesta y falsa... Cameron negó con la cabeza, aquello no era normal en él. Al pasar, una doncella cargada de telas entre sus brazos le sonrió y Cameron correspondió con un guiño. Todo estaba bien. Rhona MacLellan no lo había envenenado con sus ojos ni su dulce voz.

Alguien pronunció su nombre desde el otro extremo del patio de armas y se giró con una sonrisa en los labios.

—¡Keith, amigo!

Su hermano de vida, aunque no de sangre, estaba allí, y Cameron no podía creerlo. Keith palmeó sus hombros con alegría.

—¡Cameron, temí que te hubieras convertido en un obeso cortesano!

Cameron sonrió, siempre sentía que volvía a su hogar cuando estaba junto a Keith.

—Me alegro de verte, Keith. ¿Cuándo has llegado?

—Acabo de dejar mi caballo en las cuadras. Ha sido un viaje largo y tedioso bajo la lluvia y el barro del camino.

Cameron frunció el ceño, Keith odiaba la corte, es más, llevaban dos meses sin verse porque él mismo le pidió que no lo acompañara, consciente de su aversión a Edimburgo.

—¿Qué ocurre, Keith? No puedes ocultarme nada, amigo, lo veo en tus ojos.

—He sabido que el hijo del *laird* MacKinnon llegó ayer. Está aquí en la corte, Cameron. Debes andarte con cuidado.

Cameron se preguntó si no eran suficientes las quejas de los MacKinnon que ahora se dedicaban a espiar que castigo había preparado para él el rey.

—Keith, te conozco, ¿qué más ocurre?

—Es tu hermano, Cameron. No, no le ocurre nada, no te preocupes. El clan está bien, pasamos algunos apuros, pero podremos superar el próximo invierno. Tu hermano no es como tu padre, quizá debería cambiar su modo de proceder.

Cameron asintió y se llevó a Keith a un extremo del patio, no quería que oídos indiscretos supieran, el que mucho se temía, era el verdadero motivo de la visita de su amigo.

—Habla, Keith, sin ambages.

Keith supo qué mentiría mucho antes de divisar el castillo de Edimburgo. Cameron no creería en la crueldad de su hermano para con su gente.

—Tu hermano pensó que te alegraría verme y me encargó una misiva para el rey. —Sacó el rollo, la carta de John para el rey, lucía el sello de los Donald. Cameron fue arrebatárselo y Keith lo evitó al guardarlo de nuevo entre los pliegues de su tartán—. No puedes abrirlo, lo sabes bien. De todos modos, sé lo que dice, supongo que tu hermano quería que conociera el contenido. —Cameron asintió, la mirada de Keith estaba llena de dolor—. En este mensaje dice que no quiere que regreses, le pide al rey que te retenga en la corte el mayor tiempo posible; si lo desea, Bruce puede hacerte su guardia personal o enviarte a uno de sus castillos. Cualquier cosa excepto regresar a tierras MacDonald.

»El final de la carta es más fácil de adivinar, pide oro al rey para compensar todos tus años de servicio lejos de los Donald y una recompensa por lo perdido en la guerra de Bruce.

Cameron respiró hondo, jamás entendería por qué su hermano no comprendía que nunca, en ninguna circunstancia, le arrebataría el poder ni el liderazgo de los MacDonald. Muchos lo deseaban, que Cameron hubiera heredado el poder de su padre, y él siempre renegó de sus peticiones y ruegos. No era su misión ser *laird*, ni tener la responsabilidad de su clan. Puede que hubiera ejercido como tal, mientras su hermano no estaba o cuando necesitaba guía, pero John era el mayor, por ley y por sangre debía ser el heredero del poder de los Donald. La odiosa verdad era que su hermano no lo quería cerca. El miedo a que su gente se revelara para que Cameron fuera *laird* los alejaría siempre. ¿Y eso donde dejaba a Cameron? Sin hogar, sin una misión.

—Keith, no pasa nada, entiendo a mi hermano.

—Yo no, Cameron. Ni nadie en nuestro clan. Nuestra gente sabe que tú serías mucho mejor *laird* para los Donald, el consejo de ancianos está de acuerdo, y nuestra gente amenaza con marcharse en busca de otras tierras.

—No digas eso, Keith, ningún Donald abandonaría su hogar. Eres mi amigo y no deseo que nos enfrentemos, John es el *laird* y tendrá mi lealtad siempre.

Keith asintió. Se habían criado juntos, visto la envidia que John sentía por su hermano menor, capaz de cazar, guerrear, ganarse la admiración de los guerreros más diestros del clan, tener el amor incondicional de su padre; todo, más y mejor que John, destinado a ser su señor.

Vio la pena en los ojos de Cameron, quizá el único momento en que se mostraba vulnerable, sin poder comprender cómo su propio hermano le negaba su lugar junto a él. Igual que muchos Donald, sabía del gran corazón de Cameron, su lealtad inquebrantable por su gente, las guerras que luchó en nombre de los Donald y su preocupación por todo el clan. Cameron le había salvado la vida en innumerables ocasiones y puesto en peligro la suya propia por cualquier hombre, mujer o niño Donald. Aquella extraña apariencia que se esforzaba en mantener, las sonrisas, las mujeres, su actitud desenfadada, no eran más que una capa que se puso hacía demasiado tiempo, cuando las personas a las que amaba lo traicionaron.

—Quiero quedarme contigo, Cameron, sea cual sea el destino que el rey Bruce tenga para ti. Creo que ya no hay sitio para mí en nuestras tierras.

Cameron sonrió, conocía muy bien a Keith, y nada de lo que dijera lo disuadiría de abandonarlo. Keith y John nunca se soportaron, entendía que no deseara volver. Cameron esperaba que John encontrara la paz que le había negado a él al desterrarlo.

—Juntos de nuevo, amigo —sonrió con una palmada en el hombro de Keith.

—Juntos hasta el final, Cameron. Lo cierto es que nada me ata a los Donald si no estás tú. No podría... mirar a los ojos a John, lo siento.

Cameron negó con la cabeza, dolido por el comportamiento de su hermano.

—Ve, amigo. Llévale la misiva de mi hermano al rey y oremos porque nos espere un destino menos aburrido que este castillo. Cuando cumpla mi castigo, claro. —En ese instante recordó que Keith lo primero que dijo era que MacKinnon estaba allí—. ¿Y qué demonios habrá traído a la corte del rey a MacKinnon? ¿Querrá asegurarse de que Bruce cumple su promesa de castigarme?

—Ya te lo advertí, Cameron, cuando provocaste a su padre. Ha mandado a su hijo para cerciorarse de que no sales impune; pero, en realidad, ¿en qué consiste el castigo del rey? Yo te veo bastante bien.

El rostro de Cameron cambió a una juguetona sonrisa.

—Keith, amigo, no sabes la ardua tarea que me ha encomendado. He de casar a la hija del traidor.

—¿A la muchacha MacLellan? ¿Es cierto lo que dicen de ella?

Cameron asintió enigmático y Keith sonrió, seguro que su amigo le contaría cómo había acabado uno de los mejores guerreros de Escocia como casamentero.

Caminaba ágil, la mano en la empuñadura de su espada. Cameron guiaba a Keith hacia su misión de entregar la carta que lo desterraría de tierras MacDonald para siempre. No tenía sentido torturarse más con la decisión de su hermano, ya habría tiempo de hablar con él en cuanto el rey lo liberara. Pensaba volver a su hogar, deseaba cerciorarse de que John comprendía que jamás sería un obstáculo para él; si entonces lo desterraba él mismo, lo aceptaría. Frunció el ceño al sentir la punzada del rechazo, cuando unas sonrisas lo tomaron por sorpresa. Era la voz de Rhona sin duda, cosa que solo podía estar en su imaginación, porque esa enervante muchacha no reía nunca. Entonces casi estuvo tentado a frotarse los ojos ante la vista del hombre que sujetaba el brazo de Rhona con devoción. Lachlam MacKinnon, el hijo de su enemigo, el causante de todo aquello. Quizá el motivo final que había hecho que John lo desterrara. Keith fue en busca del rey para entregar su misiva y dejó a su amigo a la sombra del pórtico.

Cameron entornó los ojos, escuchó la sucia voz de Lachlam al hablar con Rhona. Escondido tras la columna de piedra, sintió como la sangre palpitaba en su cuello. ¿Qué hacía ese maldito demonio con ella?

—Sois encantadora, la reina os tenía bien escondida ¿Puedo acompañaros en la cena, Rhona?

—Sería un placer, MacKinnon.

—Lachlam, por favor.

—Está bien, Lachlam.

Una risa ácida se oyó en todo el jardín. Rhona sabía quien era antes de que saliera. Cameron se abrió paso entre los arcos del corredor y salió a la luz del patio interior. Rhona hubiera jurado que sus ojos eran de un color mucho más intenso y oscuro. Sus hombros erguidos, sus pasos llenos de firmeza, la mano en la empuñadura. Estaba enfadado, podía apreciarlo, a pesar de su sonrisa. Frunció el ceño, no dejaba de ver en la expresión de Cameron un reflejo de la suya cuando intentaba disimular frialdad. A su lado, Lachlam se tensó y con un movimiento lento, llevó la mano también a la empuñadura de su arma.

—Nunca sabes cuando no eres bienvenido, Lachlam.

—Cameron Donald, debí suponer que no estarías lejos de James Douglas. Te defiende sin remisión a pesar de que sedujiste a mi madrastra con malas artes.

Rhona ahogó un gemido, así que MacKinnon era el clan al que Cameron había humillado.

—¿Malas artes? Lachlam, nunca he seducido a una mujer que no quisiera ser seducida, muy al contrario que tu padre. Os habéis ocupado de que el rey me castigue, pero ¿quién castigó a tu

padre por alejar a mi madre de nosotros? Se entregó a él, y una vez ella se rindió, la abandonó.

Rhona contuvo el aliento, allí estaba la historia de Cameron, la esquivada causa por la cual estaba en la corte. No era como ella esperaba, ni siquiera podía respirar, había juzgado a Cameron cuando solo se había vengado. Rhona debería callar, aquel enfrentamiento entre los dos hombres no era realmente a causa suya.

—¿Qué ocurrió, Cameron, con tu madre? ¿Se marchó con los MacKinnon?

Cameron parpadeó confuso cuando Rhona habló. Ante Lachlam había olvidado que ella estaba oyendo todo.

—Se internó en el mar por su propio pie, murió, cuando el padre de Lachlam la rechazó. Estaba embarazada de MacKinnon. ¿No lo sabías, Rhona? No se habló de otra cosa durante años.

Rhona dio un paso hacia él. Cameron había sufrido tanto que la oscuridad de sus ojos era insondable. ¿La desgracia de su madre habría sido la causa de que utilizara a las mujeres? Algo estremecedor recorrió el pecho de Rhona, deseó en ese mismo instante abrazar a Cameron y no soltarlo jamás.

—Fue decisión suya traicionar a tu padre —escupió Lachlam—. En cambio, tú, Cameron, no dejas de buscar venganza por algo que ocurrió hace años.

Cameron dio un paso hacia adelante, el que hubiera deseado Rhona dar hacia él.

—¿Y tú, Lachlam? ¿Qué crees que haces junto a Rhona?

Por primera vez, los miró a ambos. ¿De verdad Lachlam se había acercado a ella para molestar a Cameron? Solo sentía deseos de huir a algún lugar fuera de aquel castillo, donde no comprendía aquellos juegos de venganza y manipulación. Recogió la falda de su vestido y se dio la vuelta para marcharse.

—Rhona no tiene nada que ver con esto, me agrada, y mucho —afirmó Lachlam—. Creí que buscaba esposo, eso al menos me dijo la reina. Pensé que estaba disponible.

Rhona se giró para encarar a ambos, ¿creía Lachlam tener derecho a hablar como si ella no estuviera ahí?

—Rhona aún está aquí, Lachlam, delante de ti. Haz tu proposición si es cierto que has caído rendido a sus pies en unas horas.

Anonadada, Rhona miró con curiosidad a Cameron. ¿Qué pretendía? Él ni quiso mirar hacia ella cuando dijo aquellas palabras. ¿Por qué siempre pensaban igual? Era exasperante que todo lo que ella no se atrevía a decir, Cameron lo soltara como si nada.

—Al parecer, necesito de tu permiso antes de cortejar a la dama —siseó Lachlam MacKinnon a Cameron.

Rhona miró a uno y a otro sin creer que ahora ella fuera el principal motivo de su disputa.

—No necesitas el permiso de nadie —contestó Rhona con rapidez. Nadie decidía por ella. De repente, Lachlam no le parecía tan atractivo ni tan encantador, pero ambos debían tener claro que ella no era una dócil yegua sobre la que pactar—. Me niego a ser la presa de una venganza, no me utilizareis para solucionar las rencillas entre vuestros clanes.

Lachlam dio un paso hacia ella y Cameron se situó entre los dos, retador.

—El rey decidirá entonces, Rhona. Creo que mañana se cumple el plazo para presentarte ante él y tener un pretendiente antes de que decida por ti.

Rhona se pegó a la espalda de Cameron, si él no hubiera estado en medio, hubiera dado un puñetazo a Lachlam MacKinnon. ¡Acababa de llegar, por todos los cielos! ¿De verdad ese pretencioso pensaba que Rhona lo elegiría en algún momento, después de intentar engañarla? Nunca se habría interesado en ella de saber que Cameron estaba por medio.

—¡Oh! Pero estás equivocado, Lachlam.

Cameron se giró para ver a James Douglas junto a Keith. Su amigo sonreía de una rara forma. Douglas, que era quien había interrumpido aquella discusión entre los tres, puso la mano sobre su daga en señal de amenaza. Todos temían a James Douglas, su particular forma de hacerse enemigos con la espada.

—¿No lo sabías, Lachlam? —lo interrogó Keith. Cameron no entendía a ambos, solo sabía que, si ese hombre osaba a cercarse a Rhona, lo mataría con sus propias manos, aunque acabara en el último calabozo del castillo de Edimburgo—. Cameron ya ha pedido al rey la mano de Rhona. James Douglas acaba de decírmelo.

En el momento que Keith acabó aquella frase, el rostro de Rhona se contrajo en horror, y tal vez un brillo de ilusión en sus ojos. Cameron, a su lado, se quedó pálido.

—Eso es, Lachlam, llegas tarde. No utilizarás a Rhona como venganza sobre mí. Ella ya es mía —reaccionó Cameron con rapidez. Según pronunció aquellas palabras, sintió como si en sus venas volviera a correr la sangre.

—Ni siquiera tienes un clan al que volver, tu hermano te ha repudiado, Cameron. Todas las Highlands lo saben. ¿Es lo único que se te ha ocurrido? ¿Casarte con la hija del traidor para obtener fortuna?

Rhona sonrió, ni siquiera Lachlam podía humillarla más de lo que habían hecho en la corte, sus palabras no le hicieron el menor daño.

Cameron desenvainó su espada, ya estaba cansado de MacKinnon, la última ofensa era que pretendiera a Rhona solo porque era importante para él. Rhona observó la hoja de la espada, cómo Lachlam desenvainaba la suya con furia.

Miró a ambos y supo que, si cualquiera de los dos resultaba herido, habría consecuencias, y el primer culpable al que todos señalarían sería a Cameron con su fama de pendenciero cada vez que se cruzaba con un MacKinnon.

Cameron fue el primero en girarse cuando oyó el golpe contra el suelo. Rhona acababa de desmayarse a sus espaldas.

Rhona permaneció con los ojos cerrados, nunca, jamás en toda su vida, sufriese cualquier accidente o viera cosas horribles, se había desmayado. Había sido la única solución al palpitar que se escuchó en su corazón, un breve pulso acelerado, porque Rhona MacLellan sería quien decidiría su propio destino. Y, sin embargo, ese latir traicionero al escuchar a Cameron confirmar que era su pretendiente había encogido su alma. Sintió en el frío suelo de piedra los brazos de Cameron, como rodeaba su torso con sus ásperas y toscas manos de guerrero. Tan hermoso como letal. Tan caprichoso como leal. Tan ignorante de sus sentimientos como Rhona consciente de los suyos. No, Cameron MacDonald nunca sería suyo.

—Rhona, por favor, abre los ojos, no me hagas esto ahora. Lo siento tanto.

La voz de Cameron se oyó sobre las otras, la de Leslie preocupada, la de Lachlam indignada, pidiendo que soltara a su prometida. La voz de la reina. Y Rhona, ante todas, se rindió solo a la voz grave de Cameron y abrió los ojos. Enseguida Cameron alzó una ceja con un gesto de incredulidad y, por primera vez, Rhona le sonrió de verdad.

Cameron tenía a Rhona entre sus brazos, no sabía que la hija del traidor fuera tan sensible. Acarició su mejilla, había deseado hacerlo en más de una discusión entre ellos. Rozó con su pulgar aquellos labios entreabiertos por los que escapaba un resuello. Entonces, ella abrió los ojos, sumamente despierta para haberse desvanecido hacía solo unos instantes.

—¿Lo has fingido?

—No quería que sacases tu espada por mí. No seré un juguete entre tus enemigos y tú. Además, el rey prometió que sería yo quien elegiría entre mis pretendientes llegado el momento, solo si no tengo ninguno, él impondrá su decisión. Nunca pensé que tú pudieras ser uno de ellos, he estado a punto de desmayarme de verdad.

Estuvo tentado de dejar que Rhona volviera a caer contra el suelo ante su ardid, pero, ante todo, era un caballero. Escuchó una carcajada irónica por parte de Leslie, la anciana era consciente de que su señora no se había desmayado jamás. Ayudó a que se levantara y puso su mano en alto cuando Lachlam quiso acercarse. Era consciente de que Rhona no se esperaba todo aquello y la expresión atribulada de su rostro era casi graciosa. Cameron sostuvo entre sus manos a Rhona un momento más de lo necesario, al fin una sonrisa asomó a sus labios. ¡Por todos los cielos que esa mujer no era hielo, sino el fuego más abrasador fuera del infierno! A su lado un hombre podía reírse de la vida, no era una muchacha débil, ni frágil, estaba convencida de que era dueña de su persona como jamás había visto en otra mujer.

Rhona, libre al fin del escrutinio de él, buscó al amigo de Cameron que había realizado aquella afirmación sobre casarse con ese MacDonald arrogante. Junto a él estaban los reyes y James Douglas. A Rhona no le gustó nada la sonrisa de estos últimos ni la felicidad con que la reina contemplaba la escena.

—Nunca me casaré con Cameron MacDonald, ni siquiera me lo ha pedido como es debido.

Capítulo XII



Cameron suspiró hondo cuando la reina se llevó a Rhona con ella. En apariencia, todo el castillo estaba reunido en aquel pequeño jardín y en pocas horas todos sabrían de su entrada en liza por desposarla. Dejó que se fuera, estaría segura en los aposentos de su alteza, protegida por sus guardias y doncellas de las artimañas de Lachlam. El rey suspiró hondo, estaba cansado de intrigas y su enemistad con los MacKinnon. Lo llamó a sus aposentos, una vez que el rey había leído la carta del hermano de Cameron, una mirada seria se instaló en su semblante. Ahora el rey sabía hasta qué punto John no lo quería en su propio clan. Se retiró con Keith, dejaron atrás los cuchicheos, las miradas vengativas y el rumor que ahora se extendería por toda la corte. Había pedido la mano de la hija del traidor.

—¿Por qué lo has hecho, Keith?

Cameron preguntó a su amigo con cierta amargura en la voz, todo en un instante se había precipitado. Ver a Rhona junto a Lachlam MacKinnon, que pudiera casarse con ella, que Gordon fuera candidato... y él había confirmado las palabras de Keith, porque no quería que ella se casara con ninguno de los dos. Un maldito enredo.

—Es la única solución, Cameron. —Keith miraba al frente mientras caminaban fuera de los muros de la fortaleza, sus ojos azules reflejaban la determinación. Ignoraron a los guardias de la entrada y descendieron el camino de la colina—. No tienes clan al que regresar, tu hermano ha renegado de ti. ¿Tan malo es casarte? Tendrás un clan que dirigir, la oportunidad de proteger la frontera y ella... Creo que Rhona MacLellan puede ser una buena esposa. James Douglas cree que sí, y él te aprecia de verdad.

—No la conoces, Keith, ella es... No sé quién es... Se esconde tras un muro de piedra y... sería la última mujer a quien elegiría por esposa, si es que llegara a casarme.

Llegaron hasta la hilera de casas frente al castillo, ambos se perdieron entre las callejuelas adoquinadas en busca de una taberna. El agua de las últimas lluvias regaba los filos de la piedra del suelo hasta crear pequeños arroyuelos.

—No todos los matrimonios son como el de tu padre, ni todas las mujeres traicionan a sus maridos.

—¿Estás diciendo que me enamore? —Cameron se rio con sarcasmo.

No creía en el amor, ni en las mujeres. Trataba bien a sus amantes, adoraba a las mujeres para obtener lo que deseaba de ellas, pero Rhona no sería complaciente, ni callaría antes que discutir con él, ni... No, no podía ser. Sabía que, si él no se casaba con ella, acabaría con uno de esos dos idiotas, con Gordon, demasiado mayor para controlar a Rhona, o MacKinnon, él haría que sufriera porque, de alguna manera, había intuido lo importante que se había vuelto esa mujer para él. ¿Pero de qué manera era importante? ¿Acaso tenía él que estar preocupado por su futuro?

—Cameron, te quiero como si fueras mi hermano, pero empieza a pensar en tu futuro, tus correrías ya ni siquiera te satisfacen a ti mismo. Cásate con esa muchacha.

—Rhona y yo seríamos muy desgraciados, Keith, atrapados en un matrimonio que ninguno quiere.

—Cameron, vi en los ojos de Rhona MacLellan algo más que sorpresa, esa muchacha siente

algo por ti.

Keith entró en una taberna y Cameron lo siguió sin protestar, pensativo. ¿Estaría en lo cierto su amigo?

Las risas, el olor a rancio y a cerveza inundaron sus sentidos. ¿Casarse con Rhona? Tendría que beber mucho para olvidar aquellas tontas palabras que habían escapado de sus labios. El rey jamás diría que era mentira, que Cameron no había reclamado a Rhona en ningún momento para sí mismo, en los ojos de la reina había visto como ambos anhelaban que eso sucediera. Todo el mundo quería quitárselos de en medio a él y a la hija del traidor, puede que lo hubieran urdido todo desde el principio, incluso la llegada de MacKinnon a la corte. Rhona y él eran dos almas no deseadas en Edimburgo, no odiadas, pero sí molestas. Keith tenía razón, como siempre, no podía seguir aquel camino de destrucción a sí mismo.

Negó con la cabeza, estaba en un lío, había pronunciado sus palabras en voz alta, en el patio de la reina, como llamaban a aquel jardín, ante decenas de testigos. Esquivó las mesas más sucias y se sentó junto a Keith en una más alejada de la chimenea. Una mujer se acercó a ellos, mostraba parte de sus encantos con un vestido atrevido y él, después de la primera jarra engullida de un trago, le guiñó un ojo a la muchacha. Si tenía que cumplir su deber y casarse con Rhona, no quería decir que le fuera fiel, ni un buen esposo, ni siquiera que fuera amable con ella. Estaba seguro de que no tenía por qué preocuparse, Rhona nunca lo elegiría y él no estaba dispuesto a casarse. La muchacha de la taberna se sentó en su regazo ante la mirada divertida de Keith. Cameron suspiró al sentir el peso de la femineidad sobre sus rodillas. Enardecido como era costumbre en él, reaccionó ante los encantos de la tabernera, fue a besar sus labios, como tantas veces había hecho con otras mujeres, dispuesto a disfrutar sin preocuparse por la hija del traidor. Entonces miró sus rasgos con atención.

La muchacha era bonita, no tanto una vez que otro rostro se hizo paso en su mente. Los ojos eran azules, sin ese gris acerado que recordaba a los días nublados. Su pelo no contenía todos los matices del sol, desde el amanecer al anochecer... no era ella. Esa mujer no era Rhona.

Enfadado, procuró ser amable con la mujer de la taberna y la despidió con cortesía. No. Rhona no cejaría con tanta premura ante su rechazo, era testaruda, inescrutable; hubiera tenido que enzarzarse con ella en otra eterna discusión. Esa moza era hermosa, pero nunca sería Rhona. Cuando levantó la mirada hacia Keith, este le miraba con una ceja arqueada en señal de incredulidad.

—Keith, harás que me arrepienta de dejar que sigas a mi lado. Quitá de tu rostro esa mueca de sorpresa.

—Me temo, amigo, que te conozco mucho más que tú a ti mismo.

Cameron se echó hacia adelante, agarró con fuerza la jarra de madera, dio un trago lo suficiente largo para acabar el contenido de una vez.

—¿Sabes qué dijo Rhona de mí nada más conocernos? Que soy como un trovador con esos gestos para enamorar, que soy egoísta y caprichoso... ¿¡Lo puedes creer!?

La jarra de Keith osciló al reírse a causa de las palabras de su amigo, casi la mitad del líquido se vertió sobre sus pantalones. Cameron al fin había encontrado a una mujer que no lo adoraba ni callaba ante él, que peleaba cada discusión y rebatía cada sonrisa aduladora.

—Ahora sí que estás jodido, Cameron. La hija del traidor te importa más de lo que dices. No bebas demasiado, mañana tienes que acudir junto al rey a por tu prometida. Y ella no ha dicho que te aceptará, al contrario, se ha echado al suelo horrorizada. Dice que no le has declarado tus intenciones. No parece un buen augurio, amigo.

Bebió pensativo, a pesar de que las carcajadas de Keith empezaban a replicar en sus oídos con fuerza. Intentó ahogar con cerveza algo que palpitaba en su pecho, en su cabeza y su alma. Y con cada trago que daba, Rhona era su único pensamiento. Ella no lo aceptaría, y por alguna extraña razón, le importaba que no fuera una opción para ella.

Caminó en soledad hasta la silueta desdibujada sobre la colina. Dejó a Keith con la muchacha de la taberna. El castillo de Edimburgo se hallaba iluminado por cientos de antorchas. Una fina lluvia había empezado a caer mientras ascendía por la avenida principal. Incluso de noche, el trasiego de soldados, criados, aldeanos, era continuo, así que se deslizó por una de las puertas laterales. Los guardias lo reconocieron enseguida y con un saludo lo dejaron pasar. Vadeó los antiguos restos de un edificio que el rey había mandado reconstruir, una vieja abadía de techo casi derrumbado, y la hilera de cañones en la almena. Algunos soldados montaban guardia entre alegres risas y juegos de dados. En otro momento habría estado tentado de quedarse con ellos hasta el amanecer, pero las risas despreocupadas no eran para él, esa noche no.

Sin darse cuenta, había seguido el camino de los aposentos privados de la corte. Se internó en los corredores iluminados por antorchas, el olor a brea y yesca lo mareó un tanto. Había bebido demasiado. Su hermano lo había repudiado. Lachlan MacKinnon lo había humillado. Había afirmado que pedía la mano de Rhona. Rhona. Rhona. Su nombre era apenas pronunciado por sus labios y mil veces evocado por su mente. Sus ojos grisáceos lo miraban desde cualquier rincón. Ella sabía de su humillación y en su mirada solo había visto aceptación. Rhona sabía lo que era ser un desterrado, era la hija del traidor MacLellan.

Pasó junto a los jardines, donde la ancha galería estaba a oscuras; durante el día, las rosas emanaban su perfume de primavera. Era el lugar donde Rhona había rechazado aquella rosa y Cameron empezó a descubrir a la verdadera mujer que se escondía tras su fachada de frialdad. Caminó en silencio, solo le acompañaba el ruido de sus botas y los gritos de su cabeza. Rhona. Rhona. Rhona.

Cameron se encontró frente a su puerta, ¿por qué sus pasos lo habían llevado hasta allí? Una verdad se abrió ante él, entre la neblina del dolor y la bebida. Rhona lo entendía. A pesar de su censura, de sus desplantes, de su fachada de idiota. Apoyó la frente en la madera de su puerta, quizá oiría su respiración dormida o reuniría valor para pedirle perdón. Quizá necesitaba explicarle por qué sedujo a la mujer de un enemigo, o por qué su hermano lo despreciaba. Rhona, Rhona, Rhona, llamó Cameron en su mente a la mujer tras la puerta.

Entonces, la puerta de Rhona se abrió.

Capítulo XIII



Rhona no podía dormir, cada vez que cerraba los ojos, Cameron aparecía ante ella, de nuevo en aquel jardín. La mirada de dolor que había visto en su mirada por el desprecio de su hermano era lo único real que había en él. El odio de sus enemigos y la lástima de sus amigos lo llenó de ira.

En el silencio que reinaba en el castillo, escuchó unos pasos tras su puerta. No creía haber dormido una sola noche completa desde que llegó a Edimburgo. El sonido se detuvo ante ella, apenas imperceptible. Apretó los cordones del camisón que llevaba y se acercó a la puerta, tal vez era Leslie que la necesitaba en mitad de la noche. Se detuvo junto a la madera y apoyó su oído. Sentía la respiración de alguien, un murmullo, como si alguien hablara solo. Suspiró. Podía ser él, y aquella conclusión brilló con esperanza en su rostro.

Cameron se sobresaltó cuando la puerta de Rhona se abrió de golpe. Como un tonto se quedó frente a ella. ¡Cielos, estaba tan hermosa! Tenía el cabello suelto, como la primera vez que entró en el salón del rey. Sus ojos grises soltaron chispas al verlo. ¿Sería Rhona consciente de que, con la chimenea a su espalda, todo el contorno de su cuerpo era visible con aquella fina tela?

—¡Cameron! ¿Qué haces aquí? Pueden vernos.

La cabeza le daba vueltas, no había vuelto a ver a Cameron tras aquel desastroso momento en que, cegado por esa niebla que le inundaba los ojos de ira, había afirmado que la había reclamado ante el rey.

Ella miró a un lado y a otro del corredor, tiró de su camisa hacia dentro. Él se dejó llevar al interior de sus aposentos y cerró tras ellos con rapidez.

Cameron se giró para mirar a la mujer que se había metido en su cabeza. Dispuesto a pedir perdón y marcharse, al instante vio en los ojos de Rhona aquel anhelo que otras veces intentaba obviar. Alejarse de ella. Ese siempre había sido el plan. Huir de Rhona. Encontrar un marido para ella y conseguir su libertad.

—No hace falta que te expliques, Cameron. No tomé en serio tu ofrecimiento de pedir mi mano al rey. Tu amigo solo intentaba evitar una pelea...

Cameron frunció el ceño. Olvidó que tenía que disculparse ante Rhona, incluso aquella tontería de casarse. Ella estaba frente a él. Tan dulce y perdida. Inocente y madura como una apetitosa fruta. Era hermosa, tanto que quitaba la respiración, y él, como un tonto, no lo había visto hasta ahora. La piel de su rostro, sus brazos, brillaba a la luz del fuego. Rhona vio su mirada de pasión, Cameron recorrió con sus ojos formas y contornos marcados por las sombras.

—Rhona, *caileagh*, ¡eres tan hermosa!

Rhona suspiró, se regañó por ser tan tonta y volvió a suspirar por Cameron. Mañana debía elegir a un pretendiente, y tenía claro que sería Gordon. Una vida al lado de alguien que no le despertaba aquel latir apresurado, ni ese hormigueo continuo que recorría su sangre como cuando estaba con Cameron. Había elegido, por el bien de su clan, a Gordon.

Pensó en cuantas noches, con su futuro esposo, pensaría en Cameron. En sus ojos del color del mar más oscuro. En su pelo desordenado. En aquellos hoyuelos al sonreír. En sus manos rugosas al atrapar su cintura. Siempre había sido una buena hija, hermana, amiga, líder de los

MacLellan... y siempre había perdido. Y perdería por su clan, pero al menos tendría algo que recordar en aquella apacible y amarga vida junto a un hombre que no amaba. Tendría el recuerdo de una noche, unas horas en las que pudo dejarse llevar por el corazón junto a Cameron.

Dio un paso hacia él, y Cameron se mordió los labios ante su imagen etérea. Parecía flotar con aquel camisón amplio que dejaba traslucir sus encantos.

Era cuanto Cameron necesitaba para, en dos pasos, atrapar su cintura con firmeza. El primer contacto con su piel, envuelta en la fina tela, lo volvió loco. Él, que se había aferrado a la cintura de mujeres hermosas, aspirado el olor de la femineidad una y mil veces, cayó rendido ante Rhona. Agachó su rostro, hundió la nariz en aquel cuello que había admirado con disimulo por estrechos corredores, anhelado las sombras de su barbilla y el lóbulo de su oreja. Con su cabello desordenado rozando la piel de su mejilla, miró al fin a Rhona a los ojos. Los labios entreabiertos de Rhona lo invitaron con rudeza a ser besados. No hubo un solo gesto de reticencia, ella abrió su suave boca para él. Cameron olvidó pedir perdón, sus explicaciones y su misión en aquel beso.

Sus manos sin control treparon por la curva de la espalda de Rhona, se aferraron a su cuello, donde querría estar siempre oliendo su aroma. Entonces, la fría y despiadada Rhona MacLellan lo dejó extasiado al ponerse de puntillas, mover su rostro para penetrar en aquel beso y aferrar su cuello con ambos brazos, para cercarlo contra ella. Cameron sintió los senos enhiestos marcados en su torso, aquellas telas entre ambos le sobraban. Deslizó sus manos por ambos senos, atrapó la dureza de sus pechos, llenos y plenos para él, y buscó el ruedo de aquella insípida camisa de dormir. Para su sorpresa, Rhona lo ayudó, se expuso a él desnuda por completo al quitarse ella misma el camisón.

Se quedó mudo ante la visión de la mujer más hermosa que jamás había visto. Sus pechos redondos, su cintura, sus caderas de inocente dama. Rhona se sonrojó y pegó su cuerpo al de él. Cameron se deshizo de la camisa para sentir aquellos pechos contra su torso desnudo. Ella lo volvió a besar, con la inocencia que ya había demostrado; curiosa y ansiosa, recorrió con las manos desnudas sus brazos y su torso, mientras se besaban.

Rhona creía que su corazón se desharía en cualquier momento al latir tan fuerte. Los labios de Cameron sabían a algo dulce, había bebido, y mucho. Rhona perdería su libertad en los siguientes días, tal vez jamás supiera qué significaba el deseo, y aquel era su momento de saborear algo parecido al amor, aunque no fuera correspondida. Le daba igual que Cameron hubiera bebido o no, era suyo en ese instante entre sus brazos.

Cameron rodeó aquel cuerpo, sus manos capturaban cada curva y fragmento de piel con reverencia hasta hacer gemir a Rhona. Ella acarició sus brazos y sus músculos se tensaron, bajó sus manos suaves por el vientre y reverenció las bandas de piel. Cameron sonrió entre sus labios, conmovido por la torpeza al llegar a la cintura de sus pantalones. Entonces Rhona lo sorprendió, su mano acarició dubitativa el miembro enhiesto sobre la tela. Cameron tomó aquella mano y la apretó contra sí mismo. Sintió la sangre acumularse en ese punto hasta que tuvo que apartarse de ella. Rhona se quejó ante la separación y ambos se miraron de forma intensa, los alientos entrecortados, la respiración trémula. Había acudido a ella para disculparse y aclarar las cosas, para decirle que aceptara a Gordon, que nunca se fuera con Lachlam MacKinnon. Quizá hacerla entender que él, Cameron Donald, no sería nunca una opción, sin tierras, sin hogar, sin remordimientos, sin la esperanza de confiar nunca en una mujer como para hacer que fuera su esposa. La traición de su madre para con su familia era demasiado pesada, una vez juró que nunca dejaría a una mujer gobernar su destino, ni entrar en su corazón para luego despedazarlo.

Rhona se quedó quieta, los brazos rozando aún los de Cameron. Vio la lucha en los ojos de él, dolor y remordimientos. En ese momento tomó una decisión, sería de Cameron una única vez, y después lo dejaría marchar. Dio un paso adelante, se sumergió en aquel torso que la cubría por completo, desnuda, sin barreras entre ambos. Por un momento pensó que la rechazaría, en cambio, abrazó su cuerpo. Ella alzó la cabeza y lo besó de nuevo consciente de que quería nublar el juicio de él.

Cameron se encontró desarmado, no era solo pasión ni deseo, algo más revoloteaba insistente en su pecho. Rhona era pasional, atrevida, sentía ese corazón, que todos tachaban de frío e inaccesible, latir al calor de sus besos. Comprendió al instante que se había rendido cuando Rhona volvió a acariciar la piel de su espalda.

Se acabó. La fina línea que Cameron no quería cruzar desapareció. Agarró a Rhona de las nalgas, la apretó contra sí y la levantó con un movimiento. Creyó ver en el rostro de ella una sonrisa juguetona al caer sobre el lecho. Cubrió su cuerpo, se apoyó en los codos y admiró aquella belleza que todos tachaban de insensible. Sus ojos grises desprendían llamas, su cabello iluminado por la luz del fuego parecía arder. Cayó voraz sobre su boca, lamió sus pechos con la lengua, aplastó su mano áspera de guerrero contra el torso, descendió lento, hasta llegar a su femineidad. Abrió los ojos con sorpresa al notar la humedad de su sexo y murió por tocarla en su interior. Fuego. Rhona era todo pasión y fuego.

Rhona emitió un gemido ronco, Cameron colocó la palma de su mano sobre su montículo y con un dedo penetró en su interior. Acarició, rodeó, presionó. Rhona no podía detener aquellos gemidos que escapaban de su boca, ni disimular su placer ante la mirada de Cameron.

Cameron disfrutó ante los gestos puros de Rhona, su forma de disfrutar, de entregarse a él. Ella comenzó a retorcerse bajo su mano, empapó sus dedos preparada para alcanzar el éxtasis. Cameron deslizó la caricia de su lengua por sus pechos y los apretó al hacerlo. Provocó en ella pequeños gritos de placer que nublaron su mente. Quería todo de Rhona, era una pequeña descarada ante sus caricias que, con los ojos entreabiertos, lo miraba con atención. Puede que fuera la bebida lo que nublabla su razón, o aquellas perlas de aureola rosada que lo habían acabado de embriagar, tal vez otro dedo que se abrió paso en ella para notar lo estrecha que era. Casi se arrancó los pantalones y, de pie, la miró, deliciosamente desnuda, contraída de placer y queja por separarse de él. Por un instante, su razón volvió, no podía hacerle el amor, le quitaría la virginidad para después entregarla a uno de esos...

—Cameron —susurró Rhona. Tendió los brazos hacia él—. No importa qué pase mañana, ven conmigo, deseo esto, *mo ghaisgeach*.

Guerrero, mi guerrero. Rhona había pronunciado aquellas palabras con una sensualidad difícil de ignorar. Cameron olvidó hasta su nombre cuando ella se arqueó en busca de sus caricias, sobre la cama, desnuda, dispuesta a hacer el amor con él.

Sintió como si en su pecho algo se resquebrajara, una cicatriz abierta se cerraba, sin entender qué le sucedía. Hizo exactamente lo que Rhona le pedía, se tumbó sobre ella, y al ser recibido con sus delicadas manos ansiosas, sus pechos llenos... sujetó su miembro y la penetró. Un momento de rigidez en ella, para después cerrar los ojos con los nuevos movimientos en que ambos acometían.

—Abre tus ojos de tormenta para mí, *caileagh*.

Rhona los abrió y Cameron acometió, nublado su sentido y su razón, su cabeza le decía que debía ir despacio, Rhona no había estado nunca con un hombre, acababa de arrebatárle su virginidad. Aquello cambiaba todo. Quiso ser delicado, Rhona no se lo permitió, el gris de sus

ojos se acentuó, las pupilas se dilataron al negro más profundo. Estaba a punto de alcanzar el placer y Cameron penetró en una embestida hasta lo más hondo de su ser. Entonces Rhona gritó de placer, su boca sobre la piel del cuello de Cameron. Ahogó su nombre en él y Cameron en su propio pecho.

No quería apartarse de ella, quería seguir aquel olor de Rhona hasta el desastre. Salió del interior de Rhona con reticencia, colocó su cuerpo junto al suyo. Para su propia sorpresa, se abrazó a ella, dejó que se sumergiera en su pecho y sus piernas entrelazadas.

Su último pensamiento fue una única pregunta para sí mismo. ¿Qué demonios había hecho?

Capítulo XIV



John salió de la cabaña con las manos manchadas de sangre. Molesto, se restregó los restos contra el tartán hasta que desapareció en parte. Sus hombres salieron tras él, ante ellos, algunos aldeanos echaron a correr. Había matado a los cuatro hombres que suponían su consejo privado, algunos estaban desde la época de su abuelo y eran demasiado viejos para entender su plan.

Un caballo entró en la aldea a todo galope y John hizo una señal para que se apartaran y lo dejaran pasar.

—¡Es cierto, *laird*! Su hermano va a casarse, se ha prometido con la hija de los MacLellan.

—¿La hija del traidor MacLellan?

De alguna manera, había conseguido que Cameron se alejara de tierras Donald, pero ¿y si su hermano planeaba hacerse con el control de las Lowlands? Tal vez Keith sabía algo sobre su plan, siempre espiando por los rincones...

—Rhona MacLellan —añadió el muchacho—. No hemos podido acercarnos a Cameron en Edimburgo, James Douglas es como un perro guardián, siempre al acecho de quien entra y sale de la fortaleza.

—Seguid a Cameron, ¿me oís? En cuanto salga de Edimburgo, intentad descubrir qué planea, y si tenéis la oportunidad... matadlo.

Capítulo XV



Su último día. El plazo había expirado. Siete días. Rhona no tenía un prometido. En realidad, tenía tres, como bien se ensañaron en comentar las doncellas de la reina la tarde anterior, entre risas y chanzas. Ninguno de ellos el adecuado por una u otra razón.

Al escuchar a Leslie tocar su puerta, Rhona despertó alarmada para mirar a su lado. Cameron no estaba, la silueta de su enorme cuerpo seguía marcada en las sábanas, su olor impregnaba los aposentos, su piel parecía sentir su tacto. Aliviada, buscó su camisón, lo encontró colocado sobre una silla. No pudo evitar tocar sus labios, que notaba hinchados, y palpar su cuerpo en busca de evidencias que pudieran delatar lo que había pasado unas horas antes en aquella habitación. No podía ocultar a Leslie las pequeñas gotas de sangre en las sábanas, pero era como una madre para ella y comprendería. Suspiró. No se arrepentía, en absoluto. Leslie volvió a llamar y Rhona, con una sonrisa que sería difícil de borrar, olvidó aquellos momentos que atesoraría para siempre y fue a abrir la puerta.

Leslie conocía a Rhona desde niña, miró inquisitiva su rostro para después posar sus ojos en las sábanas. Rhona ni siquiera había intentado ocultarlo, allí estaba la prueba de su última noche de felicidad en mucho tiempo.

—No soy quién para preguntar, niña.

—No digas eso, Leslie, eres todo para mí.

—¿Cameron Donald?

—No me regañes, Leslie, no podría soportarlo —replicó al abrazar el pequeño cuerpo enjuto de su aya.

—Elígelo entonces. Toda tu vida has obedecido, has soportado golpes, humillaciones... es hora de que busques tu felicidad. Hazlo, elige el amor, Rhona.

—¿Y que será del clan, Leslie? Gordon es el candidato adecuado.

—¿Y qué importa si es el adecuado o no? Amas a Cameron, es un buen hombre, será un gran *laird*.

—Un gran *laird*, ¿y un gran esposo? No puedo, Leslie.

—No quieres, Gordon es seguridad; Cameron, felicidad. —Derrotada ante su cabezonería, la anciana encogió los hombros—. A pesar de cuál sea tu decisión, estaré a tu lado, niña.

Rhona estaba allí parada, en mitad de la sala. El tiempo parecía haberse confabulado para amanecer con un brillante sol en otoño. La luz entraba por los altos ventanales en forma de arco e iluminaba su figura de pie. Miró su propia sombra reflejada en el suelo y pensó que era tan oscura que no distaba mucho de su verdadero sentir.

Levantó la cabeza de forma leve, vio marchar del salón del rey a la corte, que, expectantes, querían ser testigos de la desgracia de la hija del traidor. La gélida, indolente, desangelada Rhona MacLellan. Hizo lo único que sabía, levantar la barbilla y mostrarse indiferente. El labio le tembló al ver salir a Leslie. Creía que nada podía hacerle más daño cuando al entrar Cameron, pasó por delante de ella sin dirigirle una mirada. Estaba despeinado, caminaba como un preso hacia su destino, y Rhona hubiera jurado que entornaba los ojos, doloridos por la claridad de la

sala. Tras él, caminaron sus otros pretendientes.

Frente al rey se situaron Cameron, Gordon y MacKinnon. Cameron llevado por su furia; Lachlam MacKinnon, por venganza, y Gordon... llevado por la codicia. Si Rhona fuera inteligente elegiría a Gordon, pero las palabras de Keith, el amigo de Cameron, pesaban sobre ella. Cameron había sido excluido de su clan, su propio hermano lo había rechazado, repudiado, lo había echado del único hogar que tenía. A pesar de lo que aquella gente decía, personas que no conocía de nada, Rhona tenía corazón, muy a su pesar. Cameron tenía razón, eran dos desheredados, perseguidos y observados por todos. Rhona se había entregado a él, no por esa razón, sino porque en lo más hondo de su corazón lo amaba y sabía que jamás le pertenecería, Cameron nunca le entregaría su corazón. Solo había sido una noche más para él. Sabía que no tenía posibilidad alguna de conseguir el amor de Cameron.

Lachlam MacKinnon expuso sus razones para casarse con Rhona, un sinfín de tonterías alabando su belleza, su sonrisa... Gordon fue directo, dijo que la alianza entre ambos clanes beneficiaría al rey y protegería la frontera de las Lowlands. Rhona estuvo tentada de que Gordon y el rey empezaran a negociar con la dote en forma de ovejas y grano para el invierno.

Cameron callaba, la cabeza gacha. El rey esperaba, en realidad, todos se mostraban expectantes, Rhona también, a su pesar. Sabía que Cameron estaba allí solo porque no podía retractarse para no pasar por aquel humillante instante, había afirmado ante todos que había pedido su mano al rey, solo esperaba que Rhona declinara su oferta de casamiento. Cameron no deseaba casarse con ella, nunca quiso. No sentía nada por ella, quizá no pudiera sentir ya. Rhona deseó liberarlo al instante, dio un paso hacia delante con el fin de eliminar sus opciones. Cameron levantó la mirada hacia ella al escuchar sus pasos. Rhona pudo ver las marcas oscuras bajo sus ojos y las venas rojas que rodeaban el color cobalto de sus iris. Tal era su aversión por casarse con ella que tal vez seguía borracho. Aquello sucedido la noche anterior podía haber sido la causa de su ansia de venganza hacia MacKinnon. ¿Y si lo había hecho para que, si elegía a Lachlam, siempre supiera que él había sido el primero?

Rhona lo enfrentó, lo miró arrogante y decidida, retó a Cameron a retirar sus palabras del día anterior. Estaba dolida. Si él se retractaba, todos aplaudirían al querido y adorado Cameron MacDonald por negarse a casarse con la hija del traidor.

Para sorpresa de todos, cuando llegó el turno de Cameron, este se adelantó y se situó frente a ella, de esa manera impidió a Rhona rechazarlo en ese instante. ¿Hasta dónde llevaría aquella farsa Cameron?

—No tengo nada que ofrecerte, Rhona. ¿Qué tengo sino mi espada, mi honor, mi palabra? Solo aquello que soy te ofrezco. Nunca obraré en contra tuya y seré digno de los MacLellan.

Rhona contuvo el aliento. La voz grave de Cameron al pronunciar aquellas palabras tensó todo su cuerpo. Era todo con lo que podía soñar, que cuidaran de su gente, un brazo firme, ¿qué más daba si Cameron no sentía amor por ella? ¿Lo hacía porque habían yacido juntos? Rhona sabía que Cameron trataría bien a su gente, era un líder, su gente lo adoraría por encima de todo. Y ella estaba convencida de que nunca habría amor a pesar de lo sucedido. Fueron sus palabras, la desesperación en los ojos de Cameron, sin destino ni fortuna, lo que hizo que Rhona tomara aquella mano, áspera y fría.

Cameron frunció el ceño desconcertado, como si nunca hubiera esperado que lo eligiera a él como esposo. Él podía haber dicho cuanto quisiera delante del rey y de la corte entera, pero si Rhona hubiera elegido a Gordon o a MacKinnon, el rey lo hubiera aceptado igual, puesto que sabía que todo era mentira. Jamás había pedido su mano.

—Mi rey, tengo a mi pretendiente, Cameron MacDonald.

Desde un extremo de la sala, James Douglas emitió una de sus estridentes carcajadas. Hizo que el rey negara con la cabeza con cierta desesperación.

—Retiraos un momento —ordenó el rey a Gordon y MacKinnon.

Rhona vio cómo se marchaban, Gordon con cierta decepción en el rostro y MacKinnon con rabia mal simulada. Las puertas se cerraron tras ellos.

—Eso significa nuestra libertad —afirmó Cameron sin soltar la mano de Rhona.

—No entiendo tu decisión, Rhona —alzó la voz el rey—. Si os han obligado o... No estoy de acuerdo con este matrimonio. Gordon sería, quizá, el *laird* adecuado y te ordeno, Rhona MacLellan, como pupila mía...

Rhona bajó la mirada avergonzada, por primera vez se dejaba llevar por sus sentimientos y no por la razón. El rey estaba en lo cierto, Gordon era la mejor opción, pero estaba muy cansada de hacer siempre lo que los demás esperaban. No quería mirar a los ojos a Cameron y ver su sorpresa o su condena. Siempre sospechó que, al final, el rey impondría su voluntad. Si había seducido a Cameron a propósito, no tuvo consciencia hasta ese momento. Cameron siempre fue el elegido, incluso cuando ella misma se lo negaba.

—Ya he yacido con Cameron Donald, mi rey.

Una maldición salió de los labios del rey y una aún peor de los de James Douglas. La decepción se dibujó en sus caras al enfrentar a Cameron.

—No puedo expresar, Cameron, la profunda decepción que siento, os encargué la custodia de Rhona y habéis quebrado vuestra promesa. Ya no hay vuelta atrás. Sois libres si os casáis inmediatamente. Rhona puede continuar en sus tierras y tú, Cameron, serás el *laird* de los MacLellan.

—Sí, mi rey —confirmó Cameron.

—Jamás creí vivir para ver a un hombre del norte ser el dueño de la frontera escocesa. Las Lowlands son complicadas, Cameron.

Rhona pensó que, a pesar de todo, el rey no se había enfadado tanto como deseaba aparentar.

—Reclamo mi apuesta, majestad.

—James Douglas, no es el momento.

—Mis manos llenas serán para la pareja, es mi regalo. Aquello que pongáis en ellas, la reina lo igualará para compensar a los Donald. Fue mi promesa a Cameron esta misma mañana, al amanecer.

Cameron soltó a Rhona y con un golpe de su puño en el lugar donde debía estar su corazón se inclinó ante James Douglas, en señal de agradecimiento. John tendría su oro y a Cameron muy lejos.

Rhona entendió al fin toda aquella farsa. Ya sabía dónde había ido al amanecer Cameron después de yacer en su lecho. El rey siempre había deseado que Cameron y ella se unieran. Habían comprado a Cameron para ella, le habían dado un título y tierras, oro para su clan. Había sido comprometida por aquel que debía guardar su honra. Notó cómo su corazón se detenía un instante, como si se hubiera roto para después volver a latir con la lentitud que conocía. Ya no vibraría al ver a Cameron, su pecho no se contraería de alegría al verlo, no desearía encontrarse con él al anochecer, había jugado con ella. No pretendía amor, pero al menos no un esposo comprado. Ni siquiera Gordon había sido tan avaricioso.

—Podéis partir mañana, después de la boda.

—No me casaré con Cameron Donald para siempre, no es capaz de cumplir sus promesas

como todos bien sabéis. —Los presentes se giraron para mirar a Rhona alarmados—. No para siempre. Un año y un día. Si no consigue ser un buen *laird* para los MacLellan, se irá y renunciará a ser mi esposo. Prometisteis, mi rey, concederme ciertos derechos al elegir esposo y ahora los reclamo.

—Eso es una ofensa para mí —levantó la voz Cameron.

—No cuando lo único que he visto en ti ha sido a un mujeriego, bebedor y esquivo hablador. Un hombre que no puede volver a su clan y que ha conquistado a una mujer por oro.

Aquello dolió, cuando Cameron pensó que nada podía ya traspasar su orgullo, se quebró. Rhona jugaba sucio.

—Un año, está bien, pero, Rhona, si no me das un heredero en ese tiempo, te llevaré yo mismo a la puerta de un convento y me quedaré con tu hogar, tu gente y tu riqueza. No volverás a embaucarme con tus encantos.

Resopló furiosa. ¿Solo era eso para él, un vientre para darle herederos? Cameron parecía insinuar que lo había seducido ella misma con malas artes.

Asintió, que así fuera. Lo había ofendido, él había respondido, así sería su matrimonio, hasta que uno de los dos ganara o ambos cayeran derrotados. Solo habría un vencedor. Desde que se habían conocido no existía otra cosa que estar enfrentados una y otra vez, ¿así sería su matrimonio? Ese hombre era tonto de remate, si tan solo... tan solo fuera amable con ella como era con las demás, si la mirase con los mismos ojos admirativos que a las otras, si sonriese con esa verdadera sonrisa que dedicaba a las damas, podría perdonar que hubiera buscado oro..., pero no, nunca le había gustado. Hubo un momento que creyó... No había sido nada, solo unas miradas apreciativas que ni siquiera debió sentir. Pena, puede que lo confundiera con lástima hacia ella. El resto, todo había sido una mentira orquestada por todos ellos. Se regañó a sí misma por ser tan tonta y dejarse llevar por el conquistador que había en él. Rhona solo era la hija del traidor y nadie quería que siguiera en la corte un instante más.

Capítulo XVI



El sol despuntaba con sus primeros rayos sobre la fachada de la pequeña capilla del castillo de Edimburgo. Las nubes de los últimos días se habían deshilachado como si estuvieran en pleno verano, dejaban una estela blanca en el azul del cielo parecida a una tela rasgada con los colores de Escocia.

Rhona suspiró hondo, un sol magnífico lucía después de las lluvias de las últimas semanas, debía ser un día alegre, el de su boda. Siempre creyó que se casaría con su primo Gawen, un ser despreciable, nunca planeó su boda con alegría o ilusión. Nunca imaginó su camino a la iglesia con una sonrisa en los labios; y así era, no había ilusión ni familiares, no había rosas para la novia, ni un delicado traje. Allí seguía el latido de su corazón, como si fuera incapaz de convertirse en piedra como ella deseaba, porque en lo más hondo de su alma, sabía la verdad que anidaba en él. Cameron Donald hacía que tomara aliento al verlo, que la fina piel de sus brazos se helara de anticipación y una media sonrisa escapara de sus labios solo por la esperanza de verlo cada día en los rincones de aquel castillo, pero él no la amaba.

Inspiró hondo, con las manos alisó el delicado vestido azul claro que una de las doncellas de la reina había arreglado para ella. El escote marcaba sus hombros con delicadeza, sin ser atrevido. Un hermoso cinturón blanco ajustaba la tela a su cintura y dejaba caer la falda sobre sus caderas. Sus brazos, apenas cubiertos por la delicada tela, notaron el frío viento de la mañana.

—No dude, señora —susurró Leslie, al ver la cantidad de gente que esperaba de camino a la capilla—. No les deis la satisfacción de ver que no queréis esta boda. Mirad al frente, niña, todas esas mujeres darían lo que fuera por estar en vuestro lugar.

Rhona detuvo su caminar y miró a su fiel y cariñosa aya.

—Si supieran la verdad... Voy a vivir un infierno, Leslie. Cameron no me ama, nos cruzamos palabras llenas de veneno y promesas sobre las cuales no debería estar basado un matrimonio.

Su anciana aya tomó su mano con cariño, prescindió de las formalidades y la abrazó.

—Nadie puede contigo, Rhona MacLellan, no consiguieron someterte ni las palizas de tu padre, ni las artimañas y la crueldad de Gawen. Has luchado contra las injusticias toda tu vida y has logrado abrirte camino hasta aquí. Nunca te importó que dijeran cosas horribles sobre ti.

—No sé por qué, pero Cameron es diferente, será mi esposo, Leslie.

—Sé que te gusta, que incluso puedes enamorarte de él, niña. Desde el momento en que lo viste en aquel salón, hubo algo que os unió. Confía en tu corazón.

Rhona miró confundida a su querida aya, quien soltó sus manos y se separó para situarse tras ella. No podía acompañarla a su lado en el camino a la capilla. ¿Sería verdad lo que decía Leslie? ¿Había un futuro junto a Cameron? Leslie nunca se equivocaba. Lo primero que debía hacer era pedir perdón a Cameron por sus duras palabras.

Se encaminó al corredor abierto que la llevaría hasta la capilla, dejó atrás los jardines. Entonces supo porque Leslie y ella habían estado a solas momentos antes. A un lado y a otro, situados formando un pasillo, estaba la corte entera; aquellos rostros que no conocía observaban su vestido, cuchicheaban, había risas sinuosas y comentarios en voz baja. «Ha tenido que engañarlo, es la hija del traidor, no merece a Cameron Donald, él la echará a los perros...».

Los oía a todos, y lo que no escuchaba, lo imaginaba. Deseó tener su daga en la mano, poder usar su arco, defenderse de un modo u otro de todos ellos. No la conocían, no sabían quién era, ni si había apoyado a su padre para traicionar al rey. Se detuvo cuando una mujer susurró un insulto. No llegaría nunca a través de aquel corredor que formaban los miembros de la corte. Alguien se había ocupado de decorar los arcos con rosas rojas y rosas; la reina, con toda seguridad, la única que veía aquella boda como una bendición. Sus piernas temblaron, los ojos le escocían. Retrocedió un paso, cometió el error de mirar los rostros más cercanos, desagrado, lástima, venganza, vio una y cientos de emociones desalmadas hacia ella. Entonces todos callaron, el silencio empezó desde la entrada de la capilla hasta llegar a ella, a medida que Cameron se acercaba hasta donde se había detenido Rhona. Rompió la costumbre de que debía esperarla ante el altar llevado por el eco de aquellas docenas de voces.

Rhona lo observó acercarse, su altura de vértigo, el tartán con los colores Donald. A su izquierda, colgada de su cinturón, su espada de la que nunca se separaba. Qué soy sino mi espada, mi honor, mi palabra. Aquellas palabras dichas ante ella se habían grabado a fuego en su corazón. Cameron avanzó con la cabeza erguida, sus poderosos hombros hacia atrás, el caminar de un hombre seguro de sí mismo, con la certeza de que todos se inclinarían ante el gran guerrero. Rhona suspiró, solo unos pocos sabían de la tristeza que habitaba en Cameron, que no abandonaba sus ojos azules, de su destierro de su propio hogar. Las botas de Cameron resonaron sobre las piedras e hicieron que la gente se apartara, la gruta cerrada en la cual parecía estar caminando se abrió para dejar a uno frente al otro. Llegó hasta ella y Rhona se echó a temblar. ¿La humillaría frente a todos ellos?

—Mi dama. Nos espera el sacerdote.

Solo fueron dos palabras, «mi dama». Miró a los ojos a Cameron y él le devolvió un firme movimiento de la cabeza. No dudó, posó su mano sobre el brazo que Cameron le ofrecía y él guió su paso hasta la capilla. No hubo un solo murmullo más o siseo en forma de ofensa. Tuvo que lidiar con las lágrimas de algunas de las damas que habían compartido su tiempo con Cameron, pero no más insultos junto a él.

¿Por qué lo habría hecho? ¿No estaban destinados a enfrentarse y ver quien ganaría su libertad en aquel matrimonio? ¿Por qué la habría salvado de las ofensas?

Llegaron ante el sacerdote, el rey, al ser su pupila, era el padrino. La reina y sus doncellas sonreían ilusionadas. Leslie se hizo un hueco muy cerca de Rhona. Solo unos pocos tenían acceso a la capilla, Rhona no tuvo que ver a Lennox y sus despreciables amigos; ni a Gordon, que aún creía que Cameron desistiría de casarse; ni a Lachlan MacKinnon, cuyo único afán era destruir a Cameron y los Donald. En realidad, Rhona no veía a nadie, incluso creyó que se desmayaría de verdad cuando los pequeños *plaids* con los colores Donald y MacLellan se entrelazaron en sus manos. Cameron apretaba sus muñecas, como si temiera que fuera a escapar.

Por primera vez desde que había comenzado la ceremonia, levantó el rostro. Tenía miedo a ver la desidia o el desprecio en el rostro de Cameron. No fue así. Él estaba serio y nervioso, podía verlo en la vena que pulsaba uno de los músculos de su cuello. Rhona se irguió, levantó la barbilla, aquello que otros tomaban por frialdad, y que en realidad solo significaba que intentaba serenarse. Cameron la había salvado de aquel pasillo humano de insultos, de sus pretendientes insistentes, de las argucias de los monarcas, de la obligación del rey. Cameron estaba tan perdido como ella, aunque fuera un guerrero, quizá también necesitaba que, por una vez, alguien lo salvara a él. Cuando el sacerdote insistió a Rhona en consentir el matrimonio, ya era consciente de la única verdad.

Amaba a Cameron Donald y haría que él, a pesar de que nunca llegara a sentir algo por ella, fuera feliz entre los MacLellan.

Capítulo XVII



El propósito de Rhona murió antes de que urdiera cómo terminar aquella lucha con Cameron. Sus buenos pensamientos acerca de conseguir la paz entre ellos, de hacerlo por su clan y su futuro, fueron desapareciendo a la par que Cameron se convertía en un ser huraño y poco hablador.

Rhona se encontró casada con Cameron, salieron de la capilla del castillo. Cameron se empeñó en abandonar la fortaleza al terminar la ceremonia. Keith, su amigo, tenía preparados los caballos y un carro. Para sorpresa de Rhona, los pocos enseres que habían acompañado su llegada y la de Leslie estaban siendo cargados por los soldados del rey. MacKinnon acudió justo antes de que Rhona pudiera despedirse de la reina. Fue el único momento en que Cameron se permitió acercarse a ella, como si necesitara que le recordara que ahora Lachlam era tan enemigo suyo como de ella. Los ojos claros de Lachlam mostraban seriedad y sus pasos fueron cautelosos al presentarse ante ambos.

—Mis mejores deseos, Rhona, espero que puedas llegar a ser feliz al lado de Cameron.

Rhona arqueó la ceja, Lachlam parecía incluso sincero, sin ningún ademán de iniciar una pelea.

—Gracias, Lachlam, agradezco tus felicitaciones.

Entonces, MacKinnon tomó aire como si aquello que fuera a decir supusiera su muerte inmediata, incluso dudó un instante al mirar a Cameron.

—Es el deseo del rey... y el mío también, Cameron, que haya paz entre nuestros clanes, los Donald y los MacKinnon. Somos vecinos y creo que debemos enterrar el pasado de una vez por todas por el bien de ambos clanes.

Rhona pensó, por la forma de decirlo, e incluso anteponer en la misma frase al clan Donald frente al suyo, que, aunque el rey lo hubiera deseado, era en realidad Lachlam quien ansiaba esa paz entre ambas familias. No sabía si era ella quien aguardaba sin aliento la contestación de Cameron o Lachlam MacKinnon.

Lachlam observó el rostro enervado de Cameron y se sintió con la necesidad de añadir algo más.

—Tu hermano John ha hecho varias incursiones en nuestras tierras, tiene un ejército de mercenarios...

—No hables de mi hermano —lo interrumpió Cameron de una manera que Rhona no habría esperado de él, parecía siempre templado y sabedor del arte de las relaciones entre clanes—. No habrá paz, MacKinnon, nunca. No olvidaré jamás el pasado ni a mi madre, y si John te está dando problemas, lo habréis provocado.

Cameron no se dignó a esperar una respuesta y dio la espalda a Lachlam. Rhona asintió en un gesto de disculpa hacia MacKinnon, que lo devolvió atribulado.

Rhona pensó que jamás habría paz entre los dos clanes y esperaba que aquello no afectara a los MacLellan. Otro pensamiento menos agradable se asentó en su mente, Cameron nunca dudaría de su hermano y se enfrentaría a cualquiera que hablara mal de él. Se prometió hablar con Keith y tratar de saber que clase de *laird* era John MacDonald.

Apenas unos minutos después de la conversación con Lachlam, se encontró sentada en el interior del carro junto a Leslie, sin oportunidad de replicar que ella prefería y estaba acostumbrada a montar, que hubiera deseado cambiarse de vestido y que Leslie necesitaba un buen cojín para amortiguar los trotes del carro sobre el empedrado. Descendieron la colina del castillo entre vaivenes del carruaje y silencio. Rhona esperó con los brazos cruzados a que salieran de la ciudad, no deseaba que las miradas curiosas y los susurros los acompañaran.

Lamentó profundamente no haber podido despedirse de la reina más despacio, pero sus palabras seguían en la mente de Rhona. «Serás muy feliz si logras el corazón de Cameron». ¿Y cómo demonios se conseguía eso? Se había casado y él había hecho que escaparan como si fueran prófugos. Cameron estaría muy enfadado por la boda, ella no era menos. Puede que lo amara, pero aquella no era la manera de celebrar un matrimonio.

Escuchó la voz de James Douglas, para sorpresa de todos, se había ofrecido junto a sus hombres a acompañarlos hasta tierras MacLellan. Hablaba con Keith de forma animada y no pudo evitar sonreír al escuchar sus ruidosas carcajadas. Cameron tenía que estar de los nervios, y eso, al fin, hizo que ella riera también a carcajadas. Que fuera a firmar la paz algún día con él, no significaba que no disfrutase con su fastidio.

Tras varios parones y algo de alboroto al paso de su extensa comitiva por las atestadas calles de Edimburgo, consiguieron salir de la ciudad. Enseguida aquellos desagradables olores y gritos se distanciaron y empezó a oler a hierba y brezo. Rhona se asomó al abrir la tela del carro, no iban muy deprisa, así que saltó entre el polvo del camino.

—¿Estás loca, mujer?

Arqueó una ceja. Cameron había visto su salto y se acercó a lomos de su caballo. Su figura imponente y su porte impresionaron a Rhona. Había visto una y mil caras de Cameron en aquellos días y nunca sospechó que, sobre un caballo de batalla, recio y de enorme constitución, se mostrara tan... impresionante.

—Prefiero cabalgar, Cameron. No puedo pasar horas metida en ese carro.

Rhona agradeció que James Douglas y sus hombres se mantuvieran a una prudencial distancia. Keith, el amigo de Cameron, sin embargo, estaba más cerca de ellos. Cierto era que, desde su aparición, Cameron estaba más templado y no dejaba mostrar tan a menudo su carácter irónico, pero Rhona hubiera preferido que aquellas disputas entre ellos se quedaran así, entre ellos, cosa que no podrían evitar en su hogar, donde los ojos de su clan estarían puestos en su nuevo señor.

—Cabalgarás conmigo, entonces.

Cameron disfrutó del fuego gris de la mirada de Rhona, al comprender ella que no habían traído consigo más caballos que los que montaban los *highlanders*. Rhona consideró su ofrecimiento, incluso miró al resto de hombres, alguien más podría ofrecerse. No quería engañarse, ningún hombre aceptaría llevarla consigo, no a una recién casada, a riesgo de enfrentarse a Cameron. Ladino, él sonrió. Tentaba el carácter de Rhona y ella deseaba en ese instante golpear aquel rostro perfecto; el hecho de que no hubiera más monturas, sospechó, había sido a propósito.

—Está bien —farfulló con un gruñido muy poco apropiado para una dama.

Tomó la mano que tendió hacia ella y sintió de nuevo aquel cosquilleo dentro de su pecho. Cameron hacía que su pulso temblara, el solo tacto del calor de esa mano rugosa y áspera despertó en ella los recuerdos de la noche anterior. Las caricias, los besos, el recorrido de sus propias manos sobre aquel torso lleno de bandas musculosas. Se obligó a tomar el control de sus

propias emociones y respirar hondo. La sensación del pecho no se iría, pero al menos intentó parecer indiferente cuando él tiró de su cuerpo, rodeó su cintura con los brazos para coger las riendas, y sintió su respiración contra la piel del cuello.

—Sé que lo has hecho a propósito, Cameron, no has traído un caballo para mí.

—Tenemos muchos enemigos, esposa. Prefiero que cabalgues conmigo estos dos días hasta que lleguemos a nuestras tierras.

Rhona calló, «esposa», «nuestras tierras». Aquellas palabras eran nuevas para ella, y desconcertantes. ¡Qué bonito hubiera sido que Cameron fuera con libertad hacia su nueva vida, a su lado! No sería fácil ni para su gente, de modales y carácter más suave que los hombres de las Highlands, nada acostumbrados a la rudeza de los Donald, ni tampoco para ella, que tendría que compartir con Cameron cada hora del día, y ahora, parecía una tarea imposible. No con el mohín de desagrado de él por estar obligado a casarse.

Rhona no sabía qué fue primero, cómo lo obligó el rey, si habían comprado a Cameron con la promesa del oro para paliar la pobreza de su clan, o bien que la había desflorado, tal vez, él pensó que Rhona elegiría a Gordon.

—Mira hacia atrás, *caileagh* —susurró Cameron—. Allí, sobre el castillo de la colina hemos dejado nuestra libertad.

Rhona se tensó. La voz de Cameron fue amarga y dura. No se amedrentó ante él, levantó su cabeza y lo miró a sus ojos color del mar. En ellos vio sorpresa y tristeza, ahora se hallaba atado a ella, y Rhona sabía que ninguno de los dos sería feliz. Se obligó a mirar hacia la colina donde el castillo de Edimburgo se alzaba orgulloso ya a millas de distancia. Cameron, a propósito, hizo girar su caballo para que ambos observaran los días que habían dejado atrás y la libertad que habían perdido. Rhona vio cómo débiles rayos de sol acariciaban las ancianas piedras y la claridad se reflejaba en los cañones de la muralla. Quizá, si hubiera tenido más tiempo, las cosas hubieran sido de otra manera. Quizá hubiera conseguido que Cameron se enamorara de ella. Quizá, ahora, no serían tan desgraciados ambos.

Ninguno de los dos habló. Tras una honda respiración de Cameron, giró su montura y siguió a los otros. Lo hecho hecho estaba.

Cabalaron hacia el oeste sin descanso durante el resto del día, a medida que se alejaban de la corte del rey, el humor de Cameron iba a peor. Protestaba por las altas hierbas que no dejaban ver las patas de su caballo, por las extensas praderas y las montañas que parecía que nunca los acercaban a su destino y se quejaba de que aquel paisaje no se parecía al de las Highlands. Rhona no pronunciaba palabra excepto cuando los otros se dirigían a ella. Estaba agotada, el dolor de su trasero y otras partes que ya no eran tan inexplorables para ella, le recordaban su error, nunca debió entregarse a Cameron, no de aquella forma.

—Deberíamos detenernos, pronto anochecerá —advirtió Keith, acercándose a ellos.

Rhona sonrió de alegría e intentó ocultarlo en el regazo de Cameron. No sentía la espalda, tantas horas rígida sobre el caballo para no rozar su cuerpo con el torso de su esposo.

—Podemos seguir un poco más —contestó obstinado Cameron.

No pensaba tardar tanto en llegar a tierras MacLellan, el carro que llevaba a Leslie y las pocas pertenencias de Rhona retrasaba la marcha, pero no podía permitir que el aya cabalara como ellos a su avanzada edad. En un principio creyó que Rhona iría ahí dentro, fuera de su vista y de su alcance, y no torturándolo con su presencia. Cada vez que el viento proveniente de las lejanas montañas los azotaba, olía su cuello, un delicado aroma a lavanda. Los cabellos de Rhona se enredaban en sus hombros y Cameron, con disimulo, los atrapaba en guedejas entre sus dedos,

ella podía pensar que lo molestaban, pero Cameron, en realidad, los acariciaba con sus manos. Desde su posición delante de él, Rhona no podía ver cómo su boca se inclinaba sobre su cuello esbelto, deseando besar su piel. Y las manos, Cameron no sabía dónde ponerlas, como si fuera un muchacho imberbe e inseguro. Cuando bajaba ambas sobre la cintura de Rhona, sentía su cadera, los movimientos de la noche anterior en que se aferró a ella para penetrarla lo torturaban con una excitación permanente, que acababa en un tremendo dolor de su miembro. Si las subía, rozaba aquellos senos que ya sabía plenos y redondos, aquellos que había besado y se había recreado en mesar su dureza con las manos llenas. No sería fácil apartarse de ella, lo supo en el instante que su estúpida boca dijo que, si no le daba un heredero, la encerraría en un monasterio. Había muchas formas de yacer con una mujer, si se mantenía frío, podría disfrutar de ella durante un año. Mucho menos tiempo se había sentido interesado por cualquier mujer, podía manejar aquella extraña atracción que despertaba en él.

Rhona dejaba de respirar cada vez que Cameron aferraba su cuerpo. El cosquilleo entre sus piernas era algo nuevo, inquietante y poderoso. Solo deseaba girarse y besarlo, perderse en su sabor y sus labios suaves pero firmes. Una vez más, él se revolvió incómodo en la montura. Deberían detenerse, Rhona ya no soportaba aquella tortura, y cuando Keith insistió, Cameron pareció hacer caso al fin. En un segundo, detuvo el caballo en el claro que los Douglas indicaron y bajó a Rhona de lomos del animal, de manera brusca. ¿¡Tanto le desagradaba que casi la arrojó contra el suelo!? Rhona intentó mantenerse erguida mientras todos desmontaban. Escuchó el sonido de un arroyo y trastabilló hacia los arbustos de la orilla.

Cameron frunció el ceño al ver cómo se alejaba en busca de alivio a sus necesidades, se tambaleaba a un lado y otro con dificultad, como si aún siguiera sobre el caballo.

—¿Vas a dejar que vaya sola, Cameron?, nunca te he visto ser tan poco atento con una mujer.

Keith se puso a su lado mientras aliviaba un poco del peso de su caballo. Cameron desmontó la silla y quitó las pieles, con un bufido comprobó que olían a ella.

—Ya, es que las otras no eran mi «esposa».

—Con mayor razón. Debes ser más atento con ella, estará dolorida, ya sabes, si era su primera vez, anoche...

Que su amigo hablara con tal libertad de lo que Rhona y él habían compartido lo puso furioso sin sentido, ¿es que todos sabían que había yacido en su lecho la noche anterior? En otras ocasiones, Keith y él habían compartido confidencias, no podía decir que no habían alardeado de sus conquistas cuando eran dos jóvenes alocados, pero Rhona, por alguna razón, era diferente.

Se alejó de Keith taciturno y acudió a ayudar a Leslie a descender del carro. La sonrisa de la anciana pareció aplacar un poco su mal humor, solo un poco, porque su vista no se alejaba de los arbustos, detrás de los cuales estaba Rhona. Por fortuna, con los Douglas y solo Keith con ellos, allí no tendría que disimular ser un feliz esposo y dormir junto a Rhona. Dispuso, alejado de él, unas pieles para ella, así dormiría segura dentro del círculo de sus hombres, pero lejos de cualquier tentación.

Rhona tardaba demasiado. Era fastidiosa en extremo, seguro que lo hacía a propósito para enfadarlo. La oscuridad teñía poco a poco los alrededores, y aunque no había nadie en millas, empezó a preocuparse. Uno de los hombres azuzó ramas secas en una gran hoguera para calentarlos en la noche y la comida que habían recogido de las cocinas empezó a pasar de unas manos a otras, con menor ligereza que los odres de cerveza aguada. Cameron bufó. Tendría que ir al río a por su mujer.

Se acercó a paso rápido, tras ser advertido por Keith y James Douglas con la mirada. Leslie lo

miró con tristeza, defendían a Rhona como si lo necesitara, ya se bastaba ella sola para incordiar a todos. Cogió una torta de avena y se alejó hacia el río. Sus pasos eran firmes sobre la hojarasca del suelo, pretendía advertir de su llegada a Rhona para que no se asustara. Frunció el ceño cuando escuchó el relinchar de un caballo al otro lado del río. Escuchó a Rhona jadear en alto. Alguien había sorprendido a su esposa, estaba en peligro. Su corazón dio un salto, aferró su espada colgada al cinto y a la carrera se internó entre los arbustos.

Lo que vio lo dejó paralizado. Un hombre de aspecto tosco sujetaba a Rhona de la cintura con una mano mientras con la otra le tapaba la boca. Otro estaba intentando atar los pies de su esposa mientras ella forcejeaba de manera valiente. Aquel que sujetaba a Rhona lo vio y aflojó un instante su brazo. Ella no desaprovechó la oportunidad, sacó de debajo de su capa una daga y con un certero movimiento agarró la empuñadura, echó el codo hacia atrás y clavó la punta del arma en el estómago de su captor.

Cameron no perdió el tiempo, se abalanzó sobre el otro hombre, agachado aún con las sogas en la mano, introdujo la hoja de su espada en el cuello de aquel desgraciado. El hombre ni siquiera parpadeó cuando casi le cercenó el cuello. Cameron se giró para ayudar a Rhona con el otro hombre cuando vio cómo su pequeña y en apariencia inofensiva esposa aferraba la empuñadura de la daga, tiraba de ella sin inmutarse ante la sangre que manaba del cuerpo del hombre y ante la mirada de sorpresa de su captor, se la clavó en el corazón sin dudar.

El hombre dejó ver con un gemido sus dientes mellados por alguna lucha, miraba atónito a Rhona, dispuesto a caer sobre ella. Cameron corrió hacia ellos cuando Rhona, con el pie, empujó a su contrincante. Este cayó de espaldas con un ruido seco al alcanzar el suelo, se desplomó mortalmente herido.

Cameron miró atónito a Rhona, sabía cómo defenderse, cómo manejar una daga con agilidad y fuerza. Ahora entendía el regalo de Maely Douglas, habían sido entrenadas por alguien, Rhona sabía defender su vida. Intentó mantenerse indiferente a aquella extraña cualidad de su esposa, sin embargo, apreció la hoja de la daga temblar en su mano.

—Ya ha terminado, *rúnag*.

«Cariño», dijo Cameron. Y Rhona despertó del horror de haber matado a un hombre. Procuró no mirarlo cuando, con suavidad, le arrebató la daga e hizo que se girara para mirarlo.

—Se acercaron por detrás, ni siquiera me di cuenta de que me cercaban contra el río.

Guardó el arma. Cameron sentía que debía haber protegido más a Rhona, estar a su lado, se había dejado llevar por esas estúpidas disputas entre ellos y la había dejado sola.

—Rhona —susurró en voz baja mientras envolvía su pequeña figura entre sus brazos. Miró con rabia, sobre el hombro de su esposa, los cuerpos de los caídos. Alguien había tratado de llevársela, estaba seguro cuando vio el trapo sucio con que pretendían acallarla.

—¿Qué ha ocurrido?

Keith y el resto llegaron y Cameron tuvo que separarse de Rhona, aún temblaba, pero su rostro parecía haber recobrado cierto rubor.

—No llevan los colores de ningún clan, Cameron —afirmó Keith, mientras registraban los cuerpos.

—¿Dijeron algo, Rhona?

Ella negó con la cabeza, aturdida aún. James Douglas se acercó al hombre al que ella había matado.

—Lo he matado yo —susurró Rhona.

Los hombres se giraron para mirar a la joven.

—Fue ella, dice la verdad, mientras yo me ocupaba de uno, ella mató al que la mantenía apresada.

Sintió las miradas de todos sobre ella, otra cosa que añadir a las habladurías sobre la hija del traidor, ahora también era una matahombres. No se arrepentía de haber procurado la muerte a ese demonio, pretendían sorprenderlos mientras dormían y asesinar a todos. Uno de esos rufianes quería dejarla viva un rato más, había dicho lo que harían con ella antes de que siguiera el destino del resto.

—Mandaron solo dos hombres, tal vez pensaron que viajabais sin escolta —afirmó James.

—Pero ¿quién querría llevarse a Rhona? —repitió Keith.

Cameron permanecía a su lado, sujetaba los hombros de Rhona en gesto protector. Giró su cuerpo para que lo mirara.

—¿No dijeron nada, Rhona?

Desconfiaba de ella, lo sabía, tal vez hubiera oído lo que aquel hombre le decía. No, Cameron solo preguntaba. No podía haber escuchado nada de lo que aquellos hombres afirmaban, si no, no preguntaría ante todos. Entonces supo que obraba bien al callar, era horrible que su propia familia quisiera verlo muerto. No sería por ella que Cameron se enterara de que el culpable de enviar a esos dos hombres era su propio hermano, John MacDonald, y al que quisiera ver muerto en realidad era a Cameron.

Capítulo XVIII



Rhona calló, aun cuando la culpa de su silencio nublaba sus pensamientos. Sentía el poderoso pecho de Cameron sobre su espalda, sus brazos en torno suyo, era una tortura, solo ansiaba girarse y contarle que estaba en peligro, que su propio hermano lo perseguía. A través de Keith, había sentido la pena de su esposo, Cameron sufría por el desprecio, el destierro y la envidia de John. Ella misma había convivido con Ailsa, su hermana era mezquina, ruin y envidiosa, hasta intentó matar a la hija de Douglas, Maely, pero era diferente, Rhona siempre fue la mayor, y para desgracia de Ailsa, siempre supo de su interior negro y tuvo controlados sus instintos malvados.

Una vez más apretaron el paso de los caballos hasta el galope, Cameron azuzaba su montura sin cesar, guiado solo por la luna, al igual que Keith. Habían dejado hacía horas el carromato atrás con su aya, y como protección, los Douglas. Cameron no quería arriesgarse a otro ataque sin conocer las fuerzas de su enemigo, ni por qué querrían secuestrar a Rhona.

Amanecía y Rhona sonrió al ver el paisaje conocido que rodeaba a la fortaleza MacLellan, el lago en mitad del bosque, el pequeño barranco a la derecha. Keith aminoró el paso a medida que la espesura del bosque los rodeaba. Dejaron atrás la laguna, y tras un rato, llegaron a la colina donde un roble coronaba su cima.

Entonces Rhona se giró para mirar a su esposo, deseaba ver su expresión al conocer su nuevo hogar. Se habían dicho muchas necedades, ¿como si Cameron no fuera capaz de dirigir a los MacLellan!, pero ¿sería verdad que él no pensaba tratarla como a una esposa? ¿Sería capaz de no acudir a su cama con tal de encerrarla al final de un año en un convento, como prometió ante el rey? Nadie podía librar a Rhona de tal destino, un esposo noble podía repudiar a su esposa en caso de no darle hijos.

Todas aquellas cuestiones desaparecieron cuando vio la expresión de Cameron Donald al ver por primera vez su nuevo hogar. Rhona sabía que no era un castillo de las Highlands, sobrio y oscuro, ni tenía su vigorosa fuerza amenazante de altas torres. Los castillos de las Lowlands solían tener el color ocre en sus muros debido a la piedra de las canteras del sur, apenas se distinguía de su interior, al estar tan cerca de la frontera con Inglaterra, solo se veía la alta muralla con pequeñas saeteras. Cameron frunció el ceño sin querer, los castillos del norte se erigían ante sus briosos lagos de aguas negras, a causa de la turba de su lecho, en cambio, el castillo MacLellan se erigía en una pradera, si bien el mar estaba cerca y tenía un río, Rhona sabía por la expresión de Cameron cuánto lo había decepcionado, apartó la mirada cuando él tomó aire para borrar cualquier atisbo de rechazo hacia su casa. Todo era igual en ese matrimonio, un rayo de esperanza y una tonelada de oscuridad.

—Te gustará —afirmó Rhona en voz alta, quizá mucho más de lo que deseaba.

—Es enorme —respondió Keith en lugar de su esposo.

Rhona esperó a que Cameron dijera algo, en vez de hacerlo, azuzó con los talones al caballo para que descendiera colina abajo hacia la amplia pradera de tonalidades púrpura y verde.

Estaban casi en las puertas de los MacLellan cuando Cameron se inclinó sobre Rhona y rozó con sus palabras su oreja. El aliento de una sonrisa burlona tocó la piel de Rhona.

—Tu hogar es como tú, esposa. Su exterior es bello, pero ¿queda algo dulce y cálido en su

interior para mí?

Quizá hubiera esperanza para ellos, la voz de Cameron al pronunciar aquellas palabras dejó sin aliento a Rhona. Por primera vez desde que se anunció su boda, Cameron se echó a reír al ver su rostro arbolado. Esa risa de sonido grave que hacía temblar su corazón. En lugar de seguir enfadada con él, sonrió ante sus bromas pesadas, al fin y al cabo, estaba en casa.

Cameron frunció el ceño. Todo en aquel castillo estaba mal. Nadie los había recibido. El patio estaba lleno de gente en una u otra dirección, atropellados en el pequeño espacio libre de enseres. El suelo estaba sucio de paja. Los muros del interior estaban desollados y entre las piedras crecía hierba vieja. Nadie había renovado los techados y la herrería estaba casi derruida. Algunos soldados vagueaban en un rincón en lugar de cuadrarse ante la presencia de su señora. El rey estaba en lo cierto, la repentina muerte del *laird* y de su sucesor, el prometido de Rhona, había creado el caos en aquella fortaleza tan cerca de la frontera. Cualquier maldito inglés podía entrar y tomar el castillo sin desenvainar siquiera su espada. No dudaba de la tenacidad de Rhona para mantener a su gente, pero ella misma no había estado en las últimas semanas y sobre el clan caía la deshonra de la traición al rey por parte del padre de Rhona. Ninguno de ellos tenía su futuro seguro cuando creían en el severo castigo de la corona.

—¡Alfred!

La voz clara de Rhona resonó con fuerza en el patio, los rostros se giraron hacia ella y entonces Cameron distinguió el reconocimiento de los MacLellan por su esposa. Los soldados trataron de erguirse, el clan comenzó a reaccionar al ver a su señora y, extrañados, se acercaron a ellos. Los niños dejaron de corretear por el patio y el muchacho al que llamó Rhona se acercó a la carrera, seguido del que parecía el jefe de la guardia del castillo.

—¡Mi señora! Me alegra veros de vuelta.

El guardia se inclinó ante Rhona, Cameron pensó que quizá se había equivocado con aquellas gentes. El muchacho tomó las riendas de su montura con una sonrisa de admiración. Cameron bajó primero y ayudó a Rhona a desmontar, tras ellos, Keith hizo lo mismo. Desconfiado por naturaleza, Keith asía la empuñadura de su espada preparado para cualquier ataque.

Poco a poco, los MacLellan se congregaron en el patio, algunos saludaron a Rhona con gestos y algunas mujeres tomaron su mano en señal de alegría por su vuelta. En el rostro de muchos, Cameron vio la desconfianza al observarles a Keith y a él mismo.

Rhona, agarrada por las faldas por un niño que apenas levantaba dos palmos, elevó su voz clara y cristalina sobre el murmullo y las preguntas:

—El rey nos ha perdonado —dijo en voz tan alta como pudo.

Los rostros de su gente mostraron alivio.

—Me he casado —consiguió decir antes de que la interrumpieran de nuevo. Una vez más pidió silencio y ellos obedecieron ansiosos por saber—. Cameron Donald es ahora mi esposo, y vuestro *laird*, ha jurado ante el rey y ante mí misma servir al clan, liderarnos y protegernos. Os pido por ello que lo aceptéis con agrado como habéis hecho conmigo desde la muerte de mi padre. Tiene toda mi confianza y respeto como gran guerrero del rey y consejero de la corona.

Cameron no esperaba aquellas palabras de Rhona, ni que las dijera tan convencida, tan siquiera que lo mirara de forma directa mientras las pronunciaba, como si estuviera allí, delante de todo su clan, firmando una tregua con él. Para ella su clan era muy importante.

—Juro que protegeré este clan, e intentaré ser un buen *laird* para vosotros.

Rhona asintió a sus palabras con seriedad. Quizá esperaba un discurso algo más elaborado que tranquilizara a su gente, miró a Cameron, erguido como si no hubiera cabalgado las últimas

millas para protegerla de más ataques. Su figura imponente, con su *cotum* de cuero y su espada al cinto, tenía embobado a su clan. No pudo evitar fijarse en los rostros deslumbrados de las mujeres y de admiración por parte de los hombres. Todos conocían la fama de guerrero de Cameron y tal vez, solo tal vez, la de mujeriego.

Thomas, el actual jefe de su guardia, fue el primero en hacer una reverencia ante Cameron. Rhona se lo agradeció profundamente, ya que después lo hizo el resto del clan con agrado, habían sido acosados por el resto de los clanes vecinos de una u otra forma y se sentían inseguros, Rhona comprendió entonces lo que Bruce le pedía. La paz en la frontera y la tranquilidad de sus gentes. Con temor a que Cameron la rechazase, tomó su mano igual que él había hecho en el estrecho corredor momentos antes de su boda. Cameron no solo no rechazó su mano, sino que miró a Rhona y asintió. Con rapidez, Cameron prendió un beso en sus labios.

Rhona sonrió a medias cuando un clamor se elevó entre su clan allí presente, Cameron sabía de forma exacta qué querían de ellos. Unión. Tuvo que cerrar los ojos para evitar que vieran en su rostro la pesada carga de saber que, en el fondo, él hacía todo aquello para ganarse a su clan. Otra cosa sería en la intimidad de la alcoba, en su vida día a día, en las sonrisas que después le negaría. Se sobrepuso cuando él soltó su mano y comenzó a presentarle a su clan. Después jurarían todos lealtad a su esposo en el gran salón.

—Te acompañaré a revisar las defensas del castillo.

Cameron negó con la cabeza.

—Ahora eso es cosa mía, Rhona, yo prepararé a los hombres.

Una vez más, Cameron quería que estuviese lejos de él. Rhona asintió ante los rostros expectantes de su clan. No podía discutir con él delante de todos. ¿Sería ese el castigo de Cameron, relegarla a ser testigo de cómo tomaba el poder?

—¡Hermana! ¡Rhona!

Rhona se giró al escuchar aquella voz. Cameron vio un momento de miedo en el rostro de ella, después sorpresa y por último resignación. No dudó ni un momento que la joven vestida de color burdeos, el pelo recogido en una trenza al igual que Rhona, era pariente de su esposa. ¡Cielo santo! ¡Eran casi iguales! Ambas con el pelo claro, los ojos azules casi grises, quizá la mujer que se acercaba era más joven que Rhona a pesar de su mirada cansada.

—¿Ailsa? ¿Qué haces aquí?

Así que su esposa también tenía una hermana a la que no le apetecía demasiado ver, ambas se saludaron con un abrazo durante el cual Rhona lo miró de manera fría. Las dos se separaron en cuanto pudieron y se miraron a la espera de ver en el rostro de la otra el cariño.

—Mi esposo ha muerto, Rhona, he regresado a mi hogar.

Rhona contempló a su hermana, el tono de su voz había sido un desafío, como si esperase que la echara del castillo MacLellan. Algo había cambiado en ella, estaba más delgada, su rostro era más serio y su voz parecía más serena. Al poco tiempo de que el padre de ambas hubiera muerto en la batalla contra los Douglas, Ailsa conoció a su esposo, de visita en el castillo quedó prendada de su hermoso rostro, sus detalles con ella y su forma galante de conducirse. En apenas unas semanas pidieron la aprobación de Rhona y él acudió ante el rey para pedir su mano al no tener ellas ningún pariente varón. Después, Rhona había tenido que hacer frente a los ataques de sus vecinos, al robo de ganado y a la petición del rey para encontrar un *laird* que se hiciera cargo de los MacLellan. Habían sido unos meses difíciles en que Rhona no había vuelto a ver a su hermana. De niñas habían estado muy unidas ante la falta de su madre, que murió al nacer Ailsa; después, los años les demostraron a ambas que eran muy diferentes.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Rhona.

A pesar de sus disputas en el pasado, cogió la mano de su hermana con lástima.

—Le encantaba cazar, se cayó del caballo —soltó Ailsa sin mucha pena en su voz.

Rhona comprendió que había algo más tras aquellas palabras y decidió esperar para poder hablar con ella a solas. Presentó a Cameron a su hermana, quien reaccionó con una media sonrisa para después desaparecer con el guardián del castillo en dirección a las almenas. Rhona frunció el ceño, Cameron se paseaba con seguridad por su nuevo hogar, los hombres lo miraban con admiración, ¿quién no conocía la fama de Cameron MacDonald? Y para su disgusto, las mujeres seguían su rostro anonadadas. Por un instante apretó los puños. ¿Y si traicionaba sus votos y se procuraba una amante?

Ailsa debió de percibir algo en su rostro, porque la llevó dentro del castillo, donde nadie podía escucharlas. Entraron en el salón, todo seguía igual. Los fuegos aún no habían sido encendidos, los tapices colgaban de las paredes un tanto ajados, las mesas estaban vacías y los bancos recogidos. Rhona se dio cuenta de lo espartano que parecía todo en comparación con la corte, donde la ostentación no era excesiva, pero mucho más grandiosa que la de su hogar. Caminaron juntas en silencio hasta las escaleras. Algunos miembros más del clan saludaron a Rhona y con paciencia se detuvo a preguntar por sus familias. Cuando llegaron arriba, Ailsa pareció dudar cuando pasaron por la puerta de los aposentos que había ocupado su padre toda la vida, y ambas se negaron a levantar la cabeza cuando lo hicieron frente a las que fueron las habitaciones del prometido de Rhona, su primo Gawen. Ahora los dos estaban muertos. Su hermana y ella se miraron, ninguna echaba de menos aquellos días en que ellos eran los dueños y señores de los MacLellan. Los recuerdos poblaban cada rincón del castillo, a Ailsa no parecía afectarle tanto, pero Rhona, desde que habían subido aquellas escaleras, estaba nerviosa y acongojada, había cosas que no se podían olvidar ni con el paso del tiempo. Su padre la había atemorizado con sus golpes, sus borracheras y su manera de humillarla durante demasiados años.

Ailsa abrió la puerta de sus antiguos aposentos, Rhona comprobó que su hermana se había traído todas sus cosas y algunas más que debió acumular durante su corto matrimonio.

—¿Qué ocurrió, Ailsa? ¿Por qué no te has quedado con el clan de tu esposo?

Las viudas solían ocupar un lugar prominente y eran respetadas pese a ser de otro clan.

—No le gustaba a la nueva señora del clan. Cuando mi esposo murió, su primo tomó el mando y me echaron de allí.

Rhona vio como su hermana evitaba su mirada y se acercaba a la ventana. Ailsa había cambiado, parecía más comedida y seria de lo que nunca fue.

—Al menos... ¿fuiste feliz? Lo siento mucho, sé que te casaste enamorada.

—Enamorada no —se giró para estar frente a frente—, encaprichada. Él era atractivo, alto, de gran prestancia, me cortejó... tenía todo cuanto una muchachilla idiota puede querer. ¿Recuerdas cuando Campbell conoció a Maely en estos corredores? Era mi prometido, su apariencia oscura y sus toscos modales me horrorizaron. ¡Qué feliz me sentí cuando ambos se casaron! Mi esposo era tan diferente, abierto, gentil... enseguida me atrajo, por eso no debemos fiarnos de las primeras impresiones. Campbell resultó ser un buen hombre, mi marido no.

—Lo siento de corazón, Ailsa.

El tono de Ailsa era tan amargo que Rhona al principio no pudo ver sus lágrimas. Esperó paciente a que su hermana siguiera. Siempre había pensado que se precipitó al aceptar la mano de aquel *laird*, pero quién era ella para juzgar cuando Ailsa afirmó estar enamorada. Dio su permiso, pidieron la bendición del rey y en apenas una semana estaban casados. Esa había sido

otra de las razones por las cuales no se había presentado en la corte y los soldados del rey habían acabado arrastrándola ante el monarca.

—Le quieres, ¿verdad? Tu esposo parece un buen hombre —preguntó Ailsa con una sonrisa.

Rhona suspiró hondo, tal vez sí, no lo sabía con certeza. Se sentía aterrorizada de que Cameron, ahora *laird* y señor de los MacLellan y la frontera, la repudiara en público.

—Creo que sí —soltó al fin. No tenía sentido mentir a su hermana.

—Te conozco, Rhona. ¿No era el más adecuado?

—En absoluto.

—¡Vaya! Mi hermana mayor siempre solía hacer solo aquello que era adecuado.

Ambas sonrieron, como cuando eran niñas y confabulaban para escapar de las garras de su padre. Los castigos solían ser una paliza en la cual, una para defender a la otra, acababan siendo castigadas ambas.

Ailsa respiró hondo.

—Mi marido parecía el adecuado. No, no te alarmes, no era peor que nuestro padre. No me pegó. Simplemente, prefería al mozo de cuerdas antes que a mí. Me desvirgó en un esfuerzo supremo y después me ignoró. Todos lo sabían, se burlaban de mí, de mis órdenes como señora del castillo, de mi situación... cualquier hombre de bello rostro mandaba más que yo. Él bebía, tal vez para no tener que soportarme en su presencia. No se lo reproché, he comprendido que el amor es difícil de encontrar, solo estaba enfadada porque me mintió, me engañó con una vida que no era la que yo esperaba.

Rhona la escuchó en silencio. Frente a ella estaba su hermana, ¡había cambiado tanto!

—Lo siento, hermana, ¿por qué no acudiste a mí?

—Estaba avergonzada, tanto que creí volverme loca. No sabía si me aceptarías, a veces no fui buena, ni honesta. Cuando él murió, suspiré, estaba libre. ¿No es horrible? ¿Alegrarte de su muerte?

—No, Ailsa, cuando padre murió me sentí igual, triste pero liberada. Y cuando lo hizo Gawen, creo que hasta di gracias a los Douglas. ¡Quédate, Ailsa! Este es tu hogar.

Ailsa dio dos pasos y se abrazó a su hermana. Ambas se refugiaron en el hombro de la otra y se apretaron con fuerza. Rhona suspiró hondo. Juntas de nuevo podían hacer frente a todo.

Capítulo XIX



Cameron miraba al horizonte, aquella explanada indefendible frente a él. Observó a los guardias apostados a ambos lados de las almenas, anochecía y el sol empezaba a esconderse tras las colinas. Sentía una opresión en el pecho por la nostalgia de su hogar, echaba de menos las altas montañas, los riachuelos bajando hacia los valles, los frondosos árboles que hacían casi inexpugnables los bosques de las Highlands. La oscuridad fue abriéndose paso sobre la pradera, observó a James Douglas, que llegaba con sus hombres y la anciana aya de Rhona dentro del carro. Suspiró al fin. No temía por Douglas, pero no saber a qué enemigo se enfrentaba lo mantenía cauto. Habían atacado a Rhona mientras acampaban. Tenía que haber sido alguno de sus pretendientes de la corte, disgustados por la elección. Tal vez algún viejo enemigo de su padre, muchos seguían resentidos por su traición a la corona de Escocia, MacLellan había intentado entregar su castillo a la fuerza inglesa que pretendía arrasar la frontera entre ambos países.

Entonces vio a su esposa cruzar el patio a sus pies. Recibía a su aya con un abrazo y a Douglas con menos cordialidad. Cameron frunció el ceño, si hubiera sido William, el hijo de James Douglas, seguro que estaría más complacida. Sintió los celos ascender por su sangre, indignación porque él mismo se había negado tocarla. ¡Un año! Debía estar loco cuando dijo esas palabras, no, exactamente borracho. Apretó la mandíbula, había entrado en los aposentos de Rhona tambaleante, y después había seguido bebiendo tras yacer juntos. Su esposa parecía mucho más serena y cercana que en la corte de Edimburgo, el viento trajo su risa mientras se reunía con su aya y Cameron se pasó la mano por el cabello sin saber qué hacer. Podía olvidar aquellas tontas discusiones con Rhona y empezar de nuevo.

—Estabas aquí escondido. Te buscaba.

Cameron saludó con la mano a Keith, su amigo parecía contento en su nuevo hogar. De inmediato había congeniado con los guardias y las gentes MacLellan.

—¿Están todos en sus puestos? No podemos confiarnos, no conocemos a estas gentes y alguien ha intentado secuestrar a Rhona.

—Cameron, tranquilo. Aquí, por si no lo has notado, adoran a tu esposa, son su gente, nunca permitirían que nada malo le sucediese a su señora.

—Tal vez tengas razón, pero mantente alerta.

Keith se apoyó junto a Cameron en la piedra rojiza de las almenas. Siguió con la mirada aquello que su amigo observaba con atención. Vio a Rhona en el patio y no pudo evitar sonreír.

—Ve con ella, Cameron. Olvida todas esas promesas absurdas y sed felices. El cielo sabe que lo mereces.

Nadie lo conocía como Keith. Jamás le diría que llevaba razón.

—Voy a bajar, antes de que tu tonta cháchara me maree.

Keith sonrió al verlo partir, miró hacia el patio y vio que Rhona acababa de entrar también. La reina estaba de acuerdo con aquel matrimonio, como le había dicho antes de partir, solo que, quizá, necesitaban un empujoncito.

Cameron descendió las estrechas escaleras, al menos eso estaba bien en el castillo MacLellan.

La vuelta de Rhona y el perdón del rey habían traído la tranquilidad a las gentes y se notaba en la fortaleza, estaban limpiando, organizándose, un continuo ir y venir de gente llenaba los pasillos y el salón. Al llegar al corredor de las habitaciones, vio a Rhona entrar en sus aposentos y pensó que había llegado el momento de que ambos hablaran. Cameron no tenía ni idea de donde dormir, así que aquella cuestión era una excusa más o menos aceptable para ir en busca de su «esposa».

Rhona dio un respingo al oír la puerta a sus espaldas abrirse para después cerrarse. Sonrió al pensar que sería su aya, a pesar de que le había ordenado descansar. Al girarse, vio a su esposo, apoyado en el vano de la puerta, con los brazos cruzados. No había tenido tiempo de cambiarse y Rhona sonrió. Ya no parecía el apuesto conquistador de la corte, sino un hombre cansado de portar aquellos férreos músculos de sus brazos, todos y cada uno de ellos parecían hacer estallar la camisa a causa de su postura.

—¡Cameron! ¿Está todo bien? —intentó poner el tono de voz más indiferente que pudo. La sola visión de su esposo frente a ella hacía que su corazón latiera deprisa, tal vez él pudiera incluso oírlo.

Cameron sonrió, a pesar de sus dudas, de sus juramentos absurdos y de sus enfados con Rhona, conocía ese tono de voz en ella. En realidad, sabía muchas cosas de Rhona a causa de los días en la corte. Adoraba como palpitaba esa fina vena del cuello cuando se enfadaba, esa arruga en el ceño cuando él se acercaba. Sabía, a diferencia de los demás, cuando Rhona sonreía de verdad y no aquella máscara de hija del traidor. Veneraba la línea de su clavícula con sus hombros, la forma en que su cuello se erguía cuando la ofendían y las pequeñas marcas que destacaban en sus ojos al reír. Podía negarse cuantas veces quisiera que no recordara su cuerpo, cada rincón de fina piel y abultado deseo.

Vio como se cogía las manos, nerviosa; tal vez, solo tal vez, ella deseaba también olvidar lo sucedido en la corte, tal vez sentía algo por él. Rhona pareció darse cuenta de que se mostraba intranquila y se irguió intentando parecer serena.

—Todo bien —musitó Cameron—. No me has dicho cuales son mis aposentos.

Rhona perdió toda compostura en su gesto, alzó la ceja, frunció el ceño, finalmente irguió el cuello. Las palabras de Cameron sobre no tener hijos y llevarla a un convento estaban entre los dos. Suspiró hondo.

Todas aquellas señales que advertían a Cameron de su enfado estaban ahí, Rhona era predecible. Sintió deseos de sonreír, de dar pasos y atrapar por la cintura a su esposa, hacer que abandonara aquella expresión por ese rostro cuajado de deseo que había adorado mientras hacían el amor.

—Son estos, o si quieres puedes dormir en los del *laird*.

Cameron se dio cuenta de que evitaba decir los aposentos que fueron de su padre, así como que aquel castillo parecía traerle recuerdos dolorosos.

Rhona puso sus brazos en jarras, las manos sobre las caderas en señal de que se avecinaba una disputa. Cameron no podía luchar contra ella, ahora no, estaba demasiado sucio y cansado, preocupado por el ataque, quizá inseguro en ese nuevo lugar al que debía llamar hogar, obstinado por demostrarse a sí mismo que podía ser un buen *laird*. No nació para ello, era un segundo hijo, nunca hubo una posibilidad para él de convertirse en señor de un clan y, sin embargo, allí estaba, entre los MacLellan. Y ella no confiaba en él para semejante tarea.

—Los buscaré yo mismo.

Rhona vio como Cameron se daba la vuelta y se marchaba. Dio un paso para detenerlo, pero

su maldito orgullo le dijo que no conseguiría deshacer aquella capa de hielo que aparecía sobre ellos cuando estaban juntos.

Capítulo XX



Rhona pasó la noche en vela, tras una cena a la que Cameron no se presentó. Escuchó como una fina llovizna empezaba a caer en la madrugada y el olor de la pradera a mojado y humedad del campo se adueñaba de la fortaleza. Ailsa le había preguntado por qué Cameron y ella dormirían separados y no tenía la respuesta. Ella quería, lo deseaba, y su cuerpo lo ansiaba, el problema estaba en cómo llegar al corazón de Cameron. ¿Sería verdad que no pensaba acudir a ella en un año?

Se vistió para empezar con sus tareas, el castillo estaba un tanto descuidado desde hacía meses, así que se puso su vestido más sencillo, de un color marrón anodino, había mucho que hacer. Se rindió al intentar enlazar por completo la parte de atrás, no quería molestar a Leslie, cansada del viaje, y al parecer, el resto de las mujeres estaban ocupadas, porque al llamar, nadie acudió. Al fin y al cabo, estaba en casa, no en la corte, y no llegaba sola a los dos últimos lazos a la mitad de su espalda, así que salió con decisión hacia las cocinas, allí podían ayudarla. Bajó las escaleras y al llegar al salón, vio la causa por que nadie escuchaba sus llamadas. Allí, sentadas alrededor de Cameron, estaban las muchachas que ayudaban en el castillo, entre ellas Leslie, su anciana aya. Todas se desvivían por llevar ricos manjares a su esposo. Desde luego, ni el rey de Escocia desayunaba así. Hasta la cocinera había salido de sus dominios y cargaba una bandeja de tartas. ¿Tartas? No una, sino varias, Rhona tendría suerte si tenía una pequeña porción a tiempo para el desayuno.

Observó a su esposo, se dejaba atender con una sonrisa en los labios por las muchachas y no tan muchachas del clan. Miraba a todas con envidia, ninguna era irreverente ni atrevida como en la corte, y Cameron contestaba a sus preguntas con paciencia; por una vez, deseó ser una de ellas, una muchacha más que adoraba a Cameron y su atractivo rostro. Con libertad podría acercarse a él, mostrarse incluso un poco descarada, ¿le haría él caso? ¿Era suficiente hermosa para llamar su atención? Podía llegar y usar su prerrogativa sobre todas, sentarse a su lado y apartar aquellos mechones de pelo revuelto, ella era su esposa. Suspiró hondo, sabía que jamás lo haría, su orgullo, su maldito e incondicional orgullo se lo impedía. Carraspeó con fuerza para llamar la atención del grupo; al parecer, el alboroto que formaban no permitió que la oyeran.

Cameron vio a su esposa en cuanto bajó las escaleras, se hizo el distraído y sonrió ante aquellas mujeres como no lo había hecho antes solo para molestarla. Su relación no iría a mejor, pero él tendría la satisfacción de que su esposa comprobara que el resto de las mujeres no lo juzgaban como ella, ni le fruncían el ceño, eran complacientes y le daban la razón. Eso le gustaba, ¿no? Esperó que Rhona se acercara altiva y formidable y echara a todas de allí, inducida quizá por los celos, así, al menos, sabría que la expresión que a veces veía en su rostro no le engañaba y sentía algo por él. Estuvo a punto de reír a carcajadas cuando escuchó su carraspeo irritado, se hizo el sordo, las mujeres no se habían percatado de su presencia. Se regodeó de anticipación, su esposa no tardaría en alzar la barbilla e imponer su presencia.

Frunció el ceño cuando, para su sorpresa, ella dejó caer los hombros y se dio la vuelta. Jamás hubiera esperado que se rindiera tan pronto con él. Tal vez Keith tenía razón y debía ser él quien se acercase a ella y dejar atrás tan estúpida situación.

—Es interesante este juego que os traéis entre los dos.

Cameron no se había dado cuenta de que la hermana de Rhona estaba de pie a su lado.

—No es ningún juego.

Ailsa sonrió cuando las mujeres empezaron a dispersarse al ver a la otra señora del castillo, tener cierta fama de huraña no iba mal en esas situaciones. Los habitantes del castillo temían su presencia, no en vano hubo un tiempo en que era una caprichosa insufrible, de mal genio y lengua mortífera. Todo eso había cambiado en ella, pero con una enorme satisfacción, aún no podía renunciar a que pensarán que era todavía la odiosa hija menor del traidor.

Se sentó junto a Cameron sin esperar ser invitada y pellizcó una de las deliciosas tartas de grosellas que él aún no había tocado.

—Acaba con esto, Cameron, mi hermana no te buscará, es su orgullo.

—Sí, su horrible orgullo, me he dado cuenta —farfulló Cameron a su cuñada.

—Fue lo único que siempre mantuvo viva a Rhona. Mi padre la menospreciaba por ser una mujer y el orgullo hacía que cada vez que él le pegaba, Rhona se irguiera ante su presencia, eso le evitó unos cuantos golpes. Mi padre la temía más que a cualquier guerrero, más cuando aprendió a manejar la daga y el arco. Maely Douglas enseñó a mi hermana.

—¿A ti no?

Ailsa bufó y esbozó una preciosa sonrisa que le recordó a Cameron la de Rhona.

—Yo pensaba que no era importante en esos años. —Se levantó con indolencia, con el último pellizco de tarta entre sus dedos, y se inclinó junto a Cameron—. Ve a ella, mi hermana no es paciente, ni mansa, por orgullo puede hacer cualquier tontería... y por amor... no lo sé, jamás la había visto mirar a nadie como te mira a ti, MacDonald.

Cameron observó perplejo a la hermana de su esposa, sería joven, pero esa mujer tenía razón. No había acertado a comprender por qué Ailsa estaba con ellos en el castillo, las mujeres viudas eran muy consideradas en los clanes, una muestra de respeto al *laird* muerto. Había atisbado, por los rumores, que su matrimonio no había sido muy normal. Recordaba al esposo de Ailsa, habían coincidido en la guerra, los rumores de que se sentía más atraído por los hombres que por las mujeres corrían de boca en boca, quizá engañó a Ailsa y por eso parecía guardar cierto rencor. El día anterior pensó no hacer caso de los otros rumores que decían que ella misma le había matado, podía ser hosca, pero no la veía capaz de matar a un hombre.

—Si te preguntas si maté a mi esposo, piensa lo que quieras. Si haces daño a mi hermana, entonces sí debes temer el hecho de tenerme bajo tu techo, Cameron Donald.

Cameron sonrió al ver a la joven girar su cabeza hacia él a modo de advertencia. Las mujeres MacLellan no eran como los hombres de su clan, si su padre hubiese tenido el mismo valor, ahora no serían las hijas del traidor.

Ailsa se sintió mejor, le hubiera dado dos patadas en el trasero a ese Donald tonto. ¿Acaso no veía que Rhona estaba enamorada? Le constaba, igual que al resto del castillo, que no dormían juntos, apenas se veían durante el día. Ailsa caminaba pensativa por el patio del castillo y levantó la mirada al oír la entrada de varios jinetes. Frunció el ceño. No conocía a esos hombres, los cuadros de sus tartanes eran los de los Gordon, sus vecinos. Eso explicaba que hubieran traspasado la férrea vigilancia que había impuesto Cameron.

El hombre que encabezaba la comitiva descendió del caballo y Ailsa lo observó con atención, era atractivo en su madurez, de cabello castaño y ojos del mismo tono. Al verla, sonrió con sinceridad. Ailsa lo reconoció, era Grant Gordon, uno de los airados pretendientes de su hermana. Sin embargo, su rostro no mostraba disgusto ni ganas de enfrentamiento, sino más bien

sorprea al encontrar allí a Ailsa. Hubo un tiempo en que Ailsa, siendo niña, suspiraba por Grant, tan alto y poderoso, mayor y gran guerrero.

Esperó a que se acercara a ella con paciencia, antaño, Ailsa hubiera corrido a recibir al invitado de forma despreocupada u hostil, según fuera su día. Ahora saludó con una reverencia, la vida le había enseñado a esperar, quizá la madurez había alcanzado su carácter.

—Grant Gordon, ¿qué os trae por nuestro castillo?

El *laird* de los Gordon, de una forma en extremo cortés, se inclinó ante ella sin poder borrar la admiración en su rostro.

—Mi señora, oí de la muerte de vuestro esposo, no sabía que estabais aquí. Lo siento.

—Tuteadme por favor, al fin y al cabo, somos vecinos otra vez. Mi hermana me ha acogido aquí.

Grant Gordon asintió azorado ante el ofrecimiento de Ailsa.

—Venía a cerciorarme de que Rhona está bien y a felicitar a Donald y a ella por su matrimonio.

—No creo que sea felicidad exactamente —susurró Ailsa para sí misma.

Por fortuna, Grant no lo escuchó y se esforzaba por no parecer nervioso. Lo recordaba con claridad, su padre lo había invitado varias veces a algunas reuniones al ser clanes vecinos. Ailsa se acercó a él, le seguía gustando Grant Gordon, a pesar de la, ahora, fea cicatriz en su mejilla, pero Ailsa ya había sufrido a un hombre demasiado hermoso para ser real, tanto que no era más que una imagen sin nada dentro.

—Entonces vayamos en busca de mi hermana, le alegrará veros. Iba hacia los establos, creo que se ha escondido allí —sugirió Ailsa, sabedora del tono coqueto que había empleado con Gordon.

—¿Escondido? —preguntó aturdido al obligarlo Ailsa a acercarse tanto a ella.

—A veces, las obligaciones del castillo son pesadas —argumentó sin dejar de sonreír. Le gustaba Gordon, y mucho.

Caminaron juntos ante la mirada interrogante de algunos de los soldados hasta llegar a los establos. Ailsa se detuvo en la entrada y le señaló a Gordon el interior.

—¿Te veré más tarde, Ailsa?

—Claro. Cuando acabes, puedes buscarme, quizá podamos salir a dar un paseo a caballo juntos.

Grant Gordon sonrió y Ailsa, como una tonta, sonrió a su vez. Sí, era un hombre muy atractivo, también podía entender a Rhona. Grant, comparado con Cameron Donald, era un hombre demasiado apacible, sincero y llano. El tipo de hombre al que Ailsa, hacía un año, y con su marido al lado, no hubiera mirado dos veces. Ahora Gordon despertaba en ella confianza.

Rhona había visto a su hermana con Grant Gordon por la puerta entreabierto del establo. Su ceño fruncido al ver a su insistente pretendiente cambió al ver como a Ailsa se le iluminaban los ojos al hablar con él. ¿Sería posible que Ailsa...?

—¡Rhona! Me alegra verte.

Rhona dejó las riendas a Alfred, y Grant y ella se inclinaron en señal de saludo.

—Grant, lo siento mucho —se adelantó a decir Rhona—. Quise disculparme, pero Cameron hizo que saliéramos tan apresurados de Edimburgo...

—¿Por no elegirme como tu esposo? No te preocupes, Rhona. He venido porque no deseo rencores entre nosotros, nuestras tierras lindan y siempre hubo paz entre nuestros clanes.

Rhona suspiró aliviada, Grant le caía bien, ahora que lo miraba con atención, sin la presión de

tener que elegirlo esposo, admiró su carácter.

—Estoy de acuerdo contigo, Grant. No hay lugar entre nosotros para enemistarnos, no ahora que Lennox, al sur, no es precisamente amigo de Cameron.

—¡Oh, sí! Recuerdo el incidente en el salón del rey. Cuando os ofendió. Si te sirve de consuelo, el rey dio una severa advertencia a Lennox, a él y a Lachlam MacKinnon para que no se acercaran a tierras MacLellan. Ahora Lennox estará lamiendo sus heridas, encerrado en su fortaleza.

—Cameron hizo bien, fue muy grosero. Me alegro de que el rey no lo castigara por dar su merecido a Lennox.

—Muchos lo fueron, Rhona —asintió Grant con una sonrisa resignada—. Ahora solo espero que podamos ser amigos. —Rhona frunció el ceño al ver indeciso a Gordon—. Hacía años que no veía a tu hermana Ailsa, me gustaría visitarla. —Así que era eso, a Gordon le atraía su hermana.

—Acaba de quedar viuda, me parece buena idea, tal vez la animes un poco, parece un poco triste.

Rhona suspiró, triste no era exactamente como Ailsa se mostraba, pero tal vez Ailsa y Grant...

—Iré a buscarla si no te importa, Rhona.

—En absoluto. Y gracias, Grant Gordon, por no mostrarte ofendido.

Él asintió y salió de los establos casi a la carrera en busca de Ailsa. Rhona dejó las riendas de cuero que había sostenido en sus manos junto a un cubo de agua. Que Gordon fuera su amigo era importante para los MacLellan, era un hombre razonable, sin duda hubiera sido lo correcto casarse con él y no con su obstinado esposo llevada por su tonto corazón. Se alisó la falda para alejar aquellos pensamientos y se regañó a sí misma al ver el ruedo de su vestido manchado de paja. Salió en busca de alguna mujer que acabara de enlazar su vestido, estaba cansada de recolocarlo a cada instante.

Cameron Donald sostenía su mano sobre la empuñadura de su espada. Caminaba con Keith hacia los establos cuando vio entrar a Grant Gordon dentro.

Detuvo a Keith a la espera de que fuera mentira lo que sospechaba. Lo vio salir un rato más tarde y a Rhona detrás. Su esposa tenía el vestido manchado de briznas de paja y el pelo desordenado. Apretó los dientes, desde el lugar en el que estaba, pudo ver su vestido desabrochado en la espalda al girarse hacia la entrada.

—No te anticipes, Cameron.

Keith intentó detenerlo, sabía lo que parecía, pero tenía la certeza de que Rhona jamás haría lo que su amigo pensaba. Nunca traicionaría a Cameron de esa forma, lo adoraba.

—Te lo dije, Keith. No hay mujer que sea fiel.

Keith renunció a parar a Cameron. Había hecho cuanto era posible para que comprendiera que Rhona lo amaba. Era hora de dejar que la tormenta cayera sobre el matrimonio y que pasara lo que tenía que ser.

Capítulo XXI



Cameron sentía hervir la sangre de todo su cuerpo. No llevaba casado con Rhona ni una semana y ella ya lo había traicionado. Debía haberlo esperado. Ella hubiera elegido a Grant Gordon y no a él; de no haberla comprometido como un estúpido, Gordon y ella estarían casados. Siguió sus pasos en silencio al interior del castillo. Vio como Rhona le pedía a una joven de las cocinas que abrochara aquellos dos malditos lazos de su vestido. Fue detrás cuando Rhona subió los escalones de la torre. Acechó en silencio, mientras la ira que recorría sus venas alcanzaba su pecho. Rhona no era mejor que su propia madre, que traicionó a su padre con su peor enemigo.

Vio como entraba en los aposentos en los que él debería estar durmiendo y no lejos de ella. Ahora lo entendía, Rhona no le quería cerca. Quería castigar a su esposa de la única forma que conocía, haría que suspirara por él de una forma que ella no conocía.

Entró despacio tras ella y cerró la puerta en silencio.

Rhona se giró, se estaba lavando el rostro y el cuello en un pequeño cuenco de agua. Cameron vio una sombra de miedo en sus ojos al percatarse de que había entrado en sus habitaciones. Al comprobar que era él, una sonrisa de alegría cruzó su rostro.

Parpadeó confuso. No era el rostro de culpabilidad que esperaba encontrar, el brillo gris de su mirada no era taimado ni engañoso. Había esperanza en los ojos de su esposa, aquella expresión que tantas veces lo había deslumbrado en la corte, algo parecido al amor.

—¿Cameron? —Rhona susurró su nombre, desconcertada. Allí estaba, de pie frente a ella, intentó soltar la empuñadura de su espada y apretó la mandíbula—. ¿Qué ocurre?

Cameron tomó aire, los pulmones le apretaban hasta dejarlo sin respiración. No quería creer que Rhona lo engañaba con Gordon. Ella no era así, no podía serlo.

—Te vi con Grant Gordon en los establos.

Rhona asintió confusa.

—Venía a felicitarnos por la boda, a decirnos que no hay rencores entre nuestros clanes. Me he alegrado, no quisiera enemistarme con los Gordon por culpa de nuestra boda.

—Nuestra boda —repitió Cameron.

Estaba cansado, siguió el recorrido de las gotas por el cuello de su esposa hasta alcanzar el escote de su vestido. Sí, haría que Rhona conociera el deseo y después la torturaría negándoselo.

Rhona no sabía por qué, después de días, Cameron al fin había entrado en sus aposentos y no de la forma que había esperado. Pensó en todo momento que Cameron sentía algo por ella, que olvidaría aquella extraña promesa de enviarla a un convento si no tenían hijos, lo que significaría que no se arriesgaría a hacer el amor con ella en un año. Ella, desde luego, hacía días que no pensaba cumplirlo, aunque no supiera coquetear o hacer esas caídas de ojos que veía hacer a las mujeres del castillo delante de él. No sabía tocar por accidente los músculos de sus brazos, ni apoyarse para no caer en aquel pecho amplio y poderoso. No sabía limpiar una miga imaginaria en aquel perfecto rostro. Cameron era demasiado hermoso para ella, lo sabía, y aun así era como la miel que atraía a un oso una y otra vez. Admiraba en secreto su forma de luchar, cuando con voz calmada ordenaba a algún MacLellan despistado que hiciera sus tareas. Era el hombre y el líder que admiraba con todo su corazón. Y lo deseaba. A cada instante del día y de la noche,

cuando era todavía peor, sola en aquella cama enorme.

—Grant es un buen hombre, me alegra saber que será nuestro amigo, con Lennox al sur, nunca estaremos seguros de que no ataca como represalia ante la humillación en la corte.

Cameron debería estar escuchando a su esposa, parecía inocente, ¿lo era? Él solo escuchaba «Grant, Grant, Grant», podía matar a ese mojigato sin dudar, atravesarlo con su espada, hacerse con su clan y... Cameron intentó respirar. Estaba celoso de ese idiota.

—Rhona, ¿serías capaz de traicionarme?

Rhona dio un respingo, apretó el paño mojado que aún sostenía entre las manos. Cameron tenía los ojos casi negros, el azul intenso de su mirada era casi de odio. Rhona entonces se dio cuenta, Cameron tal vez había visto a Grant entrar en los establos, luego salir con ella detrás... la madre de Cameron traicionó a su padre... ¿De verdad Cameron insinuaba que podía engañarlo con otro hombre?

—Jamás.

Cameron retrocedió ante la seguridad de Rhona. En un momento vio en su mirada que comprendía aquello que él insinuaba.

—¿Tengo que creerte? Te vi salir de los establos después de él.

Rhona dio un paso, otro más hacia él. No temía a Cameron, solo temía aquella expresión de duda en su rostro. Tuvo que levantar la cabeza para enfrentar sus ojos.

—No quiero a otro hombre. Te elegí a ti, aunque tú ni siquiera consideraras convertirte en mi esposo.

Cameron notó en su voz la duda, la desconfianza en sí misma de Rhona. Hacía tiempo que había visto su vulnerabilidad. ¿Es que no era consciente de lo hermosa que era? Cualquier hombre mataría por ella. Él lo haría. Fue entonces cuando reconoció sus celos, quería matar a Gordon, a Lachlam, a todo aquel que hubiera mirado a Rhona en algún momento o aspirado a tenerla. Lennox, con sus manos sudorosas al tocar la de Rhona en aquellos jardines, la visita de Gordon, lo estaban volviendo loco. El último paso lo dio él hacia su esposa. Abrazó su cintura mientras la ira recorría cada parte de su cuerpo con fiereza. No se podía confiar en ninguna mujer.

—¿Cameron? —susurró Rhona cuando sintió la fuerza de sus manos sobre sus caderas.

Rhona, por primera vez, tembló ante Cameron, su mirada era distinta y peligrosa, sus ojos color cobalto estaban oscuros. Solo sabía que Cameron había malinterpretado la visita de su vecino, cierto es que había sido su pretendiente, que para ella había sido la mejor opción, pero ante él, ningún hombre tenía medida con que compararse.

Cameron cogió su cintura con fuerza y la besó, no como aquella noche en el castillo de Edimburgo, con suavidad y delicadeza, sino que apretó sus labios contra los suyos, introdujo la lengua con una avidez que la sorprendió. La deseaba, lo sentía en su mente inocente, en el modo en que respondió su cuerpo ansioso de sus caricias. Desfalleció entre sus brazos con un gemido, se entregó a aquel beso con todo su corazón. Las manos de Cameron se deslizaron por su espalda, aferró sus nalgas contra él, la instó a moverse con rapidez hacia atrás hasta notar como ambos caían en el lecho. Sobre ella, Cameron llevó las manos a sus pechos, los mesó y apretó, mientras su rostro se abalanzaba a un lado y a otro con la respiración sobre sus labios. Rhona nunca creyó que aquel fuego que abrasaba su boca, su pecho, su entrepierna, fuera posible; era deseo, pasión adormecida durante años de frío control que ahora quemaban su piel. Cameron ahuecó su cuerpo sobre ella, miraba a Rhona con toda la oscuridad que surgía de su alma y ella solo podía cerrar los ojos antes de que ardieran en deseo, entonces, metió la mano bajo sus faldas

y sus dedos se deslizaron por la abertura de su sexo. Cameron gruñó al notar la humedad de su interior y Rhona no lo soportó más. Arañó su espalda, sabedora de las marcas que produciría sobre sus músculos, se aferró a sus brazos duros como la roca hasta que Cameron, sin más preámbulos, la penetró. Fuerte. De un movimiento. Podía no volver a hablarle en días si no quería, podía dirigir su castillo sin tener en cuenta sus opiniones e incluso podía hacerse con su alma como el demonio en que parecía haberse convertido; más tarde pensaría en todo ello, porque ahora solo encorvaba su cuerpo, tocaba y disfrutaba del de su esposo con la sangre quemando en sus venas. Era tan hermoso su cuerpo, su rostro, hasta las cicatrices más profundas en la piel causaban en Rhona admiración. Lo amaba, por todos los cielos que lo amaba, fuera lo que fuera que había llevado a Cameron a su cama.

Cameron estaba sin respiración, exploraba cada parte del cuerpo de Rhona, besaba sus pechos, los apretaba, se deleitaba en como ella se erguía hacia él sin reparo. Miraba cada expresión de su rostro, sus ojos cerrados, gozaba con el tacto de su piel suave y sus gemidos sin vergüenza. Su mujer no era la fría hija del traidor, era fuego y pasión, y lo arrollaba con su indecente forma de atraparlo entre sus dedos. Al penetrar su interior lo sintió estrecho y cálido, casi virginal, y Cameron se detuvo un instante, justo antes de sentir como Rhona envolvía su miembro con la humedad del placer. Fue entonces cuando comprendió lo que estaba haciendo, había jurado no tocar a su esposa, no darle un hijo, ella había estado a solas hacía un momento con Gordon. La pasión se fue y vino la ira ciega de los celos, los sentía, hasta podía morder el veneno que corría por su boca. Sintió como estaba a punto de derramar su semilla sobre ella, enardecido por aquella hermosa mujer, su esposa. Enrolló sus manos en el cabello de Rhona y se preguntó si le estaba haciendo daño, pero estaba muy lejos de la razón y la ternura. Embistió ciego por obtener hasta el último jadeo de Rhona contra su piel. A pesar de todo, Cameron retrocedió en el último momento, cuando los temblores de Rhona cesaron. Esparció su semilla entre las ondulaciones de las sábanas y retrocedió al salir de ella. Su mujer era una bruja, había pretendido castigarla con el placer para después dejar que suplicara por la culminación de la que tanto desconocía y, en cambio, se había quedado atrapado entre sus manos delicadas, su cuerpo ardiente de pasión. Solo había faltado un instante para romper su promesa y hacerla suya por completo. Llevado por la locura, apoyó su mano contra el corazón de su esposa, como si fuera capaz de ver a través de la piel, sintió sus latidos desbocados todavía y su respiración melosa.

Se levantó, horrorizado por sus toscas formas, había tratado a su esposa como a cualquier amante, pero ella no era una más. Había sentido algo en el alma al penetrar su interior, lo mismo que la primera vez, su pecho se había encogido como si fuera preso de Rhona. Sabía que no sería jamás desleal con él, y a pesar de ese pensamiento, los celos habían hecho hervir su sangre. Se vistió sin mirar a su esposa, y cuando lo hizo, ella solo observaba la mancha sobre las sábanas, horrorizada. Rhona acababa de darse cuenta de que podían yacer juntos, pero Cameron cumpliría su promesa, y tras un año, la enviaría a un convento, sin esperar un heredero, deshonrada y repudiada por su terco esposo.

—No vuelvas a ver a solas a ningún hombre, Grant Gordon no es bien recibido en tierras MacLellan, házselo saber de inmediato.

Rhona no pudo ni siquiera enfadarse ni protestar. Su esposo no confiaba en ella, aquella muestra de pasión solo era la marca de un hombre sobre su propiedad, su esposa. Se juró que por mucho que Cameron tentara su cuerpo, no volvería a yacer con él nunca más.

Rhona se sentía como una cobarde y era consciente de ello, evitó a Cameron y su mirada

helada cuanto pudo. Era bastante fácil, Cameron parecía haber enloquecido, y con él, el castillo MacLellan. Se comportaba como un loco muy cuerdo obsesionado con las defensas, ordenaba las guardias en las almenas, vigilaba a los hombres a todas horas, Thomas, el guardián del castillo, lo seguía para intentar complacerlo en un intento vano de recibir su aceptación, y Keith pronto se vio entrenando sin descanso a los soldados, desde la salida del sol hasta el anochecer. Cameron parecía querer convertir a su clan en un ejército de mercenarios y Rhona sabía que solo deseaba que fueran igual de temerarios que los Donald. Quizá estuviera aún preocupado por su intento de secuestro, pero habían pasado semanas y nada más había ocurrido, por lo que Rhona pensó que el hermano de Cameron se habría rendido sabedor de que ahora era el señor de los MacLellan y no pretendía regresar a su hogar.

Rhona empezó a evitar a Cameron, y a la vez, lo observaba en la distancia. Salió del gran salón a tiempo para verlo en lo alto de las almenas del patio interior. Si hasta entonces lo había admirado, ahora se sentía arrasada por el deseo de estar a su lado, de tocarlo, de escuchar su sonrisa. En su lugar, lo vio dar órdenes enérgicas, se notaba que los hombres a su mando lo respetaban. Sonrió sin querer, jamás pensó que el mismo hombre al que había comparado con un trovador podía ser tan trabajador, quedaba muy lejos de aquel que se regodeaba en los salones y disfrutaba de la hospitalidad del rey.

Cameron bajó a los pies de la muralla para tener una mejor perspectiva. Había pedido a los aldeanos que fueran a ayudar al castillo, para su propia sorpresa, había tenido gran número de voluntarios para reparar las piedras caídas. Aquel castillo no era nada sin murallas que lo defendieran, aquel que lo construyera sin defensas naturales debía estar loco o muy borracho. Si Lennox o cualquiera que los había atacado en el bosque pretendía atacar, lo haría por ese punto débil. Sintió el familiar cosquilleo y supo que en algún lugar cerca de él estaba Rhona. Su esposa. Nunca sospechó que echaría de menos los días que pasaban juntos en el castillo de Edimburgo, añoraba su media sonrisa, sus ojos grises puestos en él, la forma en que fruncía el ceño al regañarlo con aquel dedo acusador.

Keith fue hacia él con paso ligero. Cameron sospechaba que andaba en líos con alguna de las muchachas del pueblo, era curioso que fuera su amigo quien siempre le dijera que debía sentar la cabeza, cuando no se aplicaba sus propios consejos. Cameron pensaba demasiado en ese tipo de cosas que nunca le habían molestado, más que demasiado en Rhona, porque otra vez se hallaba buscándola entre las gentes del castillo sin entender qué intentaba explicar Keith acerca de las piedras. Al fin la encontró, en las puertas de las cocinas, atisbando desde dentro. Cameron sonrió, intentaba alejarse de ella, Rhona de él, y ambos sabían que al final se atraían sin remedio. Si su esposa continuaba espiándolo, tendría que cargársela al hombro como si fuera una bestia del norte y llevarla a su lecho.

Inmerso en sus pensamientos, sintió como alguien gritaba desde arriba, Keith lo empujaba con una fuerza inusitada y Cameron, en lugar de apartarse, fue a dar un puñetazo a su amigo; al pillarlo desprevenido, Keith lo mandó al suelo unos centímetros más allá.

El grito de Rhona resonó en un eco por todo el patio de armas, le sucedieron los de los hombres. Cameron se levantó con dificultad, una enorme piedra, del tamaño de dos hombres, le había rasgado el brazo al caer desde lo alto de las almenas que estaban reparando. Miró su propia sangre y después a Keith, que bufaba por el esfuerzo de empujarlo.

Ambos miraron hacia arriba, los hombres, atemorizados, miraron hacia abajo sin comprender cómo había podido caer semejante piedra y nadie saber qué había ocurrido.

—Cameron, podía haberte matado.

Cameron sintió la mano de Rhona agarrar su brazo, el calor de sus dedos en la piel cerca de la herida lo hizo reaccionar.

—No te preocupes, Rhona, no ha sido nada.

—Por favor, deja que te cure —suplicó. Se mordió el labio mientras inspeccionaba la herida, había sido un roce que escocía como mil demonios.

—Ve arriba, Keith, intenta averiguar qué ha pasado, tienen que ser más cuidadosos, si no me hubieras empujado...

—Estarías aplastado —le cortó Keith—. Cameron, ten más cuidado, joder.

Keith se marchó enfadado, dando gritos, llamando inútiles a los hombres. A veces, Rhona se asombraba de la amistad que Keith y Cameron tenían, tan profunda y limpia que a veces le provocaba envidia, solo con Maely había tenido algo parecido y ella siempre insistía en que la diferencia de rango las separaba.

—Déjame curarte, Cameron, no tardaré.

Cameron bajó los ojos, temeroso, no tenía miedo de una piedra, de una guerra, de mil enemigos, solo de aquellos ojos color de tormenta. Desde que habían estado juntos, el corazón se paraba al ver a Rhona. Asintió como un tonto y la siguió al interior, se dejó guiar por su pequeña esposa de la mano. Le dolía la herida, pero estaba más preocupado por la forma armoniosa con que caminaba Rhona. Lo hizo sentar en las cocinas, en el momento que las muchachas que removían las ollas y cortaban las verduras lo vieron, hicieron el ademán de acudir. Rhona levantó la cabeza y todas se mantuvieron en su lugar.

—Peggie, ¿puedes traer mis cosas?, por favor.

Rhona se dirigió a la anciana cocinera, llevaba con ella desde niña, cuando Rhona intentaba robarle el pan recién horneado y ella le daba con el cucharón en la mano. Peggie fue a la alacena y descolgó una bolsa que solían utilizar para pequeñas heridas, si era más grave, todos llamaban a la curandera, Margaret. Peggie se acercó con una sonrisa, azuzó con un gesto a los perros que aguardaban cerca de la puerta en espera de algún regalo en forma de hueso.

—Señora, os dije que deberíamos echar a estos perros, los he pillado más de una vez en las cocinas. ¡Oh! ¡¿Pero qué os ha pasado, mi señor? Disculparme, *laird*, ¡pero sois en verdad muy torpe!

Rhona frunció el ceño ante las palabras de Peggie, pero aún más cuando Cameron se sonrojó como un muchacho.

—¿Torpe? ¿Es que ha habido más accidentes?

—El otro día me pidió un ungüento, ¡se cayó por la escalera! ¿Podéis creerlo, señora?

Rhona no dijo una palabra más, no quería que Peggie y los demás supieran que no hablaba con Cameron, ni siquiera sabía dónde estaba durante el día, y lo que más desesperaba a Rhona, tampoco por la noche.

—Trae agua, Peggie, ya me ocupo yo.

Rhona estaba deseosa de que la mujer se alejara para preguntarle por su caída.

Cameron sonrió a medias, en sus mejillas se dibujaron dos perfectos hoyuelos. Entendía lo que William Douglas había dicho en una ocasión, las mujeres lo adoraban. Miradas furtivas se deslizaban por la cocina a pesar de que todas las muchachas del castillo se comportaban de manera decorosa. Algunos murmullos y sonrojos se sucedieron cuando Rhona tomó su brazo. Fue un poco más brusca de lo que acostumbraba cuando limpió la herida, enfadada por la atención que despertaba su esposo en las cocinas.

—Tenemos que hablar, Cameron —susurró tan cerca de él que Cameron apenas la escuchó.

Rhona se mordió el labio, no había dicho nada acerca del ataque semanas atrás, había mantenido el secreto acerca de que aquellos hombres intentaban matarlo por orden de su hermano. Se había confiado al no haber más altercados, creía que estaban seguros en el castillo. El hecho de que ya fueran dos los accidentes que había sufrido Cameron entre aquellas paredes hizo pensar a Rhona que el peligro no había pasado, sus enemigos estaban entre ellos.

—No te preocupes, estaba en la torre, me disponía a bajar y la puerta de acceso a las almenas se cerró de golpe con el viento. Me impulsó hacia delante y solo rodé unos cuantos escalones.

Rhona sabía que debían haber sido más que unos escalones. Apartó el pelo de Cameron, esos mechones sobre los ojos que tanto podían irritarla. Una parte de su frente aún estaba abultada y teñida de púrpura y amarillo. Para su sorpresa, Cameron giró su muñeca y agarró su brazo con delicadeza.

—Cameron, ¿crees que han sido accidentes?

Frunció el ceño.

—Lo han sido, Rhona.

Rhona intentó tomar valor para decirle la verdad, contar sus sospechas y que Cameron fuera más precavido, pero no tenía pruebas. Era consciente de la lealtad y cariño que profesaba a su hermano, tal vez pensara que quería enemistar a ambos. Con los ojos color del mar sobre los suyos, sonrió, no podía romperle el corazón si no estaba segura. Hablaría con Keith y los hombres que estaban en las almenas acerca del accidente, alguien tenía que haber visto al culpable, no pararía hasta encontrar a los hombres de John MacDonald.

—¿Acaso estás buscando pruebas para determinar que no puedo ser un buen *laird* para los MacLellan?

Cameron había malinterpretado su preocupación. Horrorizada de que la creyera capaz de seguir con aquellas tontas promesas, se soltó de su brazo.

—No, Cameron, sé que eres muy capaz, y el día que el rey me pregunte se lo diré yo misma. O tal vez el día que me arrojes a las puertas de un convento le envíe una misiva para confirmarlo.

Acabó de vendar la herida con un tirón, recogió todas las cosas sobre la mesa y se fue antes de que Cameron fuera consciente de lo que acababa de decir. Cameron se mesó el cabello, ¿por qué no podía dejar de desconfiar de Rhona? Ella se había preocupado tanto por el derrumbe, ¡parecía tan sincera! No debía dejarse influenciar por esos bonitos ojos grises y su hermoso rostro, debía recordar la lección aprendida con dureza por parte de su madre. No se podía confiar en las mujeres.

Capítulo XXII



Rhona vio como, una y otra vez, cuando ambos se enfrentaban, Cameron se entregaba con mayor ahínco al duro trabajo de reconstruir las defensas, entrenar a los hombres y caer rendido en cualquier lugar que le sirviera para dormir. Apreciaba todo lo que hacía, ella era fiel a su clan, pero no soportaba ver en cada lugar la sombra de su padre, lo que les hizo pasar de niñas, los golpes y palizas sin sentido. Los oscuros recuerdos habían dañado su feliz vida allí, mientras Cameron se entregaba a restaurar un lugar que ella ya no apreciaba ni sentía como suyo, llegó a preguntarse si todo ese esfuerzo no sería para demostrarle a ella que era digno de ser el *laird*. Enseguida desechó la idea, Cameron era tan seguro de sí mismo que no podía ser la causa de aquel comportamiento febril.

Tres días después de aquella furia de Cameron, descargada en el duro trabajo, Thomas fue a quejarse, Keith suplicó a Rhona que hablara con él; Alfred, el jefe de los establos, rogaba porque lo alejara de allí. Jamás pensó que Cameron tendría en cuenta sus opiniones, tal vez sí, lo que nunca imaginó es que era capaz de relegarla a las tareas de la casa. Rhona lo miraba en la distancia, se había convertido en muda testigo de lo que Cameron pedía a sus hombres y no fue a hablar con él, dejó que las cosas continuaran así.

De lo único que Cameron dejaba que se ocupara, y era porque él jamás aparecía por las cocinas, era de la comida y provisiones. Rhona entró en las cocinas casi a la carrera, la cocinera había enviado en su busca a una de las muchachas, Peggie era una mujer muy agradable y cantarina, siempre había alboroto a cualquier hora del día, pero cuando Rhona entró, Peggie hablaba en susurros con Ailsa. Su hermana tenía el rostro pálido y ambas miraban hacia el suelo. Sobre la mesa estaba el guiso que llevaban de las cocinas a los hombres que trabajaban fuera y servían en pequeñas escudillas de madera.

Rhona se hizo paso entre ambas y vio a uno de los perros que rondaban las cocinas en el suelo. Los ojos del pobre animal estaban rojos, de la boca salía un reguero blanco que debía haber sido espuma. Estaba muerto.

—¡Oh, señora! —gimió Peggie—. Sé que siempre renegaba de los perros, pero mirad, ¡pobrecito! Le di una escudilla del guiso que acababa de sacar del fuego, ¡me daba tanta pena!

—¿Qué ha ocurrido?

Su hermana hizo que se girara y le señaló el guiso de cordero y verduras. Rhona no vio nada raro en la carne, hasta que un aroma fuerte no le cuadró con la receta que siempre preparaba Peggie. Fue a meter el dedo y Ailsa le dio un manotazo.

—¡No seas tonta, Rhona! Está envenenado, mira al perro. Peggie le dio un poco y ha muerto en minutos.

—¿Querían envenenar a los hombres?

—O a ti, o a mí, o a Cameron, o a todos, Rhona. Te conozco, veo que no es una sorpresa, tu rostro habla por ti, hermana. Nunca has sabido ocultar nada.

Rhona alejó a Ailsa de Peggie, que se limpiaba las lágrimas con un paño tan sucio que se dejó la cara manchada de hollín. Arrastró al pobre perro fuera de las cocinas y lo tapó con delicadeza. Rhona necesitaba contárselo a alguien, necesitaba aliados que cuidaran de Cameron.

—Creo que alguien intenta matar a Cameron. —Ailsa alzó la ceja en señal de que continuara explicándose—. Ha tenido varios accidentes en el castillo...

—Y os atacaron cuando veníais de camino. Lo he oído, pero los hombres dicen que había sido alguno de tus prometidos. Douglas afirma que había un tal Lennox que juró vengarse de vosotros.

—No es él. Lennox es demasiado estúpido.

—Si vas a acusar a Gordon, tengo que decirte...

—No es Gordon. Es el hermano de Cameron. Douglas dice que las gentes Donald están abandonando el clan, huyendo. Creo que se dirigen hacia aquí, en busca de asilo, quieren derrocar al hermano de Cameron, se llama John.

—¡Que nombre más insulso para un malvado!

Rhona en otro momento hubiera reído ante las cosas de su hermana, pero aquello era mucho más grave de lo que creía.

—Debes contárselo a Cameron enseguida.

—Adora a su hermano, habla siempre de él como si John no pudiera hacer nunca nada malo. Le romperé el corazón, Ailsa.

—O le mataran antes, sale de cacería ahora mismo, iba a buscarte cuando Peggie vino a contarme esto. Iba a obligarte a acompañar a tu esposo, ahora no puedes dejar que salga del castillo, aquellos que pretenden matarlo estarán desesperados ante su fracaso con el veneno.

Un cuerno de llamada llamó a los hombres para la caza.

«Demasiado tarde», pensó Rhona.

Las quejas debieron llegar a oídos de Cameron y había organizado una cacería para dar descanso a los guardias. Rhona observaba el movimiento de los hombres y monturas en el patio con el ceño fruncido. Cameron ni siquiera le dirigió la mirada cuando se apostó frente a la entrada al castillo en espera de que todos estuvieran dispuestos.

—He invitado a Gordon. Puede sernos de ayuda, Rhona. Tal vez, en sus idas y venidas, haya visto a alguien extraño entrar y salir del castillo. Puede ser cualquiera, no confíes en nadie. Bueno, en Gordon sí, es... de confianza.

Rhona sonrió a pesar de la preocupación, la voz de su hermana sonó casi casi enamorada al situarse a su lado.

—Grant Gordon ha venido casi todos los días pese a la prohibición de mi esposo. Sé todo lo que pasa en este castillo, Ailsa.

—Tu esposo no puede prohibirme ver a nadie.

—En realidad, sí.

—Pues haremos que no se entere. Gordon me espera fuera de los muros en un rato. Hablaré con él.

Rhona se permitió sonreír, su hermana había cambiado, pero aún conservaba su valentía. Enlazó su brazo con el de Ailsa y acarició su mano.

—Me alegro de que estés aquí, Ailsa. ¿Sabes que si tú y Gordon queréis...?

—¡Oh, por favor! Soy viuda, no te pediré permiso si él decide comprometerse conmigo. ¡Y no esperaré a pasar el luto!

—No iba a pedírtelo.

—¿Y desde cuando eres tan comprensiva, Rhona? Hace algún tiempo, me hubieras alejado de Gordon por ser impropio, harías que guardara luto, vestida de negro de arriba abajo, no sé siquiera si me hubieras obligado a regresar, como viuda, a la familia de mi «amado esposo».

—Creo, Ailsa, que era demasiado rígida, formal y fría.

—¡Por todos los cielos, Cameron Donald te ha ablandado!

—No, solo me ha roto el corazón. La única vez que se acercó a mí fue porque creía que Gordon era mi amante.

Leslie, su anciana aya, se acercó a ellas con esa expresión furiosa que ambas conocían desde niñas y hacía que temblaran. En las manos llevaba una capa, el invierno se había adelantado y una suave brisa corría desde hacía días por las praderas de las Lowlands.

—Toma, Rhona, tu capa. Alfred ha preparado tu caballo. Ve con tu esposo de caza.

—Leslie, él no me ha invitado —contestó Rhona como si se tratara de una niña pequeña.

—No pienso seguir viendo cómo te marchitas de amor, mi niña nunca fue una cobarde.

Inspiró hondo, no, nunca fue una cobarde, ni evitó una buena pelea. Alfred guio su caballo hasta ella, en el lateral colgaba el regalo de su amiga Maely, el arco y las flechas. No iba a ir con la partida de caza por sí misma, necesitaba advertir a Keith, vigilar a Cameron, no podía permitir que le pasara nada a su esposo, ahora que tenía la certeza de que había callado durante demasiado tiempo y los hombres de John estaban entre ellos.

Los hombres MacLellan no se mostraron entusiasmados, sabían que Rhona con el arco era imbatible, todas las buenas piezas serían para ella o el *laird*. Decidida, los miró a todos con sus ojos grises cargados de reproche y montó. No iba de cacería, iba a vigilar a su esposo. Sentía la mirada de Cameron sobre ella al acercarse a James Douglas, a su lado podría advertirlo igual que a Keith.

Cuando Cameron azuzó la partida de caza, Rhona lo vio salir el primero por la puerta del patio. Atravesó la muralla sin dedicarle ni una palabra cuando pasó a unos metros de ella.

—Tonto *highlander* —susurró.

—Piensa, querida, que aún puedes clavarle una flecha en la espalda.

No tuvo más remedio que sonreír, James Douglas siempre hacía que todo fuera más fácil. Se preguntó que hacía aún en el castillo MacLellan, tal vez asegurarse, por orden del rey, de que Cameron y ella no se matasen.

Los batidores los llevaron hacia los bosques del norte y Rhona pensó en cómo se decepcionaría Cameron. Sus bosques eran amables y poco extensos comparados con los del norte de Escocia. Las hojas más altas comenzaban a tornarse marrones en sus puntas y las praderas comenzaban a teñirse de púrpura y amarillo. El tenue sol se reflejaba en las hojas verdes de los arbustos, y los árboles apuntaban sus copas hacia la caricia del resplandor diurno. Por primera vez en días, se permitió respirar relajada dejando su caballo trotar. Estar en el castillo agotaba su paciencia, un halo de tristeza parecía rodearlo, tantos que se fueron, desaparecieron, pero que no se llevaron la inquina ni las lágrimas con ellos. A veces, sentía que en cualquier momento su padre aparecería en el salón, furioso con algo que ella había hecho mal. Agitó la cabeza a un lado y otro, negándose a que el recuerdo de aquellos años perturbara la visión de sus tierras.

La figura de Cameron estaba delante de ella, sus hombros seguían el movimiento del caballo como si hubiera nacido encima de uno. Su forma de montar era magnífica, aquel conjunto de músculos se movía al compás de una música imaginaria. Se había puesto su *cotum*, igual que la gran mayoría de los hombres, y el cuero lucía brillante ante la claridad. Llevaba otra vez el pelo desordenado, necesitaba un corte, Rhona suspiró al pensar en tocar su cuello y sus hombros. ¿Dejaría que se lo cortara?

Se alejaron bastante, hasta encontrar los bosques de troncos pardos y alargados, el suelo apenas cubierto de hojarasca y sí de restos de ramas secas que crujían bajo los cascos de los

caballos. Necesitaban caza para la próxima estación, en cuanto aparecieran los primeros frutos de otoño, Rhona enviaría a las mujeres a recogerlos, tenían que prepararse para el duro invierno. Pensó en Cameron, en cómo echaría de menos saber de su gente al norte. Como si lo hubiera invocado, él se giró sin aminorar el paso. Al ver que Rhona lo observaba, sonrió con tristeza, sus ojos eran dulces, habían abandonado la dureza de los últimos días. ¿Por qué si sufría como ella no se acercaba y cabalgaba a su lado?

El pequeño sendero a través del bosque hizo que los hombres se concentraran en una fila y Rhona aprovechó para adelantarse hacia él. Se acabó. Pensaba utilizar sus artes de seducción tan escasas con su esposo, había aprendido mucho de las muchachas del castillo en persecución de Cameron. No lo hacían para ofenderla, es que su esposo cuando quería podía ser irresistible, tampoco ayudaba que todas supieran que no yacían juntos y él no le dirigía la palabra. A pesar de ello, Cameron no mostraba atisbo de coquetear ni prestar mayor atención a ninguna de ellas.

—No te gusta este lugar, ¿verdad?

Cameron apenas ladeó la cabeza y Rhona pensó que ignoraría su pregunta, como si no la escuchase.

—Es mucho más diferente de lo que imaginaba, no parece la misma tierra. Mi hogar tiene espesos bosques interminables donde los troncos altos de los árboles no dejan ver la luz, hasta eso es diferente, es más clara y deslumbrante, aunque no brille el sol. Hay calveros igual de extensos, es ahí donde la piedra está cubierta de musgo y el mar está constantemente embravecido, aquí todo parece demasiado sereno, ni siquiera el aire brama al caer la noche, ni la niebla esconde los paisajes.

Rhona deseaba decirle una y mil cosas, todos aquellos pensamientos que surgían en su mente y moría por contarle a su esposo. Debía ser cauta, Cameron parecía tranquilo, a pesar de que no cruzara sus ojos con ella.

—Y los hombres del clan MacLellan tampoco son como los *highlanders*.

—No lo son, tienen coraje, valor, desean servirte, pero les falta la furia que parece dominar el carácter de todo gran guerrero del norte.

—No puedes convertir su carácter, Cameron —suspiró. «Como yo no puedo hacer que me ames», pensó con tristeza, «¿qué tengo de especial y diferente a tantas mujeres que lo habrán intentado?».

—Lo sé. Solo quiero, o al menos deseo, que su sangre hierva al compás de una espada, si Bruce, nuestro rey, es de las Tierras bajas y lo ha conseguido, yo también puedo caldear el carácter de tus soldados.

—No son míos, ya no. Ahora tú eres su señor.

—Sabes manejar la daga y el arco mejor que muchos de ellos. Nunca serán fieles a mí, sino a ti, la única señora que han conocido desde siempre. No es un reproche, es la verdad.

—Te respetan, Cameron. Solo tienen que confiar en ti. Mi padre no era un buen señor, los sometía, los castigaba, nunca han tenido un *laird* como tú.

—Tendrás que ayudarme, Rhona, a pesar de nuestras disputas, deseo ser el *laird* que esperan de mí.

Aquellas palabras calentaron el ánimo de Rhona, puede que Cameron la creyera capaz de traicionarlo, que la enviara a un convento, que jamás llegaran a estar de acuerdo con nada, pero aquella cesión, la petición de ayuda... Que el cielo perdonara su estupidez, lo amaba. Él se inclinó sin previo aviso hacia ella y retiró unas hojas que tenía en el pelo con timidez. Él sonrió a medias, como si hubiera visto sus pensamientos una vez más y azuzó su caballo hacia la cabeza

de la comitiva. Con un guiño, la invitó a que lo siguiera.

Volvió a girarse una vez más para mirar hacia atrás, para asegurarse que fuera con él, y Rhona espoleó su montura como una muchachilla de catorce años. Cameron tenía ese poder sobre ella, hacer que su corazón latiera deprisa, que su sangre hirviera y su mente se redujera a la nada más absoluta. Cuando creía que el corazón de Cameron era frío y distante, hacía esos gestos colmados de cariño, improvisados y únicos. Por lo singulares que eran, los apreciaba todavía más.

Su esposo hizo un ademán rápido con la cabeza para que se desviaran del camino. Parecía un muchacho, con el pelo cayendo sobre los ojos. Rhona esta vez no se frenó, acercó su montura a la de él y con todo el valor que reunió, hizo que fuera más despacio. Cameron la miró, los ojos brillantes y pendiente de su rostro. Apartó el mechón de su cabello y sonrió esperanzada. Había un futuro para ellos, podía haberlo, debía creerlo. Cameron cogió su mano en cuanto lo hizo, volvió su muñeca con inusitada delicadeza y besó el dorso.

Escucharon carraspeos y sonrisitas tras ellos, pero en ese momento solo existían el uno para el otro. No más equívocos ni amenazas entre ellos. Los ojos de Cameron eran cálidos, teñidos de pasión y cariño. Existía un futuro juntos, no dudaría más del amor y su capacidad para unirlos.

Rhona lo escuchó antes incluso que Cameron, en el bosque solo se oían los pájaros y sus propias monturas. Un silbido fuerte atravesó el aire. Era arquera, aquel sonido había reverberado en sus oídos más que el de las palabras y las lecciones de latín que le daba el sacerdote del castillo. Era una flecha. Disparada desde tan cerca que cruzó junto a ella a tal velocidad que fue apenas perceptible. Quiso gritar, interponerse al ver la dirección de la saeta, apuntando hacia el pecho de Cameron. No hubo tiempo, Cameron se movió para salvar la vida de Rhona sin dudar y la flecha alcanzó la parte descubierta del *cotum*, entre el cuello y la clavícula. Rhona gritó demasiado tarde mientras veía a Cameron caer de su montura ante el impacto. Los hombres enseguida reaccionaron, la empujaron hacia un círculo, a modo de barrera, que ordenó formar Douglas alrededor de Cameron y ella. Rhona bajó del caballo y cayó encima del cuerpo de Cameron. Aún tenía los ojos abiertos, y su mirada fue de resignación. Tarde, Cameron comprendió, antes de sumirse en el sueño más profundo, que la amenaza siempre había sido hacia él, no hacia Rhona.

—¡Buscad entre los árboles! —gritó Keith a los hombres.

—La flecha ha partido de aquella colina —avisó James Douglas.

Rhona vio a James Douglas agacharse a su lado, con el rostro desencajado.

—¿Está vivo?

—Lo está —aseguró Rhona con la voz más firme de lo que sentía—. Vivirá o lo mataré yo misma —afirmó con rabia—. James, eres el único en quien puedo confiar, ve, encuentra al arquero que ha hecho esto, encuentra a todos —gimió.

Se aferró al *cotum* de Douglas. Ahora que Cameron y ella parecían cerrar sus cicatrices, no iba a vivir. Tenía tantas cosas que admitir ante él, que confesarle.

—Ha sido su hermano, su propio hermano intenta matarlo.

Douglas frunció el ceño, ¿creía acaso que había perdido la cabeza al verlo herido?

—Es una grave acusación, Rhona. ¿Por qué? Cameron ya tiene su propio clan y castillo, ¿para qué querría matarlo?

—John envió a esos hombres del río a secuestrarme para atraer a Cameron, lo escuché todo, James. Su hermano teme que vuelva para arrebatarme a sus hombres; por lo que esos dos forajidos decían, la gente de su clan no quiere seguir bajo su mandato, no es quien hubieran elegido. Su

pueblo está abandonando sus tierras.

—Los intentos de envenenar la comida, el derrumbamiento de las almenas, todo era para intentar acabar con Cameron y no contigo. Todos creíamos que era uno de tus prometidos.

—Nunca fue contra mí, pero jamás deseé que Cameron se enterara. Hice cuanto pude para mantenerlo a salvo.

»Y ocultarlo ante todos. Empecé a sospechar cuando la muralla se derrumbó sobre él, demasiados accidentes.

James entendió, al momento su semblante se oscureció, esa transformación que una y mil veces había visto en Cameron. Su esposo tenía razón, los *highlanders* tenían algo, una sombra oscura que se adueñaba de ellos y de su razón, la sangre hervía en sus corazones. James se levantó y se llevó el puño al corazón, ese gesto, otra vez, como cuando Cameron lo hizo en agradecimiento del oro que se mandaría a su hogar ante el rey. Era respeto, lealtad, familia. Rhona pensó que aquella ofensa iba más allá de Cameron, de los Donald, de Douglas, era una ofensa contra los deseos del rey. Había acogido a Cameron, lo había alejado de su clan para mantener la paz con John Donald y este había traicionado su promesa y la confianza del monarca.

—Los atraparé, muchacha, y cortaré el brazo del traidor que ha disparado esa flecha.

Rhona asintió al ver salir del círculo de protección a Douglas y llevarse a la mitad de sus hombres con él. Se arrodilló al instante junto a Cameron, que perdía mucha sangre, demasiada para ser una simple herida. Tapó lo que pudo alrededor de la flecha, arrancó la tela de su vestido sin vacilar para frenar la sangre que manaba del cuello. Cameron permanecía inconsciente y su rostro dormido contraído de dolor. Rhona dio la orden, en unos minutos, Keith llevaba a Cameron en su caballo de vuelta al castillo.

—Lo he oído, Rhona, todo. ¡Maldito traidor, John Donald!

Keith gritó aquello al cielo y Rhona supo que el viento traería los lamentos de una guerra contra los Donald. Y ella estaría al lado de su esposo, si sobrevivía.

Capítulo XXIII



La curandera levantó el rostro y negó con la cabeza. Llevaba horas tratando de salvar la vida de Cameron, sacó la flecha, limpió la herida, pero la fiebre no tardó en aparecer. Ante los ojos de Rhona, Cameron se debilitaba sin recobrar la consciencia.

—¿No puedes hacer más por él, Margaret?

—Rezar, mi señora. Es un hombre fuerte, he visto heridas peores sanar y mucho menos peligrosas acabar con personas sanas. Tiene que desear vivir, solo puedo deciros eso. Si la fiebre baja, aún hay que esperar a que despierte, se golpeó con fuerza al caer del caballo.

—¿Alguna de tus hierbas no puede ayudarlo a despertar?

—Debe descansar y ser alimentado con paciencia, señora. Tal vez despierte en horas o días.

Rhona esperó a que Margaret saliera de la habitación, era anciana y sabia, nadie podía cuidar mejor de Cameron que ella, ni siquiera confiaba en los monjes que sabían de curaciones, sus métodos se reducían, en general, en realizar sangrías y purgar a los heridos hasta debilitarlos más. Margaret siempre había cuidado de los MacLellan. Maely Douglas, su amiga, creció con ella y tenía fe ciega en sus remedios.

Maely. Hubiera deseado tener a su amiga al lado y pedirle consejo, ¿qué podían hacer? ¿Quedarse esperando el ataque de John Donald? ¿Dónde estaba James Douglas? ¿Por qué no había vuelto con la cabeza del atacante de Cameron?

Volvió junto al lecho y se echó en la cama al lado de él. Acercó su rostro al cuello de Cameron, lo sentía tibio, señal de que la fiebre no tardaría en aparecer y la lucha por su vida no tardaría en empezar. Miró al entramado de madera del techo, ¡cómo había deseado estar así con Cameron! En el instante que comenzaban a comprender que se pertenecían uno al otro, esa flecha había venido a separarlos a ambos. Habían desperdiciado un tiempo precioso en discusiones.

Margaret entró varias veces en la habitación para comprobar la herida. Había dejado de sangrar al fin, calló al ver a Rhona tumbada junto a su esposo la primera vez y las siguientes. Nadie fue capaz de arrancar a Rhona de aquellos aposentos, dormía junto a Cameron; cuando comenzaban los delirios, lo hacía en el suelo o sentada, mientras escuchaba las frases inconexas de su esposo. Entonces fue cuando empezó a conocer de verdad a Cameron Donald, al niño que fue a la guerra entre adultos, a quien su padre y su familia adoraba. Al pequeño desvalido que su hermano torturaba con bichos y amenazas. Al adolescente que comprendió como su madre había traicionado a su padre con sus enemigos. Lloraba como un muchacho al balbucear sobre el suicidio de su madre y después por la muerte de su padre. Rhona asistió a la oscuridad a la que se había entregado Cameron, a la gruesa capa de piedra que enterraba su corazón y su lealtad.

Acariciaba su rostro, a veces intentaba despertarlo sin resultado y tenía que llamar a Keith para que lo sujetara. Su amigo no decía nada ante los desvaríos de Cameron, solo esperaba a que se tranquilizara y volvía a dejarlos solos.

—Rhona...

Se incorporó de la silla al sentir la llamada de Cameron y se tumbó a su lado, su voz era baja y lenta. Se desesperó al ver que no la llamaba de nuevo, estaba otra vez en ese mundo de delirios

y oscuridad. Mojó el paño en el agua del cuenco y volvió a ponerlo sobre la frente de Cameron.

—Rhona —repitió al fin en mitad de un quejido—. Nunca quiso casarse conmigo, siempre con Gordon...

Frunció el ceño. Quería insultar a ese tonto esposo, ciego y estúpido que nunca había sabido ver que lo quería con todo su corazón. Se durmió cobijada contra su cuerpo tibio mientras era consciente de lo vulnerable que estaba Cameron y lo ciega que había estado ella. Debía haberle dicho cuanto le amaba y ser valiente. Un ruido rompió su sueño ligero y vio entrar a la curandera.

—¡Ah, Margaret! Me había quedado dormida.

Margaret sonrió a medias y apartó una guedeja de cabello claro de Rhona.

—Ya no tiene fiebre, señora.

Rhona se incorporó al instante para ver el rostro de Cameron.

—Pero no ha despertado.

—Está muy débil, tal vez no despierte, señora, lo he visto antes. Si no se alimenta, si no se mueve, al final... un golpe en la cabeza puede ser fatal. Rhona, deberías estar preparada por si no despierta más.

Negó con la cabeza incapaz de creer que no volvería a ver los ojos color océano de Cameron, que no podrían enzarzarse con mil pullas nunca más. ¿Cuántas cosas debería haberle dicho? Cientos.

Margaret se retiró y los dejó solos de nuevo. Solo entonces Rhona acarició el rostro de Cameron con ternura.

—Nunca creí tus tontas amenazas de llevarme a un convento, ni tú las mías, ¿verdad? Te he amado desde que entré en el palacio de Edimburgo y me sonreíste. Amo cada parte que dejas ver con la admiración de una chiquilla, pero aún más lo que nadie más que yo ha llegado a conocer: tu dolor por el rechazo de tu hermano, la tortura de saber a tu clan en otras manos, el sufrimiento al estar lejos de tu tierra, la decepción que produjo tu madre en ti. Amo incluso cuando eres inseguro y celoso, terco y arrogante, Cameron. Así que más te vale despertar, esposo, porque no permitiré que me dejes sola.

Observó los ojos cerrados, los parpados quietos, las mejillas con la sombra de la barba. Cameron no se movió.

—Es fuerte, hermana, despertará.

Ailsa estaba en la puerta, Rhona nunca había visto a su hermana llorar, al menos por los demás. Se limpió las lágrimas con la palma de ambas manos y se acercó para tender su mano a Rhona.

—No quiero dejarlo solo, Ailsa.

—Lo sé, Rhona, pero James Douglas ha vuelto, está en el salón, él y todos te esperan. Han cerrado las puertas de las murallas, hay decenas de personas ahí fuera.

—¿Qué hace aquí esa gente?

—Buscan a tu esposo.

Fue lo único que la hizo separarse de Cameron. Por un instante se miró el vestido arrugado y sudoroso, al tocar su pelo supo que sería como un nido de pájaros enredado, tendría que valer. Esperaba a James desde hacía días, temerosa de que no hubiera encontrado al atacante de Cameron. Siguió a su hermana y cuando entró al salón, le sorprendió encontrar a todos reunidos: Keith, su vecino Gordon, Thomas y Alfred, encargados de la defensa, y James Douglas. Su rostro era de preocupación, llevaba aún sus armas de guerra y el rostro manchado de tierra. Su

apariciencia era la de un hombre que no había dormido en días. Entonces, una pequeña figura emergió de detrás de él, oculta tras su imponente cuerpo, y Rhona creyó que veía visiones de viejos recuerdos en aquel mismo salón. Era Maely, su amiga, la hija de James. Vestía con esos pantalones que ceñían sus piernas, un *cotum* de cuero y la daga en su cinturón. El pelo negro recogido con un lazo de cuero que casi no le llegaba a los hombros.

—No seas tontina, Rhona MacLellan, no soy una aparición.

Como siempre, Maely había leído su pensamiento antes de que ella misma lo supiera.

—¿Qué haces tan al sur? ¡Quiero decir, me alegro de que estés aquí!

Ambas volvieron a dejarse llevar por la complicidad que siempre habían tenido y Rhona corrió a abrazar a su amiga. Maely no podía soltarla, una vez fue su guía, su hermana pequeña. Rhona, con su arrojo y determinación, siempre ayudó a todos a sobrellevar la tiranía de su padre, el *laird* MacLellan. El cariño inundó su corazón, la sensación de cercanía volvió a Rhona e hizo que se estremeciera.

—Yo también me alegro, Rhona —susurró Maely, nunca le había avergonzado llorar de alegría y de tristeza ante los demás, al contrario que a ella.

Rhona buscó con la mirada a su hermana, Ailsa y Maely habían tenido graves desavenencias, Connor Campbell llegó un día a aquel castillo para desposar a Ailsa en nombre del rey, y acabó casado con Maely Douglas.

—No te preocupes, hermana, Maely y yo hemos solucionado nuestras diferencias, aunque seguimos sin soportarnos, pero al fin hemos encontrado una cosa que nos une. —Ailsa arqueó la ceja, era obvio que ambas habían firmado la paz por ella.

—¡Buf! Siempre tan directa —la ironía de Maely le dijo a Rhona que podía relajarse. Ailsa y Maely no iban a matarse por el momento, aunque jamás serían amigas.

James Douglas puso una mano sobre el hombro de su hija para separar a ambas, Rhona entendió que aquello no era una visita de cortesía, algo grave ocurría.

—¿Encontraste al hombre que disparó la flecha, James?

—Me han dicho que Cameron no ha despertado —contestó con la voz rasposa.

—No lo ha hecho, pero en cualquier momento lo hará —intentó convencerse a sí misma y a los demás—. Dime si encontraste al hombre que le ha hecho esto.

—Lo encontramos, lo seguimos hasta el norte para asegurarnos de que volvía con los Donald. El muy cabrón se había camuflado junto a otro demonio, como dos campesinos que habían perdido su cosecha el invierno anterior y necesitaban trabajo en el castillo. Necesitábamos pruebas de que John, el hermano de Cameron, lo había enviado, y las tengo. De camino aquí, me encontré a mi hija en la senda de los lagos.

—Estábamos en lo cierto, ha sido John.

James asintió con rotundidad.

—Hay mucho más, Rhona —interrumpió Maely—. Se dirige al sur con un ejército Donald para asegurarse él mismo de acabar con Cameron. Su clan se ha revelado contra él, los ancianos expresaron su deseo de que fuera Cameron quien los dirigiera, y John no se lo tomó muy bien que digamos. Los mató uno por uno, el caos se apoderó de todos, muchas familias del clan huyeron al saber que Cameron tenía nuevas tierras para unirse a vosotros. Están ahora mismo a tus puertas, al saber que atravesaban tierras Campbell, me uní a ellos. La noticia de tu boda recorrió las Highlands y todos saben dónde encontrar a Cameron Donald. Te aseguro que son demasiados para poder acogerlos aquí, pero la situación para ellos era insostenible, se echaron a los caminos con todo lo que tenían. No pude dejarlos atravesar solos las Highlands.

—John piensa que, si acaba de una vez con Cameron, nadie podrá disputarle su lugar como *laird* de los Donald —continuó James—. Esas gentes hablan de que John quiere encabezar una revuelta en el norte.

Maely tomó su mano y Rhona sintió el frío de su piel, ella también sabía que se acercaba una guerra, y Cameron no podía defenderse, ni a él mismo ni a su clan.

—Cuentan atrocidades, Rhona. —Maely negó con la cabeza con tristeza—. John deja que sus hombres cometan abusos, roben, incluso los clanes vecinos quieren declarar la guerra a los Donald, él solo va a acabar con el clan entero. Lachlam MacKinnon ya se la ha declarado.

Rhona escuchaba a Maely, a James, las preguntas de Keith, preocupado acerca de sus propios parientes, y se preguntó qué haría Cameron en su lugar. Salvaría a su gente, sin un atisbo de duda, pero ¿y ella? ¿Arriesgaría a todo su clan, su hogar, para iniciar una guerra? Necesitaba pensar antes de actuar. Rhona ordenó abrir las puertas a los Donald.

Minutos más tarde atravesó las puertas del salón, el patio del castillo estaba lleno de familias enteras, apostadas contra las paredes, en las casas, en la entrada de los establos. Alfred se movía alrededor de ellos, les ofrecía agua, y Peggie, con un cazo, les servía escudillas de guiso de una olla. Uno de los guardias seguía a la anciana cocinera, mientras sostenía la pesada carga. Rhona caminó entre ellos, observaba los rostros de los niños, aquella gente no había dudado en abandonar su hogar con ancianos y niños pequeños en busca de una vida mejor junto a Cameron. ¿Cómo decirles a todos que Cameron estaba a un paso de la muerte? Rhona renegó para sí misma, Cameron no podía abandonarlos a todos ahora.

Una mujer se apoyaba contra la fría piedra del muro con un bebé, a su lado, dos niños aún pequeños dormían cerca de su regazo. Habría sido un duro viaje desde el norte, lleno de peligros, se arriesgaban a que los descubriera John antes de poder estar lo suficientemente lejos, y, aun así, habían huido. Sin pretenderlo, Rhona se detuvo frente a ella.

—¡No, por favor, no te levantes! —suplicó a la mujer—. Tenéis que descansar.

Una sonrisa iluminó su rostro cuando no le hizo caso y se inclinó ante ella. Rhona enseguida tomó sus antebrazos, ocupados por el bebé, e hizo que se incorporara.

—Gracias por acogernos, mi señora, mi nombre es Mairi, quería decirles que todos sabíamos que la mujer que el *laird* había elegido tendría que ser hermosa y buena. Nunca dudamos de que nos abriría las puertas del castillo. —Rhona se puso roja, del color de las moras—. El demonio de John Donald mató a mi marido, le dijo que tenía que pagar su parte de las rentas, no podíamos, el invierno está cerca y tendríamos que dejar morir a nuestros hijos, y entonces lo asesinó delante de mis niños.

—A mi pobre hija la violaron, llegaron por la noche, ella atravesaba el camino para ver a su nuevo sobrino. La atraparon, señora, la golpearon hasta matarla entre el barro.

Rhona miró con tristeza al hombre que se había acercado a ella, uno tras otro, le contaron las atrocidades de las que Maely le había hablado. Y ese hombre horrible y sus mercenarios se dirigían hacia su hogar. Rhona no podía abandonarlos, ni siquiera cuando Peggie la miró asustada, no había comida en el castillo para toda aquella gente, no duraría todo el invierno, tampoco había sitio para proporcionarles una cama caliente. Si un ejército se dirigía hacia allí, tenía que traer a los habitantes de la aldea, estaban desprotegidos tras las murallas, ¡y la gente de las granjas más alejadas, había que avisarlos!

Se vio rodeada de los Donald, que se preguntaban dónde estaba Cameron. Los MacLellan empezaban a inquietarse con la situación y también acudieron a Rhona.

Ailsa pasó por su lado y sonrió a la mujer del bebé, Mairi había dicho que se llamaba, se

dirigió a ella por su nombre.

—Podemos compartir mis aposentos, creo que incluso aquella familia también podría estar con nosotras. —La mujer del bebé parecía estar a punto de llorar, sumergió al pequeño entre Ailsa y ella en un abrazo.

—Gracias, Ailsa.

Rhona se sintió agradecida con su hermana, algunas familias más que vivían dentro del castillo se prestaron a apretujarse un poco. Alfred ofreció los establos a los soldados y Rhona tomó conciencia de que su gente había decidido antes que ella qué hacer.

Ailsa se acercó a ella, su hermana y Maely eran las dos personas en el mundo que más la conocían.

—Rhona, haz lo que tu corazón te dicte. Deja de pensar en lo mejor para todos, tu clan te apoya, y al parecer, lo que queda de los Donald también. Deja de ser lo que los demás esperan de ti, la fría y distante hija del traidor, y libera ese carácter de mil demonios que llevas dentro.

Rhona miró a su hermana y besó su mejilla. Ailsa tenía razón, era la hora de dejar de ser indiferente y ocultarse tras una cáscara vacía. Lucharía por el clan de Cameron como él hubiera hecho. ¡Ojalá estuviera a su lado para afrontar esta situación! Tal vez no estaría de acuerdo con enfrentarse a su propio hermano, pero ella sí estaba allí, y no pensaba dedicarse a pasear por los jardines y bordar cerca de la chimenea. A Cameron se le hubiera helado la sangre al ver a su gente así.

—Alfred, Thomas, preparad a los hombres, nos vamos al norte. Es el momento de poner en su lugar a ese estúpido de John Donald, nadie entra en mis tierras e intenta hacer daño a nuestra gente. Aquí no podemos hacerle frente con todas estas familias, no resistiríamos un asedio durante meses. Nos enfrentaremos a él en Bonnie Hill, lo bastante lejos de la fortaleza. Thomas, partirás con un mensaje al rey, los Donald, John Donald, se ha sublevado y ataca la frontera.

—¡Al fin! —gritó Keith sin poder refrenarse.

Rhona suspiró, a su alrededor se habían reunido todos los habitantes del castillo y sus invitados no esperados.

—Maely, James, no es vuestra guerra, entenderé que volváis a vuestras tierras.

—¡No me perdería una buena aventura por nada del mundo! Ese idiota espera encontrar solo una guarnición de soldados de las Lowlands, no pretendía ofenderos, y va a encontrarse con todos los Douglas y los Campbell en el campo de batalla.

Rhona sonrió, lo esperaba de James. Cuando Maely asintió, supo que los Campbell también estarían a su lado siempre. Los hombres Donald que podían empuñar un arma se levantaron en señal de aprobación, lucharían por sus familias.

—Maely, ¿tu esposo nos apoyará?

Su amiga se irguió de orgullo.

—Cuando le dije qué iba a hacer, solo me dijo que él haría lo mismo por un amigo. Connor no puede estar aquí y declarar de forma abierta una guerra, se vería en graves problemas con los demás clanes, pero yo, ¿qué esperarían de una Douglas?

—Es posible que todo esto nos traiga graves problemas con el rey Bruce... —musitó Gordon pensativo—, pero cuenta con el clan Gordon, Rhona.

—Gracias, Gordon —susurró Rhona, que no lo había visto junto a Ailsa.

Ailsa se irguió orgullosa y acudió hasta su vecino para besar su mejilla. De verdad que Rhona tenía que conseguir que Ailsa y él se casaran, si no acababan todos muertos. Para sorpresa de Rhona, todos tomaron sus órdenes como si ella fuera la líder de aquella revuelta. Para Rhona

resultaba extraño, porque siempre había intentado pasar desapercibida, por ello siempre dijeron que era fría, al no inmiscuirse con su corazón en ninguna lucha como aquella. Muchas mujeres se unieron a la hora de coger armas, dispuestas a todo por salvar a sus familias. Todos se fueron a prepararse para la guerra en un silencioso orden entre ellos. Rhona se retiró a sus antiguos aposentos, lejos de las caras serias y silenciosas que contrarrestaban con el ruido incesante del acero y las monturas. Se vistió con unos pantalones y una camisa, como hacía años; dejó de hacerlo en algún momento cuando su carácter pareció haberla abandonado, solo permanecía oculto, escondido en su alma de guerrera. Se dirigió hacia la puerta y volvió una vez más la vista atrás hacia Cameron.

Se giró al oír unos pasos junto a la puerta. Era Keith, con el semblante demudado, tendría que luchar contra hombres de su propio clan, era el amigo de Cameron, quien mejor lo conocía. Rhona se preparó para que se opusiera a toda esa locura. No pudo evitar mirar hacia la cama, Cameron respiraba de forma profunda, anclado en aquel lecho.

—Es terco como una mula, es probable que Cameron no cambie de idea sobre su decisión y después de todo te envíe a ese convento tras esto.

—No me importa, Keith. Por primera vez en mi vida no tendré en cuenta sus amenazas, sus bromas irónicas, ni siquiera esa fanfarronería suya. Creo que Cameron me ha perdonado al menos cien veces y yo a él otras cien todas esas estupideces que nos dijimos y solo nos alejaron. Iré a la guerra por él y el motivo más antiguo de todo escocés. Venganza. Vamos a acabar con John Donald.

—¿Qué pasará si...?

—¿Si despierta? —evitó adrede contemplar la opción de que Cameron muriese en esa cama—. Estarás a su lado, no me fio de nadie más. Te quedas aquí, Keith, mi hermana y Gordon no saben nada de guerras, así que tienes el mando de los MacLellan y las almas que estén dentro de estas murallas. Cuida de todos y de mi hogar. Si fracasamos, John Donald hará cuanto pueda para encontrar a Cameron y matarlo, ¿crees que le detendrá que esté en esa cama, desprotegido, después de lo que ha contado tu gente de él?

—¿Y cómo piensas vencer a John? Tiene también sus seguidores, aunque pocos, son buenos guerreros. Si se muestra tan osado, ha tenido que contratar a mercenarios de las islas. En mis últimos días entre los Donald, John esperaba a un mensajero irlandés, no acababa de entender por qué negociaba con ellos mientras estuve allí.

—Tengo de mi lado a la más oscura, despiadada y adorable familia de todas las tierras de Escocia, los Douglas, sin olvidar al rey. Bruce me apoyará en esto, si no es él, su esposa lo hará. Enviaré a Thomas a la corte, al fin y al cabo, el rey entenderá que la hija del traidor no puede ser una dócil sierva de su reino. —Rhona evitó mirar hacia la ventana de sus aposentos, no hacía falta que estuviera en ese cuarto para que la imagen de Cameron la persiguiera allá donde fuera—. Cuida de él, Keith. No hay amigo más leal que tú.

Keith, de forma inesperada, siempre tan hermético y cuidadoso con su forma cortés de dirigirse a Rhona, se abalanzó y la abrazó con fuerza. Había mostrado afecto por ella, pero jamás lo había demostrado de forma tan evidente.

—Siempre supe que serías la mejor mujer que Cameron podía encontrar. Te seguiré hasta la muerte, aunque él..., mientras yo viva, mi señora.

Rhona sonrió con tristeza cuando Keith la liberó. Aquella muestra de lealtad por parte del amigo de su esposo hizo que sus ojos se humedecieran. No parecía apropiado, vestida con sus pantalones y botas altas, un *cotum* hecho para ella de cuero, su arco y carcaj de flechas a la

espalda, su puñal en la bota y su espada corta en el cinturón... ponerse a llorar como una criatura. Las lágrimas debían ser para otra ocasión.

Hizo lo único que podía en ese momento, llevó su puño al corazón y lo golpeó contra el pecho. No había más que decir, debía vengar a Cameron y destruir a John Donald. Keith le devolvió a Rhona el saludo y vio un profundo respeto en sus ojos. Rhona se preguntó qué hubiera sido de su vida si en el pasado hubiera tomado trascendentes decisiones como en aquella ocasión.

Capítulo XXIV



Rhona no se despidió de Cameron, temía que, si lo hacía, no volvería a verlo con vida. Jamás le gustaron las despedidas, nunca quería decir adiós a quien le importaba. Se sintió impresionada por la cantidad de hombres que los acompañaban, las monturas, las armas que relucían ante la claridad del día.

Maely la esperaba cerca de las puertas, a su lado, el bueno de Alfred sostenía las riendas de su vieja yegua. Rhona respiró hondo cuando vio a toda esa gente que lucharía a su lado, MacLellan, Campbell, Douglas y los pocos Donald que se encontraban en condiciones. Con un quejido de terror, se dio cuenta de que si el rey en ese instante atravesara las murallas, vería un conjunto de clanes, enemigos por naturaleza y situación, por viejas rencillas y nuevos desagrazos, unos fueron partidarios de los ingleses, otros escoceses que lo apoyaron en los peores momentos... podría pensar que aquello era una rebelión. Al mando, James Douglas, y a su derecha, la hija del traidor más conocido de Escocia. Estaba aterrada, sujetó con un ligero temblor de los dedos la empuñadura de su daga, aquello era demasiado arriesgado, temerario, tenía docenas de razones por las que no debería estar levantando sus armas contra otro clan, un *laird*, un señor de las Highlands como John Donald.

Se dirigía a su caballo y en su misma forma de caminar se dio cuenta de que lo hacía igual que su esposo, a grandes zancadas, con la mano en la empuñadura de su arma, fruncía incluso el ceño igual que él, tal vez trataba de disimular su miedo. No pudo más, se giró al instante, desandando el camino por el patio y en cuanto no pudieron verla, echó a correr escaleras arriba. Abrió de golpe la estancia donde Margaret y Leslie cuidaban a Cameron y fue hasta el lecho. Sus ojos seguían cerrados, su respiración era como los latidos de un corazón. Se aproximó por el lado opuesto a las ancianas y se inclinó sobre él con cuidado de no rozarlo con sus armas. Lo besó en los labios, mientras una tonta y huidiza lágrima se escapaba de sus ojos, susurró contra ellos un «te amo, tonto *highlander*», y se obligó a marcharse sin mirar atrás.

Leslie vio como su dulce niña salía de la habitación y suspiró con fuerza, a esa muchacha parecía esquivarla la felicidad. Margaret golpeó su brazo y Leslie fue a quejarse, Margaret tenía a veces muy mal genio, debía de ser la edad. La curandera señaló con la mano puesta en la boca, como si no quisiera pronunciar palabra, el rostro de Cameron. Bajo la luz de la vela, sus parpados cerrados parecieron moverse a un lado y a otro, cosa que ya había ocurrido en alguna ocasión, pero entonces las dos ancianas vieron su mano moverse, no eran imaginaciones suyas, ni su mala vista las engañaba. Cameron había movido la mano, hacia el calor de las sábanas, donde Rhona había estado momentos antes, como si en su inconsciencia la buscara. Ambas se miraron alarmadas, Leslie se levantó con premura para llegar a la ventana y avisar a Rhona. Demasiado tarde para advertir a su señora de tal avance en la salud de su esposo, vio como ella salía, atravesando las puertas de las murallas.

Capítulo XXV



Cameron sentía tanta sed que no podía mover la boca para hablar, los párpados se le antojaban tan pesados como si hubieran puesto un ladrillo sobre ellos. Con todas sus fuerzas intentó mover los brazos, parecía una tarea imposible y como cuando, en alguna ocasión, había recibido una herida, lo intentó primero con los dedos. Nunca había sentido una satisfacción igual al ver que, fuera lo que le hubiera ocurrido, tenía las dos manos y los dos brazos. Intentó mover las piernas, y era como si lo hubieran aplastado con una piedra, hizo acopio de toda su fuerza y se giró levemente, atento a cualquier síntoma de dolor. Solo cuando quiso mover el cuello sintió que un calambre doloroso se adueñaba de su cabeza. Entonces recordó. La partida de caza, el bosque, Rhona a su lado, la flecha que se dirigía hacia ellos y la última sensación de como la punta se insertaba en su cuello, una herida mortal. Puede que estuviera muerto, en el maldito infierno a juzgar por lo débil que estaba. Apenas recordaba haber caído del caballo y el golpe en la cabeza.

Enfurecido con su debilidad, y la sed, abrió los ojos. Encontró sombras en la pared frente a él, bajo un estandarte de los MacLellan, e ignorando el dolor del cuello, se giró para observar toda la habitación. Eran los aposentos de Rhona, contuvo el aliento, sujetó el cuello que tenía vendado en busca de su esposa. Tenía que haber sobrevivido al ataque, si no estaba ella, si algo le hubiera ocurrido, Cameron no deseaba despertar de ese infierno, tarde había comprendido al ver aquella flecha en dirección a Rhona, cuánto amaba a esa mujer. Su mujer, a la que comprendía que estaba destinado desde siempre, quizá lo supo el día que la vio en aquel salón, o la primera vez que vio fruncirse el ceño en su precioso rostro.

Tras el esfuerzo de moverse, la decepción atravesó su pecho, no era Rhona quien lo guardaba en la noche, a la luz de una vela, sino Keith. Su amigo estaba tirado sobre un butacón, con los pies sobre un taburete, las manos en sus partes y una espada desenvainada. Cameron no debía sentirse decepcionado, tal vez Rhona había salido a descansar, estaba casi seguro de haber escuchado su voz, sentir sus manos entre aquellos delirios que habían inundado sus pesadillas. Una a una, había rememorado a las puertas del infierno las traiciones, cómo encontraron a su madre tras quitarse la vida en una playa de las tierras MacKinnon, el dolor por ver consumirse a su padre, y a John, como lo odiaba desde niños, y como hermano pequeño, siempre había intentado ganarse su afecto sin conseguirlo, hasta que John lo había desterrado.

Frunció el ceño, ¿qué hacía Keith con una espada desenvainada entre las manos? ¿Había algún peligro en el castillo? Intentó levantarse apoyado en sus codos, el dolor en la cabeza atravesó sus sienes.

—¡Cameron! No te muevas, amigo. ¡Cameron, has despertado!

Confuso, miró a su amigo, ante la sorpresa se escuchó la espada golpear el suelo, se había caído de sus manos como si verlo despierto fuera un gran acontecimiento.

—Rhona, ¿está bien?

—Lo está, Cameron.

—¿Qué haces entonces en sus aposentos con una espada desenvainada? ¿Me guardas como una aya? ¡Demonios, aquí huele a cuadras!

Fue la primera vez que veía el atisbo de lágrimas en los ojos de Keith y comprendió que algo horrible había sucedido. Keith se tiró sobre él y lo abrazó. Cameron comenzó a reír a pesar del dolor de cabeza ante lo cómico de la situación. ¡Por todos los cielos que, si alguien entraba en ese momento, tendrían que dar alguna que otra explicación al verlos abrazados y en el lecho! Cameron no se pudo resistir a su amigo y apretó con las pocas fuerzas los antebrazos de Keith.

—¡Keith, amigo! Suéltame, por todos los cielos. ¿Cuánto llevo dormido? A juzgar por tu reacción, ha debido de ser uno o dos días completos. ¡Keith! ¡Keith!

Al fin su amigo lo soltó y lo agarró de los brazos.

—¡Una semana, tonto estúpido! Todos creíamos que te perdíamos, pero ella no, me hizo quedarme aquí guardando tu sueño, confiada en que en cualquier momento abrirías los ojos.

—¡Qué dices! Y Rhona, ¿dónde está? ¿Qué es todo ese escándalo? Parece que en el patio hubiera una muchedumbre.

Keith se apartó al ver el rostro de Cameron tan cerca y se rio nervioso, al fin se había dado cuenta como Cameron de la escena que conformaban.

—Despacio, Cameron, si te pasara algo, Rhona...

—Me está cuidando, ¿verdad?

Keith vio la ansiedad en los ojos de Cameron.

—Te ha velado día y noche, sin salir de estos aposentos. Te ama, Cameron, con toda su alma, no hay mujer en el mundo más dulce que ella. Sí, sí, ni yo lo creía, ¡la hija del traidor! La más fría de las mujeres, ¡y de las Lowlands!

—¿Dónde está, Keith? ¿Dónde está mi mujer y por qué dices que te dejó a mi cuidado?

Su amigo se enredaba al hablar, movía las manos, nervioso, y al coger la espada, se escurrió de sus manos. Atrapó la empuñadura y enderezó los hombros. Si no hubiera estado tan débil, lo hubiera zarandeado hasta arrancarle la verdad.

—Tienes que venir conmigo, Cameron.

Cameron supuso que la cosa era más complicada de lo que pensaba. Lo que estaba claro era que Rhona no estaba en el castillo, si no, Keith hubiera estado obligado a avisar a su esposa de forma inmediata. ¿Lo habría abandonado? No, Rhona no era así, algo importante había llevado a su esposa fuera de su hogar.

Cargó el peso de su brazo sobre los hombros de Keith, intrigado por la algarabía del castillo, no era normal, los MacLellan eran gente tranquila de las Lowlands, que hablaban en susurros y reían aún más bajo; en cambio, fuera, las altas voces y los lloros de los niños se oían desde los oscuros corredores apenas iluminados. Tardaron lo que a Cameron le supuso una eternidad sin encontrarse con una sola alma. Tendría que llamar al orden a los hombres de armas, habían descuidado la seguridad de la fortaleza. Atravesaron el salón y unas muchachas gritaron al verlo, salieron corriendo hacia el exterior.

—Keith, tendrás que explicar muchas cosas.

Keith lo dejó apoyado en el muro y abrió las puertas del salón. Cameron lo esperó para volver a apoyarse en su hombro. En el momento que puso un pie en el exterior sintió el fresco de la noche, el aire llegaba cargado del olor de las fogatas, el aroma de guisos sobre el fuego inundaba el ambiente. Creyó que seguía inmerso en sus delirios cuando vio a las mujeres con los tartanes de su tierra, ¡había Donald en aquel patio!

Enseguida, una figura de cabello rubio surgió de las sombras, por un instante pensó que era Rhona y el corazón comenzó a latir con tanta fuerza que pensó que se pararía para siempre. Enseguida supo, por la forma de moverse, que no era su esposa, sino su hermana, que tanto se

parecía. Ailsa se paró frente a él como si viera una visión, tras ella iba Gordon, el maldito Gordon, el hombre al que había prohibido entrar en tierras MacLellan. Intentó dar un paso hacia él para echarlo de nuevo, pero Ailsa se interpuso entre ellos. «Tampoco hubiera podido caminar solo ni darle un maldito puñetazo», pensó decepcionado con su propio cuerpo.

—Gordon puede esperar —sentenció Ailsa.

—Son... son Donald, son mi clan —susurró al reconocer los rostros de algunas mujeres de su clan y a sus hijos; a Broth, el anciano guerrero; a Muriel, la cocinera de su hogar; a Bert, el muchacho de los establos... Uno tras otro los rodearon. Broth, el anciano, gritó de alegría al aire:

—¡Nuestro *laird* vive!

—Maldita sea, Keith, no nos engañabas, Cameron Donald nunca se rendiría.

Todos hablaban atropellados, y Cameron no lograba entender nada.

—Se presentaron aquí, decenas, con sus familias, huían de tu hermano —Ailsa fue la única que pudo contestar a la expresión confusa de Cameron.

Keith comprobó que podía mantenerse en pie y se apartó de él para dejar que la gente viera que su *laird* estaba bien.

—Nunca pensé que John fuera capaz de tantas injusticias, se han rebelado, Cameron. Han atravesado media Escocia en busca de su *laird*.

Cameron se dejó palmeaar la espalda, coger la mano por las mujeres. Vio, más allá de su gente, las tiendas improvisadas a lo largo de los muros, a los MacLellan que parecían haber repartido comida y pan. Alrededor del pozo, cubos de agua estaban preparados para toda aquella gente, su clan estaba viviendo en el castillo MacLellan. Fue entonces cuando empezó a entender, aquella gente, su gente, había huido de su hogar para ir en su busca. ¡Había sido tan necio! Había aceptado el destierro de John, cegado por la sangre que ambos compartían, sin comprobar si su hermano cumplía con su deber. Siempre hubo una vena sádica en John, al borde mismo entre lo correcto y lo cruel, pero jamás pensó que sería tan malvado como para hacer que su gente lo derrocará de su puesto. El padre de ambos estaría revolviéndose en su tumba.

Escuchó las vagas explicaciones de algunos miembros de su clan, de cómo se habían enterado de su boda y que tenía un hogar que darles...

—¿Dónde están los soldados?, ¿y Rhona?

Ailsa miró entonces a Keith, como si debiera ser él quien cargara con las culpas. En realidad, Rhona lo había puesto al mando por mucho que ella y Gordon lo ayudaran.

—Tu esposa ha ido en busca de John, venía hacia aquí para enfrentarse a ti y llevarse a los Donald. No te preocupes, los Douglas están con ella, partieron ayer mismo.

Cameron profirió un gruñido que hizo que en todo el patio se hiciera el silencio. Si alguien hacía daño a Rhona, lo mataría con sus propias manos. Tarde había comprendido que esa mujer era toda su vida, y si su corazón seguía latido tras latido en su pecho, era por ella.

Capítulo XXVI



Rhona fue consciente de que abría la boca con sorpresa. Había esperado muchas cosas del hermano de Cameron, pero no que fuera tan parecido a él. Era atractivo, aunque no tanto como su Cameron, pero es que Rhona jamás había conocido a un hombre con el rostro de su esposo. John MacDonald tenía veneno en los ojos, eran iguales a los de Cameron, del mismo color, y, sin embargo, reflejaban la crueldad de sus actos. Era musculoso y no el enjuto ser que Rhona había imaginado en su mente. Entonces, ¿por qué? Keith había sido muy explícito, John Donald era un ser malvado, caprichoso, que había llevado a su clan a la deshonra y la miseria. Sus hombres y él habían cometido saqueos, violaciones y robos, en su propio clan y sus vecinos, hasta llevar al clan Donald al absoluto terror. Por fortuna, en tierras de los Campbell, Maely los había acogido y conducido hasta ella, si no, estarían todos muertos.

Frente a ella, a caballo y con la intención de amedrentarla, John se irguió de hombros en su montura.

—Mi hermano nunca fue un tonto, se ha hecho con una hermosa hembra. Me dijeron que eres fría como el océano, a mí no me importaría calentar tu cama, si ya te has cansado de mi hermano.

Rhona hizo una mueca de asco, no solo era la mirada lasciva de John, sino su voz llena de falsa arrogancia. Su barba descuidada y el movimiento de sus manos, que solo contenían desdén.

—¿Hembra? —lo interrumpió Maely—. Rhona, no sabía que fuéramos semejantes a una oveja o a una vaca. Es más idiota de lo que creía.

Rhona sonrió, a pesar de las circunstancias, su amiga tenía el mismo humor negro que su padre. James se rio a carcajadas en lugar de sentirse ofendido en nombre de su hija. John Donald solo se parecía a Cameron de forma física, todo aquello que deslumbraba en su esposo no se hallaba en aquel hombre.

—¿Dónde está el cobarde de mi hermano? Seguro que regado en cerveza y vino y entregado a mujeres de pechos grandes.

Al parecer, John se había ofendido con las palabras de Maely y buscaba una confrontación rápida entre ambos ejércitos. Rhona podía haberse puesto a gritarle, a recriminar la forma en que había alejado a su hermano de su hogar, quizá incluso alabar la forma en que Cameron seguía fiel a su hermano pese a todo, pero entonces recordó donde estaba Cameron, en su lecho, inconsciente y vulnerable. John no debía saberlo, incluso lo notaba anhelante, tal vez esperaba que Cameron estuviera herido.

—En una misión para el rey de Escocia, es un guerrero muy valorado por su monarca.

Justo lo que Rhona había pensado, una mueca de decepción atravesó el rostro de John.

—No te creo —siseó con una sonrisa malévola—. ¿A qué has venido a mi encuentro? Voy a tus tierras, a recuperar a los desertores de mi clan, han dejado las cosechas a medias, abandonado sin permiso sus hogares, me pertenecen.

—La esclavitud no existe, John. Si te han abandonado es porque los has maltratado —Rhona comenzaba a cansarse de aquella tonta diatriba.

—Han corrido en busca de mi hermano, como conejos asustados, creen que será más blando con ellos, unos vagos sin remisión que no pagan sus rentas.

James, harto, se adelantó para situarse al lado de Rhona.

—Viven en la pobreza más absoluta, mientras tú, John Donald, te has quedado con el oro del rey prometido a tu gente. Cameron lo consiguió para el clan, no para que lo desperdicies en tus vicios.

—¡Joder! Ya veo como Cameron consiguió esa fortuna, no me importaría acostarme con ella si además me dan oro por ello. —Rhona creyó vomitar cuando lo vio tocarse de forma tosca sus partes.

Inspiró hondo, «necio, arrogante, estúpido y malhablado». El momento de enfrentarse al hermano de Cameron había llegado, y por todo el cielo que lo estaba deseando.

—No te llevarás a nadie, no cruzarás la frontera con mis tierras, no amenazarás la vida de mi esposo y de mi gente. Se acabó, John. Date la vuelta o estamos dispuestos a ir a la guerra.

—¡Que así sea, bruja! Caerás como los clanes que me rodean, me haré con el norte de Escocia y ni siquiera el rey podrá oponerse a mi poder.

Lo vieron marchar junto a sus acólitos, con la seguridad de que ganarían, lo que no sabía John era que, tras la colina, el ejército Douglas y los Campbell solo esperaban la orden para lanzarse a por ellos.

—Rhona, ¿crees que es lo que desearía Cameron? Si tengo la oportunidad, mataré a ese malnacido sin pensar en si es su hermano o no —dijo James.

—Estoy segura, siempre quiere lo mejor para su gente, si supiera como se ha estado comportando John, él mismo estaría aquí. Nadie puede enterarse de que está en una cama indefenso, si no, atacarían tierras MacLellan, John ha tenido la desfachatez de amenazaros incluso a vosotros y al mismísimo rey. No permitiré que mi vida siga dominada por el miedo a que haya veneno en mi comida o que otra flecha dañe a Cameron. Es John o nosotros.

James Douglas esperó a que Maely y ella volvieran colina abajo a reunirse con el ejército Douglas y Campbell. Rhona nunca había asistido a una contienda tan numerosa. John Donald había traído consigo a un gran número de hombres, muchos no llevaban el tartán de su clan, debían ser mercenarios comprados con el oro del rey. Keith tenía razón en sus suposiciones.

Se quedó rezagada, pensativa, echó la vista atrás. En unos minutos, tal vez horas, en esa pradera se desataría una guerra. ¿Hacía lo correcto? Si perdían, ¿qué sería de los MacLellan y de los Donald? Cameron quedaría desprotegido, había sacado a los soldados del castillo, apenas quedaban unos cuantos para guardar a su esposo y su gente. Confiaba en los Douglas, pero se le antojaban pocos guerreros. El sol se ponía entre las distantes montañas cuando vio el destello de espadas en la lejanía. Azuzó su caballo hacia el campamento, ¿sería posible que John tuviera más aliados? ¿Los atacaban por la espalda? Sacó su arco, preparó una flecha. James ya había avisado a sus hombres y comenzaron a montar en los caballos.

Eran dos guerreros a caballo, cuando estuvieron más cerca, comprobaron que eran dos hombres, y cuando vio a Keith, supo que solo habría una razón para que se hubiera separado de Cameron. Su esposo había muerto. El hombre que lo seguía se apartó la capucha de la cabeza y sintió que el corazón dejaba de latirle. Cameron, con el rostro pálido y la mirada cansada, pero era él.

Instó a su yegua a galopar y fue a su encuentro. Desmontó a pocos metros y vio como Cameron casi se echaba al suelo. Debía estar tan débil que solo llegar allí, a un día a caballo del castillo MacLellan, había debido de ser un suplicio. Se detuvo, tan cerca y a la vez tan lejos de él, que pudo ver su rostro.

—*Caileagh*, después de esto, soy capaz de atarte a mi cintura para que no vuelvas a salir en

busca de pelea.

Rhona se pasó la manga de la camisa por el rostro, para borrar sus lágrimas y, a la par, saber que aquello no era una visión.

—Deberías saber que me han obligado a esto, Cameron, nunca quise...

Entonces cayó en que su marido debía haber visto a su gente en el castillo, y era consciente de la brutalidad de su hermano.

Cameron no esperó a que su esposa se acercara y fue a su encuentro, parecía una dama valquiria de aquellos relatos vikingos de las islas. Su pelo claro caía apenas atado en una trenza sobre el *cotum* de guerra negro como el carbón. Su arco a la espalda, su daga corta a la izquierda. Siempre había sido una guerrera.

La besó, consciente de que estaban en el círculo que habían formado los soldados. Abrazó su pequeño cuerpo, capaz de cosas más grandes que ella misma. Se deleitó con el olor a cuero y lavanda de todo su ser. Rhona se separó sin resuello, roja como las grosellas maduras, para mirarlo.

—He iniciado una contienda con tu hermano, lo siento, Cameron, no me quedó más remedio, iba a atacar el castillo. Sé que es tu hermano, y que nunca hubieras levantado la espada contra él...

Cameron la cogió de los brazos y respiró hondo, no pensaba cometer el mismo error. Se encontraba débil para luchar, pero allí se decidiría la libertad de su clan y la libertad de los MacLellan, no había tiempo para sutilezas ni medias verdades, tal vez al día siguiente estuviera muerto.

—Nada ni nadie podrá separarme de ti, Rhona. Te he amado siempre, desde que para mí solo eras un modo de alcanzar la libertad hasta el momento en que te besé la primera vez. Tienes la fuerza y la tenacidad para haber conquistado mi vida y mi corazón. No te antepondría ante ese demonio, aunque sea mi hermano. Lucha conmigo, Rhona, por nuestra gente y nuestros clanes.

—Te quiero, Cameron, más de lo que nunca imaginé. Estaré a tu lado siempre, aunque vaya al infierno por haberte entregado este corazón helado.

Los carraspeos a su alrededor hicieron que ambos sonrieran, los labios de uno contra los del otro y las manos aferradas sobre el corazón de Cameron.

—Dime que esta noche nadie atacará.

La pregunta hizo sonreír a Cameron.

—No atacará de noche, no sin saber cuáles son nuestras fuerzas. Y si ataca esta noche, poco me importa morir contigo en mis brazos.

Nadie preguntó cuando ambos se internaron en el bosque, lejos de las miradas curiosas. Cameron se llevó consigo unos cuantos *plaids* y ella la poca comida que pudo escamotear de una y otra parte.

Rhona no pudo evitar ver como Cameron se movía con paso cansado, aún estaba débil. Como si fuera casual, levantó su brazo y se puso debajo para que pudiera apoyarse. Encontraron un pequeño claro casi rodeado de arbustos, no demasiado alejado del campamento. Cameron echó las mantas con destreza hasta conformar un cálido lecho. Rhona vio que eran *plaids* del clan Donald, con sus cuadros azulados y verdes. Ayudó a Cameron a sentarse y él, con disimulo, fue a apoyarse en el tronco de un árbol.

—Estás muy débil, no puedes luchar, Cameron —dijo Rhona al echarse a su lado.

Cameron cogió su rostro con ambas manos, Rhona sintió la rudeza de sus dedos, las palmas surcadas de cicatrices y abultadas por el uso de la espada.

—*Runag*, he peleado otras batallas menos importantes herido de muerte, estoy casi recuperado. Además, Keith me ha hecho ingerir comida durante un día entero antes de dejar que montara sobre mi caballo.

El silencio se instaló entre ellos y Rhona aprovechó para quitar los paños de su cuello. Con alivio, descubrió que no había vuelto a sangrar y las pupilas de Cameron eran normales, había aprendido de Margaret que ciertas enfermedades se reflejaban en los ojos del paciente. Rompió el faldón de su camisa y cubrió de nuevo la herida con precisión.

—Te quedará una bonita cicatriz, Cameron Donald —sonrió.

No podía dejar de mirarlo. Parecía cansado, agotado después del viaje. Había estado a punto de perderlo. No quería que viera como lloraba, así que se echó sobre él, hundió el rostro en su hombro con la esperanza de que no notase hasta dónde llegaba su amor por él. Había quedado encerrada por el enorme cuerpo de su esposo.

El sol comenzaba a ocultarse y las primeras hojas de otoño arrojaron el color dorado sobre ellos. Finos hilos de claridad se filtraron desde la copa de los robles para dejar ver las minúsculas motas de polvo y los pequeños insectos que los rodeaban.

—Lo siento, Rhona, todo.

Rhona se incorporó y Cameron vio sus ojos rojos, ella jamás dejaría que la viera llorar, pero lo había hecho. Limpió en su rostro una inexistente lágrima.

—No..., ambos dijimos e hicimos cosas horribles, Cameron.

—No, Rhona, siento no haberte visto hasta que fue demasiado tarde, lamento no haberte dado la boda que merecías, te pido disculpas por intentar ignorarte.

—¿Intentar?

—No eras fácil de ignorar entonces, ni ahora con esos pantalones que marcan cada curva...

—Rhona sonrió y lo besó—. Siento haber sido lo que los demás esperaban que fuera y no dejarme guiar por mi corazón desde el principio.

Sus lenguas se entrelazaron en un beso sin fin en el que sus labios se reconocían con pasión. Pronto entre ellos surgió aquel fuego que los consumía desde dentro y Cameron deshizo los lazos de la camisa, sus manos se aferraron a sus pechos, buscando la familiar forma redondeada. Los besó con admiración y delicadeza a la par que Rhona se aferraba a su cabello sin ningún cuidado. El ver a Cameron entregado a su pecho hizo que se volviera loca, lo apartó y besó sus labios. Ambos pretendían dejarse llevar por la delicadeza del reencuentro, pero otra vez la hoguera que surgía entre sus pasiones les hizo apresurarse. Cameron le quitó los pantalones de un tirón hacia abajo que hizo reír a Rhona al tener que ahuecar su cuerpo contra él. Lo ayudó con rapidez a que hiciera lo mismo, y ambos se quedaron con las camisas abiertas, el aliento sofocado y los ojos ardiendo al mirarse el uno al otro. Cameron la subió sobre él y encajaron como dos piezas en un movimiento tras otro. Rhona jadeaba contra su oído, temerosa de que los soldados los oyeran, y Cameron ahogaba agachado sus gemidos contra sus pechos.

Cameron se prometió que sobreviviría a esta guerra solo para yacer con su esposa en un lecho con todo el tiempo del mundo, para hacer el amor con el reposo que deseaba, pero ahora, por el momento, su pequeña y fogosa esposa lo cabalgaba sin resuello. Rhona se contrajo sobre él y Cameron explotó. Ambos se dejaron llevar por el placer muy por encima de las copas de aquellos árboles hasta descender a los infiernos de la lujuria. Les gustaba el maldito infierno.

Sin desearlo, Cameron lo había dicho en voz alta y Rhona lo miró anhelante, se rieron al compás del viento que mecía las hojas. Estaban juntos de nuevo, y Rhona no permitiría que ninguno de los dos muriera al día siguiente.

Capítulo XXVII



Rhona revisó una vez más su carcaj cargado de flechas, ajustó el cinturón con su daga. Cameron la observaba embelesado, tenía la delicadeza de una mujer en su rostro y su figura, y los ademanes de un soldado. Hubiera deseado atarla a ese tronco en el cual se apoyaba para contar sus flechas y que no fuera con ellos. Ni siquiera se había atrevido a proponérselo a su esposa, su mirada de determinación, su ceño fruncido, era como cualquier guerrero antes de la batalla, vio el temblor de sus dedos al comprobar la tensión de la cuerda de su arco. Si sobrevivía, iba a darle toda su confianza, no era algo que hubiera elegido, rompía su propio juramento hecho al viento aquella noche aciaga en una playa de las Highlands. Keith había intentado que comprendiera una y mil veces que si una mujer se ganaba su corazón, sus palabras se convertirían en ceniza al viento. En verdad no sabía si en algún lugar existía una sola mujer como Rhona y no quería descubrirlo siquiera. Su esposa acabó, y al sentirse observada, lo miró intensamente con sus ojos de tormenta, una sonrisa afloró entre sus labios y Cameron se sintió el hombre más afortunado del mundo porque el padre de Rhona fuera un maldito traidor y hubiera marcado a su hija con su estigma, porque si no cualquier tonto podría haberse prometido con ella. Era un tesoro al que ningún hombre había mirado de verdad, habían visto solo a la fría hija del traidor y no el gran corazón que tenía. Rhona había arriesgado toda su pacífica vida por los Donald, y por él. La mente de Cameron se esforzaba en rememorar con pánico el momento en que Rhona intentó cruzarse en la trayectoria de aquella flecha, si él no hubiese reaccionado a tiempo, hubiera sido herida, quizá de muerte. Por él, para salvarlo. Si había una mujer en el mundo que merecía confianza, fe, amor incondicional, esa era Rhona MacLellan.

—Si sigues mirándome así, empezarán esta guerra sin nosotros.

Cameron se acercó en dos pasos con una amplia sonrisa.

—Que se vayan todos al infierno, tendrán que esperarnos.

La risa cantarina de Rhona le hizo hervir la sangre de anticipación, hasta que ella, entre sus brazos, puso esa expresión de deber que tan bien conocía.

Cameron se rindió. Tras ellos, a caballo, estaba su exiguo ejército. Arqueó la ceja al ver al frente a James Douglas, este le dirigió un desafío con la mirada. Habían tenido esa conversación la noche anterior, James mandaba, Cameron estaba demasiado débil, Rhona participaría en la lucha igual que Maely, la hija de Douglas. Si Cameron se encontraba frente a frente con su hermano, no sabría qué haría, el alma le pesaba como si fuera una losa, no sabía si sería capaz...

James interrumpió sus pensamientos al dar la orden de partir y Cameron se volvió para ayudar a Rhona a subir a su caballo con las manos unidas. Una vez ahí arriba, Rhona asintió que estaba bien. Cameron montó y se dirigieron hacia la claridad que comenzaba a iluminar su destino, más allá de la colina. El sol empezaba a despuntar, al menos su hermano había respetado eso, ambos ejércitos comenzarían la batalla al amanecer, quizá solo porque la noche anterior la luna era menguante y apenas se distinguía a pocos metros; después de lo que había oído a su gente, no creía por un instante que John tuviera honor.

Encumbraron la colina y Cameron frunció el ceño, los guerreros de John eran muchos, centenares, los doblaban en caballos y hombres; por fortuna, había apenas unas docenas de

Donald. A Cameron lo hubiera matado allí mismo tener que diezmar a su propio clan. La mayoría de aquellos guerreros eran mercenarios, por los tatuajes que lucían en los brazos y el rostro, había tartanes irlandeses de color pálido. John estaba al frente, se irguió en el caballo al verlo, Rhona le había contado lo que había dicho de él. «No, hermano, no estoy borracho ni con mujeres de taberna». Tal vez hace tiempo... Cameron no se negaba aquello que había sido, pero sí sabía en qué se había convertido con los años, era un guerrero.

—*Mo ghaisgneach* —susurró Rhona al tomar su mano envuelta en las bridas.

Una mirada de ella bastó para que Cameron se endureciera. «Mi guerrero», cuando Rhona decía aquello, se sentía el hombre más imbatible de Escocia. Asintió y ella apartó la mirada hacia el ejército ante ellos. Su valentía era admirable, aun en esos momentos antes de una gran lucha, había pensado en él.

Rhona y Maely se quedarían en lo alto de la colina, con los otros arqueros, su puntería serviría para disuadir a los hombres de John de avanzar rápido. James y Cameron los abordarían al frente, Keith entraría a la señal, desde el bosque, a su derecha; si Cameron hubiera tenido más hombres, los hubiera situado a la izquierda para cercar a sus enemigos, pero no eran tantos como para permitirse fragmentar más la batalla.

James no esperó a que John atacara, no era su estilo, azuzó con el talón de su bota a su caballo y este se entregó a una frenética carga, Cameron y el resto lo siguieron.

—¡*Fraoch eilean!* Por la isla del Brezo —gritaron sus hombres al unísono.

—¡*Per mare, per terras!* —oyó Rhona gritar a Cameron y los Donald que los acompañaban, el lema de su clan.

Rhona sintió un escalofrío de placer recorrer su cuerpo, su esposo era admirable, la viva estampa de un *highlander*. Sonrojada, miró a Maely a su lado, sonreía como si supiera hacia donde habían ido sus pensamientos, algo inapropiado ante la batalla que estaba a punto de suceder. Entonces, James dio la orden mientras cargaba, John y los suyos estaban al alcance de las flechas, Rhona y el resto de los arqueros obedecieron, tensaron los talones en sus caballos para que estuvieran quietos y prepararon las cuerdas de sus arcos. Rhona mantuvo la tensión de su arco a pesar del dolor en el hombro. Acomodó con rapidez la varilla de madera, tenía una muesca en el lugar exacto en que debía colocar sus dedos y una pluma en la cuerda para marcar. Sus dedos, deformados al aprender a manejar el arco y que tanto dolor le habían producido, se ensamblaron en una mano con la muesca, la otra rozando la punta de hierro de la flecha. Su primer disparo cruzó el aire y atravesó al hombre que había elegido como su objetivo. Los siguientes tiros fueron rápidos y certeros, un mar de flechas se elevó sobre las cabezas de sus enemigos sin descanso mientras los silbidos atravesaban el aire y el choque de aceros inundó sus oídos. Había arqueros entre las filas de mercenarios, pero no eran tan certeros y diestros como los suyos y pronto abandonaron la tarea, sobre la colina, ellos tenían ventaja. Rhona intentó ver en el cúmulo de guerreros donde estaba Cameron, se encontraba débil antes de la lucha, apenas dos días antes estaba inconsciente en una cama. Empezó a preocuparse, bajo los primeros rayos del sol era imposible divisarlo con el reflejo de las espadas. Nunca había estado en una lucha y no sabía decir si ganaban o perdían.

—Rhona, los nuestros retroceden —Maely lo dijo entre susurros, pero el resto de los arqueros comenzaron a repetirlo en voz alta.

En ese instante, sonó un cuerno en la lejanía, la señal de que Keith atacaba. Cuando los hombres del bosque se incorporaron, las fuerzas parecieron recobrarse.

—No somos suficientes —gimió Rhona. Pensaba bajar ahí abajo, por mucho que hubiera

prometido a Cameron que jamás lo haría—. ¡Seguid disparando vuestras flechas! —ordenó desesperada. Si John vencía, los mataría a todos sin piedad.

Maely, a su lado, bajó el arco y gritó de alegría. Rhona se preguntó si había enloquecido cuando desde la colina contraria a los bosques, el resplandor de cientos de espadas iluminó el horizonte. En mitad de gritos de guerra, los Campbell aparecieron, había centenares de guerreros del clan de Maely. Al frente de ellos, Connor, su esposo, y a su lado, con su apariencia siempre vestido de negro, William Campbell, su incondicional amigo.

En apenas unos minutos, la situación cambió, los mercenarios retrocedieron y Rhona inspiró hondo cuando vio un pequeño grupo de Donald que huían hacia el bosque. Era John, con el escudo de *laird* de los Donald. Rhona azuzó a su caballo colina abajo, no debían permitir que escapara. La sangre comenzó a golpear sus sienes mientras guiaba su caballo al galope tras el traidor. No iba a dejar que llegaran al bosque. En la linde, John se giró en su montura y la vio. Entonces se detuvo.

Rhona ni siquiera había planeado qué haría cuando lo atrapara, John era enorme, y al ver que estaba sola, agitó las riendas para ir a su encuentro. Iba a matarla, sería su última venganza contra Cameron, y Rhona lo había provocado.

Se arriesgó a soltar las riendas, llevó una de sus manos atrás y recuperó el arco a su espalda en un movimiento rápido, agradeció el duro entrenamiento al que se habían sometido Maely y ella, con la otra, tensó la cuerda e hizo el tiro. Se fue a un lado, apenas le rozó el brazo a ese demonio. No pudo evitar pensar en lo mucho que John se parecía a su esposo, podrían haber pasado por gemelos de no ser por la diferencia de edad. Volvió a llevar su mano izquierda a las flechas para cargar, a pesar de que sabía que no le daría tiempo a disparar de nuevo. Estaba apenas a unos metros de John, su caballo parecía enloquecido a pesar de las protecciones que solían llevar en la lucha para que el animal no se asustara. Oyó a su espalda caballos, y entonces, dos jinetes la sobrepasaron con sus enormes monturas, esplendidos caballos de batalla. Eran James y Cameron, Rhona suspiró de alivio, no por cobardía, sino porque John daba miedo de verdad.

El primer choque de espada fue entre Cameron y su hermano, Rhona lo sintió como si hubiera tronado el cielo. Miró hacia arriba y vio que se había nublado sin asomo de tormenta por el momento. Ambos caballos giraban uno en torno del otro, en espera de que uno de los dos atacara.

—Te hacía escondido en un agujero infecto, Cameron.

—Y yo a ti en el infierno, hermano. Tus hombres fallaron en todos y cada uno de sus intentos.

—Tu puta los alejó de ti, si me hubieran dicho que era tan atractiva, yo me hubiera casado con ella por el oro.

James y Rhona dejaron que continuaran con aquellas palabras hirientes.

—¿Por qué, John? Tenías la sagrada obligación de guardar a nuestro clan, son nuestra familia.

—La familia no abandona sus tierras ni a su señor. ¿Qué sabrás tú de familia, Cameron? Cuando las cosas se pusieron feas, te fuiste, huiste junto al rey.

—Fui a luchar por Escocia, era mi deber.

—Deber, honor... todo eso son tonterías, el oro es lo que importa, todo lo que perdimos con la guerra de Bruce contra los escoceses lo recuperaré, uniré a los clanes del norte bajo los Donald y barreré Escocia desde las islas. Los muy idiotas son leales a Bruce, tuve que atacar con mi nuevo ejército, que pagué con el oro que traía tu mujercita entre las piernas y lo que dejó nuestro padre.

Cameron se detuvo atónito, su hermano estaba loco, ¿quería acaso ser rey? Atacó enfurecido,

cargó todo el peso sobre la afilada hoja y describió un arco para asestar un buen golpe.

John se defendió con fuerza, sonrió, de alguna manera, sabía que Cameron estaba débil al sentir su aliento entrecortado. Rhona, aun montada, fue a adelantarse, cuando James la detuvo.

—Esta batalla ha de ganarla Cameron, solo.

Rhona asintió sin perder de vista como su esposo y su hermano desmontaban, los caballos empezaban a ponerse nerviosos y ambos perdían velocidad subidos a sus monturas. John atacó nada más tocar el suelo, asestó un golpe de espada y Cameron lo evitó por muy poco. John, cegado por el odio, lo vio con la rodilla al suelo e intentó aprovechar su ventaja. Cameron percibió que caía sobre él, sacó su daga y con la mano izquierda, clavó la hoja en el costado de John.

Era indudable que, a pesar de la debilidad de Cameron, sus días en la batalla lo habían ayudado a defenderse y atacar como un verdadero guerrero. John soltó la espada al instante y cayó al suelo, su cuerpo retorcido de dolor. Cameron estaba cegado por el odio, dio una patada a la espada de John y se lanzó sobre él.

—Debería matarte aquí y ahora.

—Hazlo, Cameron, mátame y acabemos con esto de una vez. ¿Sabes cuanto te he odiado toda mi vida?

James sujetó el brazo de Cameron hasta que tuvo que retroceder.

—No, Cameron, si lo matas, su muerte te perseguirá siempre. Es tu hermano, el rey se ocupará de él.

Cameron negó con la cabeza, Rhona vio que deseaba hacerlo, como si la muerte de John fuera el final de una gran parte de su vida. Entonces levantó la mirada y Rhona tendió su mano para que se alejara de John. Dudó un instante, pero una vez se aseguró de que su hermano estaba desarmado, se levantó despacio y fue hasta ella.

Llegaron más guerreros, la lucha había terminado, por fortuna. Al ver que su líder huía, muchos desertaron. James dio orden de apresar a John. Rhona y Cameron no se dieron la vuelta, uno apoyado en el otro, se marcharon de aquella pradera sin mirar atrás.

Epílogo



El rey nunca acudió a su llamada, ni siquiera ante las súplicas de su esposa, Elizabeth de Burgh. No podía derrocar a uno de sus *lairds* y después pretender que no se revelaran contra él los otros clanes. El fino hilo que mantenía la paz en Escocia no podía quebrarse, aunque fuera por sus amigos. John fue ahorcado después de la declaración de James Douglas y sus hijos, algunos Donald fueron llamados para dar fe de sus crímenes. Ni Rhona ni Cameron lo presenciaron, fueron hacia el norte, condujeron a los Donald de vuelta a su hogar y Cameron designó a un grupo de ancianos que habían sobrevivido y que elegirían a su nuevo *laird*. Para sorpresa de todos, Cameron invitó a Lachlan MacKinnon al castillo Donald y aceptó la paz entre sus clanes que llevaban en guerra desde hacía décadas. Los hijos no debían heredar las disputas de sus padres. Rhona no pudo estar más orgullosa de él, al fin había comprendido la pesada carga que les habían impuesto sus antecesores.

Cuando Rhona vio tierras Donald, se enamoró de aquel castillo al borde del mar, las olas batían con fuerza, una y otra vez, el acantilado sobre el que se erguía la fortaleza. Vivían con sencillez en la enorme construcción de cuatro torres, los muros de piedra oscura se confundían con el musgo de las rocas. Rodeado de bosques de largos troncos, colinas de un verde pálido a causa del próximo invierno acababan en montañas escarpadas y rocas puntiagudas. Era un paisaje salvaje e inhóspito, ahora Rhona comprendía el carácter de las gentes del norte, no había nada amable en como la naturaleza crecía en aquel lugar. Y se enamoró de las tierras Donald y de su gente. De los cielos plomizos que dejaban pasar algún rayo de sol y la fina llovizna que siempre amenazaba con sorprenderlos en cualquier lugar, de la brisa salada del mar en sus mejillas y el color del rostro de los niños Donald. No había más frontera que el mar y sus caprichos, allí parecía que el resto del mundo estaba muy lejos, no había ni ceremonias ni distinciones cuando el clan reconstruía sus hogares, y las risas esperanzadas volvían al ver a Cameron caminar entre ellos. Ni una sola vez, la altiva Rhona MacLellan, hija del traidor, tuvo que defenderse con un gesto de frialdad, y aquello fue lo que hizo ver lo felices que Cameron y ella podían ser en aquel lugar alejado del mundo.

Fue el día que partieron cuando Rhona se dio cuenta, al mirar a su esposo, que él nunca sería feliz con los MacLellan, pero estaba dispuesto a renunciar a todo por ella. Aquello le dijo mucho más a Rhona que cien años vividos a su lado. Marcharon al alba, y en las colinas, tras atravesar el puente, los Donald los despidieron con tristeza, Rhona supo que jamás olvidaría aquel momento.

El rey, frente a ellos, carraspeó y Rhona se obligó a prestar atención. El salón del trono estaba igual que en el momento que entró allí por primera vez y conoció a Cameron. El rey los miraba con el ceño fruncido, su rostro compungido y grave no la desanimó, le había puesto en un serio aprieto con su petición, pero ella lo merecía, también Cameron, por cómo jugaron con ellos en la corte. De acuerdo que todo había salido bien y amaba a su esposo con todo su corazón, pero podría haber salido mal y verse casada con Gordon, o peor, con alguno de los enemigos de Cameron.

—¿Suspiras, mi señora?

Rhona sonrió, algo a lo que se había acostumbrado junto a Cameron. Cameron era capaz de arrancar sonrisas a su alrededor, y también algún que otro suspiro de las muchachas, lo que más le gustaba a Rhona era que al entrar a una habitación, él solo tenía ojos para ella y una mirada pícaro se dibujaba en su rostro.

—El rey está enfadado con nosotros, Cameron.

—¿Lo dices por haber provocado una guerra entre clanes? ¿Quizá por haberlo desobedecido? ¿Por el matrimonio precipitado entre tu hermana y Gordon sin su permiso?... ¿O solo es por su ceño fruncido?

Rhona le dio un codazo que solo hizo cosquillas a Cameron. Habían llegado frente al rey y este carraspeó para que mantuvieran silencio. Rhona no pudo evitar sonreír a la reina, que correspondió con orgullo, ella, al fin y al cabo, había propiciado su matrimonio con Cameron al principio, siempre creyó en ellos y que al final se enamorarían.

—No sé por donde empezar —el rey elevó su voz para que todos los que ocupaban su salón del trono lo escucharan.

Cerca de Cameron y Rhona estaban Ailsa y Gordon. Keith permanecía a la derecha de Cameron, su lugar junto a su *laird*. Maely y Connor, su esposo, y James y William Douglas, a un lado. Leslie jugueteaba como si no fuera una respetable anciana con sus pies colgando de una enorme silla que le habían procurado. Rhona pensó, al instante, que en aquel salón del trono estaba toda su familia, las personas que más quería en el mundo. ¿En qué momento la fría hija del traidor fue merecedora de tan leales amigos y un esposo del que se sentía tan enamorada?

—No temáis, no repetiré una por una todas las leyes que os habéis saltado y despreciado —el rey suspiró de forma sonora y Rhona intentó reprimir una sonrisa, a su alrededor todos se mostraban serios—. Como bien se ha esforzado en hacerme saber mi amigo, el paladín de Escocia, el guardián de nuestras tierras quiere retirarse a su castillo y dedicarse a hacer carantoñas a sus nietos. James Douglas nos deja.

Un murmullo en la sala se elevó, todas las miradas recayeron en James con decepción. Bruce los hizo callar con su potente voz de monarca.

—Por ello... designo a William Douglas guardián de Escocia.

Rhona ya sabía de la noticia y se alegró por su querido amigo, Cameron se había negado a tal honor ante la incertidumbre de qué pasaría con su clan Donald, ahora que no tenían un *laird* al que acudir. Habían surgido algunos candidatos, y para desesperación de Cameron, todos se negaron a ser el señor de los Donald.

—Y gracias al sabio consejo de dos mujeres muy persuasivas, una de ellas mi esposa... —susurró esto último con una media sonrisa—, la otra Rhona MacLellan, quien ha cedido sus derechos de herencia a su hermana Ailsa MacLellan y Grant Gordon. Ahora todas las tierras MacLellan, su clan y gentes, su castillo y propiedades pasan a ser suyos por pleno derecho tras la boda de ambos. Si su esposo, Cameron Donald, está de acuerdo.

Un murmullo llenó la sala de nuevo, Rhona supo que podía parecer incomprensible, renunciaba a una enorme extensión de tierras, a la fortuna MacLellan y la fortaleza más grande de la frontera con Inglaterra. Cameron cogió sus hombros e hizo que se girara.

—¿Qué demonios has hecho, Rhona? Has renunciado a tu hogar y tu clan.

—Sé que la felicidad nos acompañará donde vayamos. Los Donald merecen tenerte como *laird*, y yo seré muy feliz entre ellos, lo sé. Ni una sola vez, estando entre tu gente, eché de menos mi hogar, Cameron.

Cameron no sabía nada de aquella decisión tomada por Rhona. Ella había hablado con su hermana y su esposo, y una vez venció sus reticencias, estuvieron de acuerdo, al fin las tierras de los Gordon y los MacLellan se unirían por el bien de ambos clanes. Rhona creía firmemente que ambos serían los mejores señores que su clan podía tener. Rhona se giró antes de que el rey siguiera hablando y tomó su mano. Enseguida, el calor de ambos se unió enlazado en sus dedos.

—Por ello, declaro a Cameron Donald señor del clan Donald y *laird* de sus tierras.

Rhona esperaba que Cameron aceptara, no había consultado con él tal decisión. Se mordió el labio, nerviosa al ver que Cameron no parecía reaccionar a tal noticia con la misma prontitud que Keith o los Douglas. Recibió al instante la ovación de sus amigos, pero Rhona esperaba, al menos, que la mirase. Leslie estalló en gritos muy impropios en el salón del rey, y entonces Cameron se llevó el puño al corazón, la señal de reconocimiento entre esos nobles guerreros, una promesa de respeto, lealtad y admiración. Rhona pensó que iba dirigida al rey, cuando su esposo apartó su espada hacia atrás, puso una rodilla en el suelo ante ella y por una vez, se apartó el cabello del rostro. Fue a Rhona a quien Cameron dirigió aquel gesto lleno de significado y amor reflejado en sus ojos y no al rey ni a sus compañeros de armas.

Alrededor de Rhona, los Douglas lo imitaron, también los Donald y Campbell presentes, su hermana y los Gordon. No sabía qué hacer al mirarlos a todos ante ella, arrodillados y con el puño contra el pecho. Ella no era más que la hija del traidor, vilipendiada, insultada, rechazada por todos, y ahora, ¿ahora qué era?

Cameron se levantó para coger sus manos y envolver sus dedos entre los suyos.

—¡Ordeno! —sentenció el rey— ¡Que nadie se dirija nunca más a un MacLellan como traidor, que Rhona MacLellan y su familia recuperen su honra ante Escocia y su rey!

La ovación se elevó sobre los que estaban en aquel salón, y por mucho que Rhona siempre evitara llorar, esta vez dejó que un reguero de lágrimas surcara sus mejillas. Cameron la acogió en sus brazos con cariño y ella refugió su rostro en el pecho de su esposo.

—Te amo, Rhona, desde que entraste en este salón con tu barbilla altiva, tu pelo empapado y tu vestido lleno de barro, incluso cuando tu mirada estaba cargada de censura.

Rhona gimió al recordar ese momento lleno de humillaciones, en el que no pudo evitar enamorarse de ese descarado guerrero.

—Te amo, Cameron, desde el momento en que vi tu sonrisa de trovador.

Cameron rio, ese había sido el motivo de una de las primeras disputas que los habían llevado hasta allí.

—Te haré tan feliz, Rhona, que seré para ti el más ferviente amante, devoto e insistente.

Rhona sabía que, a juzgar por los últimos días, sería verdad tal promesa por parte de Cameron Donald. Al fin, la felicidad había rozado con su luz a la hija del traidor, hasta el final de sus días.

-F I N-

Nota de la autora

La victoria del rey Robert Bruce sobre los ingleses dio a Escocia la independencia en el siglo XIV. No significó que en todo el territorio se viviera una paz duradera, de hecho, algunos clanes, con la victoria del bando de Bruce, perdieron muchos títulos y tierras, como los MacLellan. Aquellas fortalezas que se hallaban en límites con la frontera entre Escocia e Inglaterra fueron las más perjudicadas. En el norte, las guerras entre clanes se sucedían, las enemistades y viejas rencillas nunca se olvidaban, los MacDonald dominaron las islas durante siglos y al elegir el bando del rey Bruce, se convirtieron en el clan más poderoso al norte de las Highlands. En el sur, los Campbell y los Douglas dominaron la política y guerras durante los siglos posteriores.

Me he permitido licencias históricas, no olvidéis que es un libro de ficción y no de historia, hay innumerables hechos basados en personajes reales, como los reyes de Escocia, por supuesto, la historia de amor de Bruce y su segunda esposa, Elizabeth de Burgh. Ella era hija del mayor aliado del rey inglés, el conde de Ulster, y conoció a Bruce en la corte inglesa. Dicen que se casaron por amor, al menos ella, la fama de mujeriego del rey no debió ayudar mucho al principio del matrimonio y todavía menos que Robert Bruce declarara la guerra a Inglaterra, pero la incondicional lealtad de Elizabeth hacia Bruce ganó el corazón de todos los escoceses y el del mismo rey.

El personaje de Rhona MacLellan está basado en una joven dama que en realidad existió, la condesa de Ross, Euphemia, quien fue acusada de traición y obligada a casarse con el *laird* de las islas escocesas. Su matrimonio unió ambos territorios tan alejados. *La hija de un traidor* es la historia de muchas jóvenes escocesas de las *Lowlands* que consiguieron cambiar el destino de sus clanes al unirse a grandes señores de las Highlands.

Hoy en día, el castillo MacLellan de esta historia no existe, quedó destruido a causa de las guerras contra otros clanes vecinos, pero aún puede visitarse la nueva torre que construyeron sus descendientes en el condado de Kirkcudbright a partir de las piedras de un monasterio cercano.

Espero haber llevado a vuestros corazones un poquito de amor por esta nación y sus héroes. Gracias por disfrutar conmigo de las gentes, paisajes y costumbres de Escocia.

Nos vemos en el próximo libro.

Otras obras de la autora

Guardianas de Escocia

Primer libro. *Un clan en mi corazón*

Segundo libro. *Te diré mi nombre*

Tercer libro. *Prisionero de tu voz*

Cuarto libro. *La llave de Escocia*

Escocesas

Primer libro. *El sendero de una escocesa*

Títulos bajo el sello HQÑ - Romántica escocesa

Corazón escocés

Trilogía escocesa HQÑ. Tierras Altas.

Vientos de Escocia

La irlandesa

El caballero escocés

Actual escocesa independiente

La flor del sol

El anillo del escocés

Un baile de otoño HQÑ

Histórica

Mi inocente duquesa

Un beso bajo el sauce HQÑ

Camelias para una dama HQÑ

En algún lugar cerca de mi corazón HQÑ

Bilogía Contemporánea HQÑ

El amor no se puede pintar

El arte del amor

Bilogía Viajes en el Tiempo

El tiempo del escocés

El tiempo de la escocesa